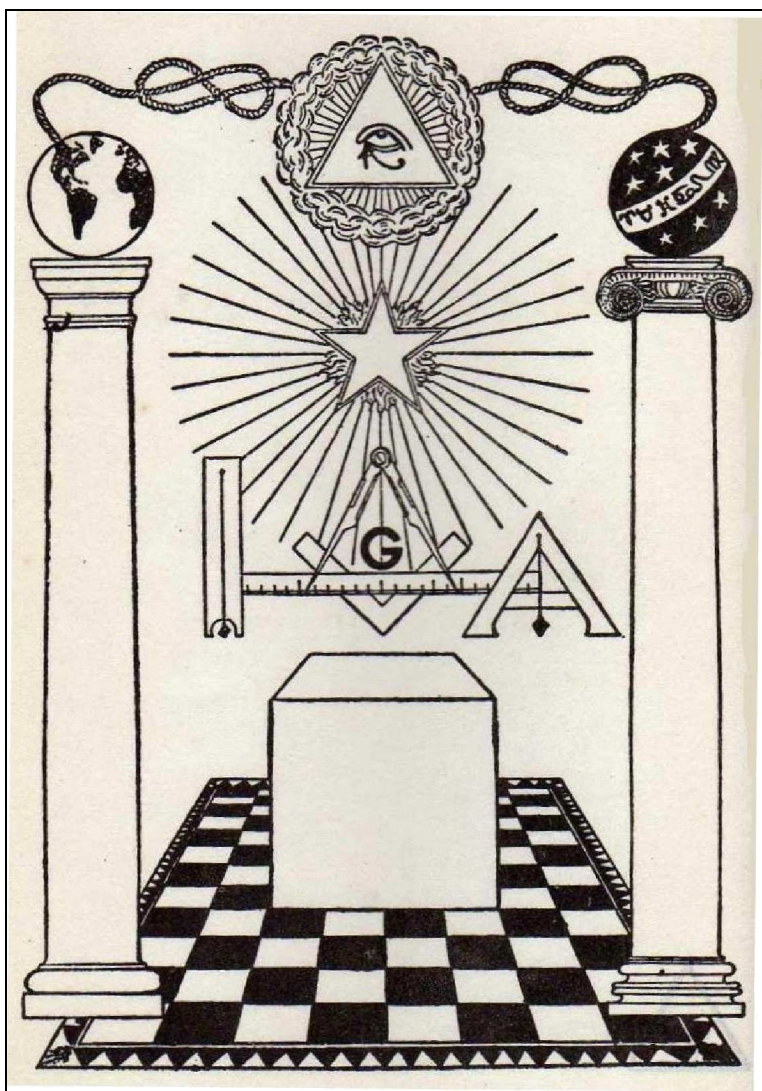


ALDO LAVAGNINI
(MAGISTER)

EL SECRETO MASÓNICO



Transcrito para Biblioteca UPASIKA por Prometeo
2008



PRÓLOGO

No son pocas las ideas erróneas y los prejuicios que se han difundido sobre la verdadera naturaleza de la Institución que lleva el nombre simbólico de *Masonería*. Esto se debe especialmente a su carácter oculto y misterioso que, si constituye para algunos un motivo de atracción, lo es para otros igualmente de desconfianza, haciéndole el blanco para las flechas de sus adversarios que, aun cuando sean sinceros, la desconocen.

El llamado *secreto masónico* es justamente el punto sobre el cual más se ha especulado, y sobre el cual se basan los que condenan nuestra Orden Augusta. No comprendiéndose su razón, ni su verdadera naturaleza, o sea, el carácter *espiritual, iniciático y constructivo* de ese secreto, no se quiere ver en el mismo más que un pretexto para fines execrables, o cuando menos tales que no pueden confesarse públicamente, por tenerle miedo a la luz del día.

Se siente sobre todo, en esas reuniones que se rodean de cuidados y de circunspección para ponerse *a cubierto* de la indiscreción de todos aquellos que se consideran extraños, una atmósfera que parece como de conspiración en contra del bienestar y de las públicas instituciones. Por lo tanto se atribuyen a aquellos secretos conciliábulos, una especie de oposición permanente a todo lo que la mayoría de las personas considera como bueno, legítimo, justo y sagrado.

Sin embargo, en todos los ataques abiertos, en contra de ese secreto —que concierne tanto la naturaleza de la Orden como las reuniones— siempre se transparenta el temor y la preocupación, que hizo motivar a un emperador romano (Trajano) la prohibición de toda clase de reuniones con la razón de que "cuando algunas personas inteligentes se reúnen, aunque fuera sólo para extinguir los incendios, puede producir esto consecuencias mucho más graves que la destrucción de unas cuantas casas o de toda una ciudad".

También la proclamación del principio de *la libertad individual*, y sobre todo de la libertad del pensamiento, que siempre se ha hecho dentro de la Masonería, así como afuera, con su influencia, se presta aparentemente para justificar toda clase de licencias (olvidándose el carácter de *Institución Orgánica de la Moralidad* que la define en todos sus estatutos), además de constituir una amenaza en contra de todo aquello que precisamente se funde (aunque sea con buenas y justificadas intenciones), sobre la limitación o la supresión de la misma.

En el curso de la obra haremos ver cómo deben entenderse, tanto la libertad que en la Masonería se proclama como la naturaleza de su *secreto*. La comprensión de éste y de aquélla contribuirá indudablemente en hacer desaparecer muchos prejuicios que hacen que personas honradas le levanten a menudo objeciones razonables y, en apariencia, justificadas. Pero, el objeto de este trabajo no es precisamente apologético; nuestro intento no es *defender* la Sociedad en contra de los ataques que le han venido de muchas partes, ya sea por la incompreensión de su carácter verdadero, o por los temores de cualquier clase que pueda haber inspirado.

En otras palabras, en lugar de detenernos a discutir sobre *lo que no es* la Masonería, combatiendo los errores y las diferentes objeciones que se le hacen, nos esforzaremos en hacer ver, con la mayor posible claridad y sencillez *lo que es* realmente. Sobre todo lo que es *en su esencia más verdadera, íntima, espiritual y universal*, en sus principios que descansan sobre las leyes del universo y de la evolución humana, y en su finalidad constantemente *progresista y constructora*.

Más bien que la Sociedad, según se halla actualmente constituida y organizada, es nuestro deseo hacer ver el *espíritu vivificante* que la anima y que constituye su principio y su razón de ser; o sea, como otros lo han dicho, poner en evidencia por encima de su forma exterior, el *masonismo* como escuela filosófica ecléctica, impersonal y constructiva, como camino individual hacia la Verdad, como *arte (y ciencia)* al mismo tiempo) de la Vida, en su más alta y dilatada acepción, como doctrina y factor de Armonía y de Progreso para cada hombre particularmente, para la sociedad y el medio en que se encuentra, y para toda la humanidad.

De nuestro estudio se hará evidente el error de atribuirle un carácter antisocial o antirreligioso. Aunque proclame la Verdad por

encima de todas las creencias, y la libertad de buscarla por encima de toda limitación y de todo dogmatismo, no quiere decir con esto que se halle naturalmente *en contra* de alguna o de cualquier particular convicción o creencia; al contrario, *la tolerancia* más amplia y más plena, en materia de religión, es uno de sus principios fundamentales, y toda convicción sincera se halla igualmente respetada en su seno.

Más aún, ningún masón verdadero puede ser un ateo o irreligioso, aunque no se haga en ella, tampoco sobre este punto, la menor constricción, dado que se considera que la Verdad ha de ser *reconocida de adentro* y de ninguna manera *impuesta*, de afuera. Los principios de laicidad y de libertad de conciencia que en ella se afirman, cuando sean, como deben, acompañados constantemente por ese espíritu de plena tolerancia, no pueden nunca interpretarse en sentido antirreligioso; más bien hacen ver y comprender *la religión verdadera y única* que se halla en la base de los sentimientos religiosos de toda la humanidad, y de la cual toda confesión religiosa es una forma o cristalización particular.

Sin ser una religión, y sin declararse partidaria o contraria de ninguna, la Masonería respeta igualmente todas estas manifestaciones del sentimiento religioso del hombre; pero, por encima de las creencias y formas exteriores (que de por sí no tienen valor y decaen al decaer del *espíritu* que las anima) hace hincapié en el espíritu religioso que se encuentra en cada hombre, como anhelo instintivo hacia lo *bueno, lo bello y lo verdadero* y procura cultivarlo y fomentar su desarrollo, independientemente de las formas en que pueda expresarse, de manera que se manifieste libremente en la forma para cada cual más apropiada.

La *iniciación*, por medio de la cual se logra, se confiere y se reconoce la cualidad de Masón (como lo veremos, la iniciación *verdadera* es un proceso espiritual que se halla simplemente *simbolizado* por el ceremonial de recepción en la Sociedad), es pues, un desarrollo progresivo que procede de adentro hacia afuera y que puede parangonarse al que origina el crecimiento de una semilla o de un germen en una planta u organismo completo, que potencialmente existía en aquellos, en un estado *latente*.

Realmente la Masonería se propone *buscar y poner en evidencia* esa perfección espiritual latente en todo ser humano, que en él se halla inherente al estado de Divina Semilla, facilitando los medios para su más completo, armónico y *gradual* desarrollo. En otras palabras su

objeto fundamental es *educar al hombre y hacerle mejor*, o según se expresa simbólicamente, *trabajar lapicera bruta* (que representa el carácter y la personalidad en su estado de imperfección) y hacer de la misma una *piedra labrada* que pueda mejor llenar su función *constructiva* en el edificio de la sociedad y de la vida universal.

La Masonería reconoce, por consiguiente, implícitamente la *perfección, inherente* en el hombre —así como una piedra labrada o una estatua se encuentra potencialmente en cada bloque o piedra bruta— y dirige sus esfuerzos para que esa perfección se haga *evidente*, por medio del proceso sencillo y seguro de quitarle asperezas externas. Lo mismo hace también el tallador de piedras al transformar el diamante en una joya, desde el estado natural en que se encuentra. Y ésta es, tal vez, la mayor diferencia de principios entre nuestra Institución y la *creencia*, comúnmente aceptada en algunas religiones, en la originaria fundamental imperfección del hombre; y en lugar de una patética *salvación* (o *redención*) la Masonería indica al hombre la necesidad de *labrar* por sus esfuerzos su propio Camino de progreso, trabajando como *obrero* para la realización de los Planes Ideales de la Inteligencia Cósmica.

Y la Masonería es verdaderamente tal según ejerce esa función primordial *educativa y constructora*, es decir según realmente contribuye en *hacer mejores* a todos aquellos que ingresen en ella, incitándolos a progresar espiritual, moral e inteligentemente, adquiriendo una conciencia más clara de sus deberes y estableciendo una relación *más armoniosa y profunda* con el Principio Interno de la Vida *que se reconoce y se venera* con el nombre simbólico de Gran Arquitecto), con las condiciones externas en que uno se encuentra, y con sus semejantes. Alejándose de ese objeto se alejaría, pues, igualmente de su principal finalidad.

Nos dirigimos con esta obra por igual a los masones como a los que no lo sean, y tenemos la seguridad de que, tanto los unos como los otros hallarán en ella un estímulo para conocer mejor *la naturaleza verdadera* de la Institución, iniciándose en la mística comprensión de ese *secreto* que nunca puede cesar de ser tal, por más que nos esforcemos por penetrarlo y revelarlo

Se trata, pues, del secreto mismo de la Vida y del Ser, que es el Manantial Inagotable de la Verdad y de su progresiva *revelación*. Por más que tratemos de abrevarnos en ella y logremos satisfacer, aunque sea

parcialmente, nuestra sed y nuestra hambre de conocimientos, y hacer a los demás partícipes de lo que hemos encontrado y asimilado, más todavía nos queda por conocer y revelar. Ese secreto es como una mina de oro, cuyo filón se pierde en los abismos insondables de la tierra: nunca nos será posible agotarlo; por más oro que llevemos a la luz, más oro todavía quedará secreto en las entrañas profundas del suelo.

Pretender *revelar* por completo ese secreto es una implícita confesión de ignorancia. Pretender agotarlo, sería como si un hombre quisiera vaciar el océano, sacando el agua con una cubeta. De aquí la puerilidad de esas pretendidas *revelaciones* estilo Leo Taxil, en que el autor ni se ha dado cuenta de la naturaleza real del secreto masónico; ese secreto es tal que sólo *los masones verdaderos* están capacitados para conocerlo, aunque se proclamara "sobre los techos".

En este trabajo no se "revela ninguna palabra o signo secreto, ni se dan particulares sobre las diferentes ceremonias que se explican: el que quisiera conocer estas cosas se encontraría desilusionado. Pero estamos seguros que no lo estará quien desee saber lo que realmente es la Masonería y cómo puede uno ingresarse *en su espíritu* y participar en la herencia maravillosa que nos trae de las edades más remotas. Sus beneficios son, pues, esencialmente, morales y espirituales, como el *oro* simbólico de los alquimistas —hermanos de los masones— y, sin embargo, no dejan de surtir efectos también *materiales*, en cuanto contribuyen a manifestar en la vida exterior la Divina Perfección Eterna del Ser.

Toda nueva Verdad hacia la cual se abre nuestra mente, todo nuevo conocimiento *real* que se añade al caudal que enriquece la vida interior, es, pues, una Fuerza Vital que estimula nuestro progreso; y todo error y prejuicio que logremos vencer y superar y una parte necesaria de nuestra progresiva *liberación*, del mal, en sus formas más diferentes. Dado que todo mal, según lo enseñaban Budha y Pitágoras, radica en la ignorancia, en el error y en la ilusión, que constituyen el verdadero *pecado originario* de la humanidad; y sólo *conociendo la Verdad*, según lo dijo Jesús, podemos librarnos a la vez de la causa y de sus efectos.

PREFACIO A LA CUARTA EDICIÓN

Al presentar la Cuarta Edición de esta Obra no solamente a los masones, sino a todos los cultores de la Simbología y de la Filosofía Esotérica, a todos los Amantes de la Verdad y, de una manera general, al público latinoamericano, no podemos a menos de darnos cuenta de la HORA en que nos hallamos, del Tiempo en que vivimos en esta segunda mitad del Siglo XX, apenas comenzada y densa de expectativas problemáticas para el porvenir.

La Masonería tiene todavía muchos enemigos, y no todos por error, aún cuando sea dudosa la sinceridad de las mentiras que en algunos ambientes, manifiestamente contrarios, se siguen propalando para denigrarla. Sigue siendo su existencia prohibida *legalmente* — aunque desde un punto de vista universal y humano deberíamos decir *ilegalmente*— tanto en la Europa Soviética como en la península ibérica, países que, por este mismo hecho, demuestran estar y vivir al margen del derecho fundamental humano a la libertad de culto y pensamiento. Más aún, parece amenazada por algunos medios retrógrados en la misma América.

Es bueno que se sepa y se proclame universalmente la VERDAD fundamental de que la Masonería es una Institución eminentemente *progresista*, en la acepción más sana y genuina de esta palabra y que su esencial finalidad es el BIEN» el bien general y social por encima del bien individual y de sus expresiones unilaterales.

Que es una Sociedad *libremente ordenada*, y por consiguiente igualmente amante del Orden y de la Libertad en todos sus aspectos, sosteniéndolos en toda circunstancia, y buscando constantemente su más sabia y satisfactoria conciliación. Que muy lejos de ser "una sociedad de conspiradores", como algunos tendenciosamente afirman y otros erróneamente imaginan, no deja de dar invariablemente su apoyo y cooperación al orden social existente, como base necesaria de todo progreso futuro, pues el Bien siempre procede y se desarrolla segura y paulatinamente por natural *evolución*, así como el Mal

nunca deja de acompañar las *revoluciones* que lo favorecen, aún cuando no logre adueñarse de ellas.

Que, en fin, es una Sociedad esencialmente *idealista y constructiva*, pues el Egoísmo, que se encuentra invariablemente en la base del carácter humano, como *pecado originario natural* y mal inevitable, sólo puede tener cabida en Ella para su superación progresiva, así como la Fuerza de Gravedad de la naturaleza es gradualmente superada por la Vida en todas sus manifestaciones, y por el Hombre en todo edificio que se construye, precisamente *aprovechándose*. *Constructivismo e Idealismo* son así las dos Columnas o *sostenes activos*, la Substancia y Esencia misma de la Orden, que potencialmente abarca a todos los hombres, cualesquiera que sean sus creencias, en sus esfuerzos activos de progreso hacia una Meta Ideal.

Aunque en su forma actual la Masonería apenas se acerca a los dos siglos y medio de existencia, su *universalidad* es un hecho bien conocido, y las naciones que la rechazan solo pueden hacerlo *excluyéndose* de esa Universalidad que, por otro lado, están impotentes para combatir. Inspirándose en la Veneración de la Inteligencia Constructora de la Naturaleza y de la Vida, o Suprema Realidad Absoluta e Inmanente, y tratando simplemente de *cooperar a la expresión progresiva de Sus Planes Perfectos*, se sitúa con ello mismo en un Plano Espiritual inatacable, y tal que sólo la Ignorancia, el Fanatismo y la Ambición pueden vanamente combatirla.

Todas las *genuinas* Fuerzas Espirituales son sus naturales aliadas, así como todas las tendencias reaccionarias y las fuerzas obscurantistas son sus enemigos. Y reciprocamente, aunque todo verdadero masón extienda también a éstos su *constructiva*, tolerancia.

Discerniendo, reconociendo y acatando los Planes Ideales o Ideas Divinas para el hombre, para la sociedad, para cada nación y para la humanidad en general, es justa y únicamente *como* pueden siempre resolverse los afanosos problemas del día de hoy y de mañana, revelando y realizando su finalidad de progreso. Esa es la Gran Tarea de la Institución en el momento actual y siempre, *apaciguando y resolviendo* los conflictos de toda clase, buscando aquella *cooperación universal* que sólo puede establecer para todos la Paz, la Seguridad, el Bienestar y el Progreso, tanto morales como materiales.

En el conflicto entre los egoísmos individuales y los imperialismos económicos, políticos, raciales y lingüísticos, que hoy se ocultan bajo la máscara de una nueva semántica artificiosa y convencional, los *verdaderos masones* individualmente, más que la

Masonería como Institución Colectiva y local —que no puede ser inmune a su influencia— necesitan esforzarse por seguir el Norte seguro de las Ideas Divinas, en un camino neutral de *integración pacífica*, para que el mundo se organice naturalmente según sus afinidades, en el Bien y para el Bien, evitando todas las violencias en las que el Mal, a pesar de la mejor buena voluntad, constantemente se esconde.

Todo conflicto es un índice de una organización deficiente, incompleta o bien artificiosa, a la vez, que de un problema no resuelto o procrastinado, y su remedio se encuentra en la solución adecuada de este último, *primero*, y secundariamente en hacer la primera más eficiente, completa, leal y legítima. Sólo la unión y la cooperación de la Fuerza y de la Verdad puede producir un resultado de verdadera y estable Armonía, muy distinto de los compromisos artificiosos de sus substitutos. El Imperio del mundo naturalmente pertenece a la Verdad, y el error acaba infaliblemente con socavar su propia tumba.

Lo anterior se refiere a los grandes problemas tanto actuales como próximos, en los que todas las naciones separada o conjuntamente se hallan, envueltas, y lo serán siempre más en la segunda mitad del Siglo, no menos grávida dé eventos que la primera, pero en la cual la finalidad *resolutiva, constructiva e integrativa* necesita claramente prevalecer.

No hemos aportado a esta cuarta edición otras correcciones ni adjuntas, con relación a la anterior. Sólo nos hemos limitado a renovar los grabados simbólicos, que en la tercera edición, que no pudo revisarse, por error del dibujante resultaron incorrectos, a la vez que pedimos venia a los HH.:., que, seguramente, lo habrán notado.

"In principio erat Verbum"

(JUAN 1-1)



CAPÍTULO PRIMERO

EL "LOGOS"

"En principio era el Verbo (Logos)". Sobre este primer versículo del Evangelio juanítico, los masones apoyan la *escuadra* que simboliza el criterio de la Razón, y abren el *compás* de la Comprensión.

Como principio esencial y fundamento eterno de toda cosa, existe primeramente un *Logos o Verbo*, o sea una Idea Arquetípica de la cual la Palabra es el *símbolo* y que se hará *carne* en su expresión exterior, en el mundo de la existencia relativa.

Dado que nos proponemos estudiar la *esencia misma*, de la Masonería, o sea el espíritu que la anima y le da vida, más bien que sus formas exteriores, y éstas sólo incidental y subordinadamente, debemos comenzar con tratar de escudriñar y penetrar ese Verbo, símbolo de la Idea que en ella se encarna.

Toda idea está, pues, unida íntimamente con una palabra (o conjunto de palabras, que semánticamente la simbolizan), que tiene el poder de evocarla, además de ser el medio o vehículo que sirve para su expresión efectiva. Por lo tanto, un estudio suficientemente profundo de las palabras que se usan en una determinada corriente de pensamiento, en un cualquier movimiento u organización, es el medio más adecuado para ponernos en íntimo contacto y hacernos *comulgar con el espíritu*, que los anima.

En ese sentido, todas las palabras son *secretas y sagradas*, pues, además de su significado ordinario, vulgar y exterior, tienen inherente en sí mismas, en un estado latente, otros sentidos o valores *espirituales y vitales*, que tiene que descubrirse iniciándose en su comprensión. Y sólo cuando sepamos apreciar debidamente su valor, estaremos en

en condiciones de entender lo que realmente quisieron decir muchos escritos, que de otra manera quedarían para, nosotros como si fueran en idiomas incomprensibles: hasta podrían considerarse como locuras o puerilidades sin ningún sentido, como ha sucedido y sucede con muchas creencias y tradiciones antiguas.

Para volver a nuestro tema, la palabra *Masonería* es el primer "logos" que ahora nos compete estudiar. Esta palabra es simbólica, derivando del bajo latín *macio* (relacionado etimológicamente con el alemán *Metzen* y el francés *mazón*), que significaba originariamente "cortador de piedra", y por consiguiente, también "albañil" o constructor; pero, más propiamente constructor de aquellos edificios arquitectónicamente planeados, en que se necesitan y se emplean *piedras cortadas*.

Por lo tanto Masonería significa materialmente *construcción hecha de piedras cortadas*., y también denota el arte y la inherente capacidad de producirla. En latín se han usado como términos equivalentes respectivamente *structura* (construcción) y *Ars Structoria*, el Arte del Constructor.

De aquí que la idea fundamental que se relaciona con la palabra Masonería sea la de *construcción*, con el tríplice sentido de "edificio levantado de acuerdo con las reglas del arte*", "obra de construcción, actividad constructiva o acción de *construir*", "Arte de la Construcción, como íntima fusión y realización individual y tradicional de la Ciencia y de la Experiencia, que se revela estáticamente y se expresa dinámicamente en los dos sentidos anteriores".

Con un símbolo familiar a todos, masones y profanos indistintamente, podemos representar estos tres sentidos de *efecto o resultado estático, actividad dinámica e inteligencia constructiva*(estática y dinámica al mismo tiempo, pues igualmente se revela en la obra hecha y en su producción), por medio de los *tres puntos* (:.), el primero a la izquierda, el segundo a la derecha y el tercero por encima y en medio de los dos, como el arquitrabe sobre las dos columnas en la más simple obra arquitectónica.

En estos tres puntos tenemos los tres aspectos inherentes e inseparables de toda construcción humana: el primero no puede existir sin el segundo, y los dos derivan del tercero, como *causa* o principio permanente, de los que son respectivamente *medio y efecto*, o sean sus expresiones en el *tiempo* (acción) y en el *espacio* (resultado visible). El punto superior (o causativo), cuando se considere impersonalmente, es

comparativamente eterno, existiendo independientemente de sus dos manifestaciones transitoria y contingente, como *valor espiritual inteligente*, capaz de reproducirse indefinidamente, en y por medio de la dicha *pareja* que se le acompaña en toda particular construcción.

Ahora, si consideramos al hombre, como ser inteligente en la naturaleza que lo rodea, y relacionamos su actividad en general —de la cual la de *construir* es una especie de prototipo simbólico — con el medio en que tiene lugar, podemos ver que, cualquiera sea lo que hace, todo se reduce, en el fondo, a *modificar* —de acuerdo con una Idea o un Ideal íntimamente concebidos— todo aquello que se encuentre exteriormente al alcance de sus posibilidades.

En todo caso, *utiliza, labra o moldea*, de acuerdo con su inteligencia y su capacidad material de hacerlo (los medios de que dispone) la *materia prima* que se le ofrece, en la que imprime el *sello* o carácter de su misma obra. Pero, esa "materia prima", aunque relativamente estática y pasiva, inerte y sin vida, es algo que la naturaleza *ha producido y está produciendo* continuamente. Es una *obra* a su vez, y un resultado de la actividad constructora de la naturaleza; y si la estudiamos atentamente nos revela una disposición inteligente y armoniosa en toda su estructura y en sus partes, así como también en sus diferentes propiedades, hasta donde alcance la penetración de nuestra inteligencia: ya se trate de una piedra, o de un tronco de árbol, o de cualquiera otra cosa u objeto natural.

Si de esta manera estudiamos todo lo que ha sido producido y produce la naturaleza, la superficie de la tierra, las rocas, las diferentes especies minerales, vegetales y animales, la disposición geográfica de los ríos y de los mares con relación a los continentes y a las tierras que los componen, nuestro globo en su conjunto y en sus movimientos, con relación a los demás planetas y al *sistema* de que es parte, el movimiento y la disposición de las estrellas *fijas* que componen otros tantos sistemas solares y siderales, y finalmente el universo en su totalidad, y en la evidente armonía que se descubre entre los diferentes elementos de que se compone, vemos aquí igualmente *una obra* continua, incesante, ininterrumpida, de acuerdo con un *ritmo* que revela, en el conjunto y en todas sus partes *la realización, progresiva de un plan inteligente*, del que las llamadas *leyes naturales* no son sino aspectos particulares.

En otras palabras, el universo y toda la naturaleza nos revela que, según las palabras de Virgilio, *Mens agitat molem*. Y todo lo que en un principio puede aparecer como un efecto puramente "casual" sólo patentiza nuestra ignorancia de la ley causativa que lo produjo, y que se descubre por medio de un estudio más atento y completo. Ese *plan, inteligente* aparece en la complicada y ordenada disposición de los electrones y protones que componen los átomos ¹, en la arquitectura geométrica de los cristales, en la asombrosa complicación estructural de las moléculas orgánicas, en la disposición armónica de los órganos y partes de todo organismo, en el *canon estético* al que tiende instintivamente toda forma orgánica, en el orden y en la armonía que reglan el ritmo de las estaciones y el movimiento de los astros y de los átomos, *j* finalmente en la *ley de evolución* que hace crecer y progresar toda forma de vida, hacia una expresión siempre más plena, completa y perfecta de sí misma, en que se revela y se hace patente una *idea* o Logos preexistente y latente, como la planta en la semilla.

Resulta de esto que todo el universo es *una construcción*, y puede parangonarse a un inmenso edificio que se desarrolla progresivamente según su propio plan interior, expresión *armónica y ordenada* de un principio inteligente, de una Inteligencia Inherente, que no cesa de ser tal cualquiera sea el nombre que se le dé —ya sea que se llame Ley Natural o Principio Geométrico. Dios o Creador, o bien según la terminología platónico-humanista y masónica *Geómetra, Plan Arquetípico, Sofía o Sabiduría, o Gran Arquitecto del Universo*.

En todo el universo, en todas las manifestaciones de lo que se llama *vida*, y en la *vida humana*, en particular, no tenemos sino diferentes aspectos de esa Gran Construcción o Masonería Cósmica, en que se hallan constantemente presentes *los tres puntos* que hemos analizado en la actividad constructora del hombre; la *forma externa* de la naturaleza y de todo ser viviente, correspondiendo con la *estructura*, o sea el edificio o *templo* simbólico; la *vida interna* como aspecto dinámico, o sea la actividad constructora; y en cuanto a la Inteligencia que ha planeado la obra y preside a su desarrollo incesante, es lo que se llama científicamente Ley Natural y filosóficamente Sabiduría Creadora. Estos

¹ Es interesante notar, a este respecto, que una estructura comparativamente *dinámica* (o sea, literalmente, una *obra* o *acción constructora*) produce un resultado relativamente *estático*, como es para nuestros sentidos la materia ordinaria.

dos términos se refieren a la misma *entidad impersonal*, y pueden considerarse como equivalentes en dos grados sucesivos y diferentes de comprensión.

Todo el universo es, en su constitución, el resultado de la actividad constructiva que se revela en su dinamismo; y todo ser, toda forma de vida y de inteligencia que aparece como tal y se diferencia dentro del mismo, un *obrero* o *constructor* inconsciente o. consciente de esa cualidad, pero siempre activo en la obra o tarea particular que le ha sido asignada por el Gran Logos o Suprema Inteligencia que se identifica con el Plan Arquetípico de la Obra.

Particularmente, toda la vida del hombre es una *construcción*, que se verifica con la participación y cooperación de su ser consciente y de su naturaleza subconsciente. Esta última es la que ha construido su cuerpo, como edificio o templo orgánico de la vida, ocupándose igualmente de su desarrollo y de su conservación y renovación estructural, así como de todas las funciones de la vida instintiva; es además el asiento de los hábitos y de todo lo que la vida ha asimilado como memoria y experiencia individual y colectiva. Por lo tanto, ejerce una parte muy importante, como *obrero (o corporación obrera)*, en el desarrollo de la vida exterior orgánica y social.

El hombre es, pues, *un constructor* (consciente o inconsciente) de sí mismo y de su vida, y cualquiera cosa sea lo que haga, cualquiera actividad que emprenda, manifiesta en ella su propia naturaleza de constructor, expresando en la misma, por medio del *arte* o capacidad adquirida con su experiencia, un *plan* o *idea* concebidos por su inteligencia. La totalidad de su vida es la *construcción* o templo al que se dedica; ¡a eficiencia en ese trabajo y la hermosura y armonía de la Obra —o sean la perfección y felicidad de su existencia— estriban, por lo tanto, en su conocimiento del *Ars Structoria* (que es igualmente, al mismo tiempo, el *Ars Vitae*) y en la Sabiduría e Inteligencia que demuestra, de acuerdo con ese conocimiento, en *concebir los planes de la vida* y ejecutarlos.

Así llegamos a comprender el significado filosófico y operativo de la Masonería, entendida como *construcción moral, intelectual y espiritual* y no solamente material, en la cual cada masón tiene que *labrar la piedra bruta de su personalidad y de su ser instintivo y construir el templo de su existencia y de su carácter*, en armonía y en acuerdo con los *planes perfectos* de la Inteligencia Suprema o Ley de la Vida, de la cual se

considera como *obrero consciente*, y por lo tanto *libre* y voluntario.

La Masonería viene a ser esencialmente el estudio de la Ciencia y la práctica del Arte de la Vida —Ciencia y Arte que se hallan simbolizadas, y son enseñadas alegóricamente, por medio de imágenes y correspondencias figuradas que, en su mayoría, pertenecen a la Arquitectura, y a la madre de ésta: la Geometría. La una y la otra se estudian *filosóficamente*— o sea, como *amigos y amantes de la Verdad* — desde el punto de vista de la Vida, en la que deben encontrar su constante aplicación. El objeto es el *perfeccionamiento espiritual y moral de una mismo* desde el punto de vista más elevado — del de su dúplice relación (o de sus *deberes*) *interior* con el Principio de la Vida, y *exterior* con sus semejantes y las condiciones del medio en que vive, de manera que haya la más *perfecto, armonía* tanto en la una como en la otra.

Junto con esa idea central de la *construcción*, que se nos presenta en el nombre elegido por la Sociedad y en el de sus miembros, así como en sus símbolos principales — que además testimonian su filiación material de los gremios de constructores medievales, y de los anteriores de la época clásica y de la antigüedad — encontramos en ella otras ideas, expresiones simbólicas y palabras afines, que demuestran su derivación, en una especie de tradición ininterrumpida de los esfuerzos *ideales e idealistas* de todos, los tiempos.

Entre estas palabras tienen el primer lugar las de *Sapientia* o Sabiduría, Filosofía *humana* (o sea, *universal*), Arte y Ciencia de la Moral o de la, Vida, y el conocido trinomio Libertad-Igualdad-Fraternidad.

La Sabiduría es aquella que *edifica la casa*, y constituye por lo tanto, el fundamento necesario de toda actividad constructora. La hermosura y la estabilidad de un edificio, estriban precisamente en la Sabiduría que supo concebirlo, y en la Inteligencia que lo llevó a cabo, las que patentiza y demuestra. Por lo tanto, su adquisición ha de ser el objeto constante de nuestros mejores esfuerzos: la vida misma no tiene, en el fondo, otro objeto; cumplimos con su real finalidad, según logremos obtenerla (como la abeja extrae la miel, de cada flor) de todas y cada una de nuestras experiencias diarias.

Ese es el *pan de cada día*, que realmente nos alimenta, nos fortalece y nos hace crecer espiritualmente, hasta lograr la mejor y más elevada expresión

y realización de nosotros mismos. Esa *Sapientia* es aquello que da *sabor* a todos nuestros pensamientos, palabras y acciones (que, de otra manera, serían *insípidos*); y no debe, por lo tanto, confundirse con aquellos conocimientos que puedan adquirirse pasivamente, o con la *ciencia* que se nos inculca y aprendemos por medio de la educación ordinaria.

La sabiduría verdadera, o sea lo que *realmente sabemos*, no es cosa que puede lograrse por medio de un estudio puramente teórico, sino, que es el producto interior de la reflexión y del discernimiento, en el cual igualmente participan la *ciencia* y la *experiencia*.

No sabemos lo que sólo hemos aprendido con la inteligencia y conservado por medio de la memoria, sino aquello que, en el fuero íntimo de la conciencia individual, según crecen nuestra reflexión y nuestro discernimiento, hemos reconocido como *cierto y real*, y estamos profundamente convencidos de ello. Tampoco hay *verdadera ciencia* en donde pueda subsistir la menor duda; sólo cuando la duda, y toda posibilidad de la misma, hayan desaparecido, podemos estar seguros de que nos encontramos frente de la Verdad *según nos es dado percibirla en nuestro estado de evolución espiritual*.

La Sabiduría no puede darnos la Verdad en sí, pues ésta es absoluta, y nunca puede caber en las limitaciones de nuestra inteligencia, para la cual se considera como *inasequible*; pero nos da constantemente *testimonio de ella*, según la espléndida contestación de Jesús a Pilatos. Y ese testimonio es oído por todos aquellos que la buscan; por esta razón se llaman ellos *filósofos* o "amigos de la Verdad".

El carácter filosófico de la Institución Masónica es evidente. Todo su simbolismo nos indica en cada paso el Camino de la *Verdad*, que es inseparable de la práctica de la *Virtud*. La una y la otra derivan etimológicamente de la misma raíz *vir* o *ver*, que aparece también en el latín *vis* con el sentido fundamental de "fuerza", y por ende la capacidad implícita y el poder de subsistir y permanecer, por esa *fuerza* de la Inherente Realidad.

El mismo *secreto masónico* en su más profunda acepción, significa precisamente esa Verdad Absoluta que nunca puede revelarse o comunicarse directamente, y de la cual la Sabiduría nos da constantemente el testimonio y nos indica el camino. Ese "secreto" es *masónico*, en cuanto se refiere precisamente a la Sabiduría Divina o Principio Geométrico *constructor* del universo y de la vida en todas sus

formas y expresiones; y en cuanto *constructivos* son sus propósitos, su medio y su finalidad. Es, además, *secreto* también por el hecho de que la naturaleza, el hombre y todos los seres se *construyen* y evolucionan, interna y externamente, en proporción de como esa Sabiduría *latente* se hace *secretiva*, expresándose como Inteligencia Creadora, en el tiempo y en el espacio.

Antinómica a la idea de *vis* que se halla expresada en los radicales de Virtud y Verdad, es la de *vicio*, derivada del latín *viere* "ligar, atar", y también "corromper". Aquí tenemos precisamente el opuesto de la idea de Libertad, que se asocia naturalmente con las primeras palabras, en cuanto se adquiere por medio de la Fuerza, sobre todo moral y espiritual, se establece sobre la Verdad ("Conoceréis la Verdad, y la Verdad os hará *libres*"), y se conserva por medio de la Virtud.

Todo "vicio" representa una *deficiencia* de aquella *vis interna*, que se sostiene por medio de la Verdad y se expresa en la Virtud. Por lo tanto hay vicios tanto intelectuales, como morales, y los primeros, en general, se acompañan con los segundos; la inteligencia se halla *viciada* cuando se haya extraviado en el error. La mente está entonces *atada* por ese error, y se halla por ende sujeta a una forma de "esclavitud" tanto moral como material, que tiene su raíz precisamente en ese vicio mental.

No puede haber salvación de ese *círculo vicioso*, sino en el Amor de la Sabiduría, que nos lleva a *discernir* la Verdad, que se halla en el fundamento de la *vida*. "Ella es árbol de vida a los que de ella asen; y bienaventurados son los que la mantienen" (Proverbios).

Como condición indispensable, para hacer parte de la Sociedad Masónica, se les exige universalmente a los aspirantes *ser libres y de buenas costumbres*. Esto significa en un primer término el hecho de hallarse *independientes* hasta donde sea posible, de la tutela o dependencia de otras personas, que pudieran interferir con los deberes que se adquieren ingresando en la Institución; e igualmente, observar aquella conducta moral que patentiza sus aspiraciones ideales, y el deseo de elevarse y ennoblecerse espiritualmente. Estas condiciones preliminares son el fundamento necesario de todo progreso ulterior; sólo en la medida de su interna libertad, puede el hombre escuchar las palabras de la Sabiduría y dirigir rectamente su camino y aprovechar lo más útilmente posible sus experiencias.

Pero, una Libertad más plena y verdadera — e igualmente, aquellos *mores* o "costumbres" que patentizan el esfuerzo interior hacia un ideal ético superior— sólo pueden ser el fruto de la siempre más plena y efectiva adquisición de esa misma Sabiduría. Sólo de esta manera se logra entender el significado de la *libertad filosófica*, en la que el hombre consigue hacerse *verdaderamente libre* de todos los vicios y ataduras tanto interiores como exteriores, tanto intelectuales "tomo morales y materiales; esta última y más cierta Libertad es, por lo tanto, para cada masón el resultado de su progresiva *iniciación* en la Luz de la Verdad. Y en cuanto a las *buenas costumbres*, son algo que necesariamente la acompañan, pues las tinieblas no pueden seguir existiendo en donde haya venido la *luz*.

Así pues, en la primera condición para ser *recibido masón*, se halla potencialmente contenido el Ideal, que ha de llevarle un día a la plenitud de tal cualidad, según ese mismo ideal logre desarrollarse desde esa primera semilla y crecer en una planta lozana y vigorosa.

De aquí también se ve claramente que ese primer punto del trinomio iniciático de la Masonería, no pueda nunca interpretarse (como a menudo vulgarmente se ha hecho), en el sentido de *licencia* o *libertinaje*. Estos hechos se hallan de antemano excluidos en la preliminar exigencia de observar *buenas costumbres*, de la cual el masón no puede nunca alejarse, pues sus costumbres deberán hacerse *siempre mejores*, según efectivamente progresa en el camino iniciático que la Masonería le indica simbólicamente.

Según sus *landmarks* — o *contraseñas* particulares que la delimitan y la hacen distinguir de todo aquello que difiera de esos principios— la Masonería es, pues, sobre todo la *Institución Orgánica de la Moralidad*, y por lo tanto ese punto no puede nunca y de ninguna manera considerarse como secundario o sin importancia. Pero, eso es también algo distinto de la simple y supina sujeción a un determinado código, impuesto *de afuera*, más bien que ser libremente reconocido y aceptado *de adentro*.

La moralidad ordinaria no tiene otra base y sanción fuera del *temor* de las consecuencias que deriven del hecho de obrar contraviniendo a determinado código. El hombre se abstiene de hacer lo que considera *malo*, por temor al *castigo* que en éste y en el otro mundo pueda sobrevenirle obrando en contra de las leyes que la sociedad y la religión se esfuerzan en inculcarle. Y ese temor es para él

un maestro necesario, hasta que no haya *crecido* en un grado superior de desarrollo y madurez espiritual.

Pero, en la Masonería se considera al hombre como *emancipado* de esa tutela del temor, dado que también las pruebas que debe sufrir para ser admitido tienen por objeto demostrar esa emancipación. Entonces el hombre se halla en el punto de reconocer en su *verdadera luz*, y con siempre mayor claridad, la naturaleza de su verdadera *relación*, con el Principio Supremo de la existencia, con su propio ser o personalidad (expresión de ese Principio), y con sus semejantes; y los *deberes* que derivan de ese íntimo reconocimiento, han de constituir de ahora en adelante su propio código moral.

Para servirnos de un símil hermoso y fácil de entender, más bien que conformarse puramente a la *letra* de la Ley, según se halla grabada en las tablas de piedra y demás códigos externos, el Masón ha de esforzarse en buscar el *espíritu* de la misma, que se halla grabado dentro de su propio corazón, en el que tiene que reconocer, y observar la Ley más verdadera. Esa Ley es pues la *Ley de la Vida*, la ley inherente a la Vida Interna, que permite su siempre más plena y perfecta expresión, y que, precisamente en el corazón, tiene su centro y su asiento orgánico. Esta *ley interna* corresponde con el concepto indo del *Dharma*, palabra que significa literalmente "sostén" y suele traducirse como *deber*, siendo su sentido más profundo el de Ley de Vida, según lo acabamos de indicar.

Así pues, la *moral* en el sentido masónico, es la Ciencia y el Arte que nos hacen conocer la Ley de la Vida, y ponen nuestra existencia en condición de *perfecta armonía* con esta misma Ley. Es la Ley que ha de reconocerse y observarse *libremente*, independientemente de cualquier constricción o temor exterior, debiéndose *buscar y hacer el Bien en sí mismo y por sí mismo*, sin tener en cuenta las ventajas o desventajas que de ello puedan derivar, simplemente por el hecho de que es la Ley Suprema de la Vida.

Sólo de esta manera se obtiene la *libertad filosófica* que siempre se acompaña y se mide por la *virtud*. En ese esfuerzo y en esa libertad hay una perfecta *igualdad* de derechos y de deberes, consiguiéndose igualmente un estado interior de *equilibrio*, y una íntima condición de *equidad* que se hará manifiesta en todo pensamiento, palabra y acción. Y éstos serán los *signos* que harán reconocer externamente a quiense haya hecho masón, dentro de su propio corazón.

En cuanto a la *fraternidad* es el tercer punto, que sólo puede ser entendido y realizado según se hayan manifestado los dos anteriores: es el sentimiento que nace de la conciencia íntima de la Unidad de la Vida, o sea del *Único Principio Espiritual y Divino* que anima, inspira, guía y sostiene de adentro a todos los hombres, y se manifiesta progresivamente en el más elevado Ideal que cada cual sepa concebir en su fuero íntimo, y al que pueda aspirar.

Ese Ideal interior es el *Logos* viviente en cada hombre, que expresa en él la Vida Elevada de su ser más verdadero, el Arquitecto del templo de su vida, que en ésta se esfuerza por realizar los *planes perfectos* de la Infinita Sabiduría Creadora o *constructora*, la que tiene su asiento en el Oriente Eterno, o sea en el *origen primordial e immanente* de todas las cosas.

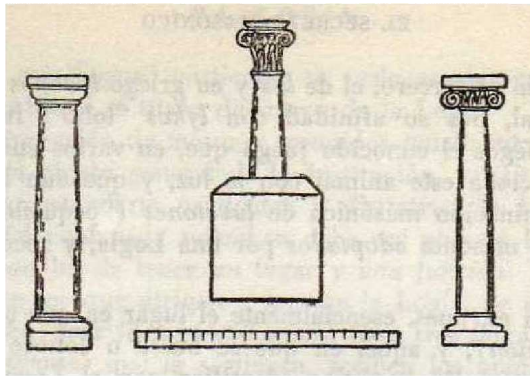
Este mismo *Logos* lo simboliza, en su aspecto tradicional, el Libro Sagrado —la Biblia, para los masones occidentales, sea cual fuere su versión— dispuesta en el *centro* del "punto geométrico" de la Logia, sobre el *ara*, simbólica del estado de "elevación" en el cual únicamente puede recibirse e interpretarse correctamente, aun con el auxilio de los instrumentos del Juicio y de la Comprensión que necesitamos aplicarle, para que su estudio y su lectura sean realmente provechosos.

La Tradición Universal (de la cual cada *sagrada escritura*, recibida en estado de éxtasis o inspiración, es un aspecto) es, pues, también una expresión de ese Gran Logos *viviente* que preside como Gran Arquitecto la Gran Obra del Universo y de la Vida; y su valor estriba principalmente en su poder de *inducirnos y conducirnos* hacia la mística Comunión con la Presencia Inspiradora que es la *vida* de la Palabra y de toda palabra.

Y al final de todos los trabajos masónicos tendremos que sincerarnos de la "justeza" o *ajuste* de nuestra interpretación actual de la Palabra de la Eterna Verdad que constituye nuestra perenne inspiración, juzgando de Ella por medio del carácter constructivo y satisfactorio de sus *efectos* o *resultados*: tanto en el Oriente, que es el asiento natural de la Luz y de la Sabiduría del Principio Creador, como en el Occidente, en donde se asienta la inteligencia o Fuerza realizadora; e igualmente en el Sur, en donde tiene su trono el criterio de la Belleza y Armonía de la obra, que hacen *fecundos* los resultados de toda actividad.

"Y aquel verbo fue hecho carne y
habitó entre nosotros lleno de Gracia y
de Verdad."

(JUAN 1-14)



CAPÍTULO II

LA LOGIA

La Masonería se compone de *logias*, o sea, agrupaciones locales de masones, en las que se manifiesta o se encarna por así decirlo de una manera particular, su *Logos* ideal.

Esta relación ideológica entre *logas* y *logia* no ha sido siempre igualmente evidente; algunas veces se ha hecho derivar esta última palabra del sánscrito *loka* "mundo, lugar", afín al latín *locus* "lugar" y *lucus* "bosque sagrado"; pero, también *locus* traiciona su parentesco con *loqui* "hablar" y *locutio* "discurso". También se quiso ver en ella una simple derivación del gótico *laubja* v latín medieval *lubia*; y, aunque sí lo fuera, no dejaríamos de estar sorprendidos al encontrar el origen del término originario.

Ya hemos hecho notar el valor de las palabras *en si*, especialmente cuando se relacionan íntimamente con algún movimiento ideal o corriente espiritual; y ese valor ha sido siempre apreciado por los iniciadores, o restauradores, de tales movimientos, que muchas veces se han aprovechado del doble sentido o doble valor de determinadas palabras, para expresar la relación análoga entre dos ideas, y hasta se han deleitado en juegos de palabras, que pueden parecernos infantiles desde un punto de vista puramente etimológico. También en Platón encontramos varias de esas palabras entendidas en su doble sentido, y de esos *juegos* que no tienen la menor justificación etimológica.

En la palabra Logia tenemos los dos sentidos de *lugar* y de *logos* o *locutio*, unidos de una manera indisoluble, a los que se junta también en

tercero, el de *luz* y en griego *lychnos* "linterna"; sobre el cual, por su afinidad con *lykos* "lobo", fundaron los iniciados griegos el conocido juego que, en varios cuentos etimológicos, relaciona este animal con la luz, y que aún hoy persiste en la denominación masónica de *luvetones* ("pequeños lobos", o sea hijos de masones *adoptados* por una Logia, y reconocidos como tales).

La Logia es, pues, esencialmente el lugar en que se habla (en griego *Pogéion*), y aquel en que se busca o conoce *la luz*, que el mismo evangelio juanítico identifica con el *Logos* o Verbo: "*Aquel* era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo". Palabras afines, usadas anteriormente para designar reuniones análogas, son el término griego *Academia* y el latín *Collegium*; este último, como *religio*, no significa únicamente "reunir, recoger, coligar", sino que conserva igualmente la idea de *legare* o delegar, o sea, transmitir y preservar un *legado* espiritual.

En cuanto a la palabra *Academia*, más bien que derivarse simplemente de *Academo* (según se admite convencionalmente), tiene la misma etimología semítica de *Cadmo*, y significa *oriente*. "lugar establecido hacia el oriente", o sea *orientado*. Y la Logia masónica tiene precisamente este carácter, pues, exactamente como el Edén bíblico (prototipo primero de la Logia) se halla puesta o implantada *hacia el oriente*, siendo simbólicamente orientada en la dirección *de donde viene la luz*.

Debe, sin embargo, notarse que el término *Logia*, según su uso más aceptado, significa especialmente la agrupación o conjunto de masones que la forman como *miembros*, más que el lugar en que se reúnen a *cubierto* de la profana indiscreción. De aquí se ve cómo también prácticamente prevalezca su sentido ideal que la relaciona con el *Logos*, Verbo o Principio Espiritual animador, que se halla en el origen de la Institución. La *logia* es simplemente una expresión *particular* de ese *Logos* universal y general, que de esta manera representa y encarna en una forma determinada; no es la *Masonería*, pero la representa y se esfuerza en expresarla, según la sabe *comprender* y *realizar* en sí misma.

Además de ese *Logos* universal y primero, que es el arquetipo ideal o *idea divina* de la Institución Masónica, hay en toda Logia un *lagos* particular, hijo del primero: el *ideal* o *idea humana*, que reúne en un conjunto armónico y constructivo los miembros de la Logia. Y ese

"logos" particular se suele asociar con un *nombre*, que constituye el título distintivo de la Logia.

Como agrupación de masones, reunidos igualmente en el nombre y para el objeto general de la Institución, y bajo la sombra de su propio estandarte particular y distintivo, la Logia es un *organismo* del cual cada miembro debe ser uno de los *órganos*, y por lo tanto ha de tener *un lugar y una junción*. Tres de sus miembros son los que dirigen y *forman* la Logia, de acuerdo con el dicho latino: *tres faciunt collegium*. Esas tres *luces* que la iluminan, o *columnas* que la sostienen, reciben los nombres simbólicos, y respectivamente personifican las tres Luces y Columnas ideales de la Orden: la Sabiduría, la Fuerza y la Belleza.

La primera corresponde al Oriente y al asiento de quien preside la reunión: el *Maestro* por excelencia, que recibe el apelativo de *Venerable*, en relación con el cargo que le compete y la función que representa —la de "iluminar a los hermanos (o componentes de la Logia) con la luz de su Sabiduría, *relativa* a la Orden". Se sienta allí, en lugar elevado, "de la misma manera que el sol se levanta al oriente por encima de los montes, para *alumbrar la tierra*", animando y fomentando la actividad de toda la naturaleza, y dirigiendo a los hombres, a cada cual en su camino y en su tarea particular.

Así como el sol regla con su curso las actividades del día, así también el Maestro Venerable es quien *abre* los trabajos de la Logia, y establece y preside al orden de los mismos. Cerca de él aparece la estatua de Minerva que, como Metis y como Demeter *la venerable*, simboliza la Divina Sabiduría, principio inspirador de todo conocimiento, ciencia y sabiduría humana; la diosa salida *adulta y armada* de la cabeza del Dios Padre (Júpiter o Dyaus Pitar), es pues aquella que, aunque inaccesible e inasequible en su pureza virginal (¿no fue la *virgen* por excelencia, esa Pallas-Athena a quien los griegos consagraron su *partenón*?), más de buena gana se asocia a las tareas y actividades de los hombres, como protectora e inspiradora de todas las ciencias, las artes y las industrias, y la que anima y ayuda a los *héroes* en sus tareas sobrehumanas.

A la Sabiduría se le debe la concepción de toda *obra* realmente digna de ese nombre; pues una obra es tal, y se distingue del trabajo ordinario, precisamente en virtud de la *sabiduría* que expresa y atestigua llevando su sello. Pero, esa Sabiduría permanece *virgen y estéril*, cuando no se le une la Fuerza de la Inteligencia, que la comprende y la realiza. Esta *fuerza inteligente*, se halla simbolizada por Hércules, cuya estatua se halla cerca del

Primer Vigilante, al Occidente de la Logia.

Hércules es el *héroe* por excelencia, o sea el prototipo de aquellos hombres que, aunque simplemente *humanos* por nacimiento, reconocen su origen y filiación *divina*; y, de esta manera aliándose con la Sabiduría Omnisciente y siguiendo su guía e inspiración, se hallan capacitados para cumplir *grandes obras* y salir victoriosos de todo trance, peligro o prueba exterior. Simboliza así la *fuerza verdadera* que sólo pertenece a la Inteligencia humana, por su fe, esperanza y alianza con la Sabiduría Celestial, y de esta manera se halla capacitada para llevar a cabo sus obras o manifestar sus *planes* ideales.

Por lo tanto el Primer Vigilante, sentado frente al Venerable Maestro, de lado opuesto de la Logia, representa la *actitud constructiva* de la Inteligencia, aliada con la Sabiduría y constantemente *en nivel* con la misma; él es quien *vigila* a los obreros que ya hicieron su aprendizaje, de manera que pongan sus fuerzas en la expresión del Ideal de la Sabiduría, y quien igualmente *aprecia* esos esfuerzos, señalando con la puesta del sol la hora del descanso, y dándoles el *salario* que merecen, al final de su jornada.

Desde este punto de vista, es también un emblema de la *Ley* que en el Mundo de los Efectos (el Occidente) preside a toda actividad individual; y al final de la misma (la hora del descanso), les da a cada cual la compensación que su esfuerzo merece, ya sea como *crecimiento interior* —talento o facultad adquirida o desarrollada— y como condición exterior en armonía con esa actividad y con el crecimiento interno, de los que puede considerarse como el resultado.

A la Sabiduría que *concibe* la obra, y a la Fuerza de la inteligencia que la *comprende* y *ejecuta*, se une el ideal de la Belleza, como principio de *armonía*, representado por la estatua de Venus, cerca del Segundo Vigilante, que tiene su asiento del lado del Mediodía, es decir, en el lugar que corresponde con el Sol, cuando se halla en la mitad de su carrera diurna.

Lo bello, nos dice Platón, *es el esplendor de lo Verdadero*. Armonía y Sabiduría, o Belleza y Verdad, son dos aspectos de la misma Realidad, cuya unión e identidad se hacen más íntimas en proporción de su respectiva elevación. Esto quiere decir que, buscando el grado más elevado de Armonía y de Belleza, se encuentran con éstas también, la

Sabiduría y la Verdad; e igualmente, todo lo que sea en realidad *sabio y verdadero*, no puede dejar de ser al mismo tiempo armónico y hermoso. Sólo puede haber divorcio aparentemente en sus aspectos inferiores; pero, entonces ya no se trata ni de verdadera belleza, ni de Sabiduría verdadera.

Un ideal de Belleza puede así, ser el camino que nos guía y nos lleva a la Verdad; e igualmente, cuando la Sabiduría sea la que inspira realmente nuestras acciones y nuestra actividad, no puede guiarnos sino en sendas de paz y veredas de armonía, hacia la realización de un Ideal cuya Hermosura *demuestra* su Verdad. El artista sinceramente enamorado de lo Bello, se halla sólidamente encaminado hacia la Verdad; y el filósofo que busca lo Verdadero, puede también reconocerlo por la luz de belleza que lo acompaña, en su discernimiento más elevado.

Venus Urania, como diosa de la belleza verdadera o celestial, simboliza la armonía fecunda y productora de todos los esfuerzos que se hallan animados, guiados e inspirados por ese Ideal. Como hija de Urano, del que representa femenilmente el Poder Engendrador, brillando en el cielo como Estrella de la mañana y Lucero de la tarde, es también una divinidad de la luz; y, la *luz* misma considerada en su carácter femenino y creador. A su fecundidad pura y celestial se deben, pues, todas las cosas: las flores y los frutos, que se abren y maduran respectivamente bajo su influjo, y todos los seres vivientes, que nacen, precisamente *viniendo a la luz*.

Esa *luz creadora*, de por sí *venerable y venusta* es también el principio de cada veneración y venustidad. Todo lo que afecta agradablemente la vista, sólo puede hacerlo en virtud de la luz que nos lo revela, cuya plenitud también simboliza el mediodía. Cuando esa misma luz se haga en nuestra inteligencia, estaremos capacitados para percibir y concebir lo Hermoso, como la propia luz de que se reviste y en que resplandece lo Verdadero.

Así pues, Venus, y el Segundo Vigilante sentado en su sombra, pueden relacionarse con el sentido de la vista, y la facultad de la *visión interna*, o sea la imaginación, que es el elemento o factor eminentemente fecundo y productivo de nuestra vida psíquica. De la misma manera Minerva, y el Maestro que interpreta la Sabiduría, están relacionados con el sentido del *oído* y la facultad de la *comprensión*, de la que nace toda palabra, elemento más sutil, más impalpable y espiritual que la misma luz, dado que no consiste únicamente

en las vibraciones del aire, sino que pone en movimiento las profundidades obscuras del ser.

En cuanto a Hércules y al Primer Vigilante, tienen una igual relación con el sentido del tacto, y con las facultades correlativas del *juicio* y de la *acción*. La Logia o Taller masónico es, pues, igualmente el símbolo del *taller individual* en que se verifica la actividad lógica o racional de cada ser humano; y sus tres luces principales corresponden a los tres sentidos y facultades principales que lo iluminan y lo gobiernan. Por medio del oído y de la comprensión, puede el hombre dirigirse en la senda de la Sabiduría; por medio del tacto y del juicio se forma una idea justa de las cosas, y tiene el guía más apropiado para todas sus acciones; por medio de la vista y de la imaginación, está capacitado para ver y apreciar la belleza de la naturaleza y del mundo que lo rodea, y su propia inteligencia se hace *fecunda*, concibiendo y realizando obras en que la hermosura acompaña al juicio de la inteligencia y a la comprensión de la verdad.

Al primer ternario fundamental que acabamos de describir, constituido por la Sabiduría, la Fuerza y la Belleza, se unen íntimamente otros dos cargos de primera importancia, que completan con los anteriores el *Consejo de las luces*: los de Secretario y Orador, que corresponden, el primero al sentido del gusto y a las facultades mentales de *asimilación y memoria*, y el segundo al sentido del olfato y a las facultades de *percepción y observación*.

Estos dos *órganos* de la Logia tienen su asiento al Oriente, de ambos lados del Maestro Venerable, como facultades respectivamente pasivas y activas que coadyuvan la Sabiduría, en cuanto la primera es capaz de *recibirla y conservarla*, mientras la segunda la expresa convenientemente, adaptándola a las condiciones externas.

Aunque los dos sentidos del gusto y del olfato sean inferiores a los tres principales, su importancia es grande para el organismo, estando relacionados con los instintos que permiten su conservación, renovando la substancia en que descansa la obra constructora de la vida. El primero preside a la alimentación y el segundo a la respiración; el primero indica, además, en la vida psíquica, la asimilación constructiva de cada experiencia externa, hasta que se moldea en un elemento del carácter que quedará, desde entonces, *grabado* en la carne del ser. Y el segundo, la facultad de la *palabra* que igualmente expresa, en cada experiencia y contacto, el propio sello ínti-

mo, individual, del carácter y del ser.

Mitológicamente pueden ponerse en relación estos dos cargos, respectivamente con Mercurio y Apolo, siendo el primero —*escriba de los dioses*— el Mensajero y el intérprete de la Divina Sabiduría; y el segundo, aquel que la expresa de una manera eminentemente *creativa y constructora*, como Musagete, o sea medio y vehículo de la inspiración, personificada por las nueve doncellas hijas de Mnemósine, la Memoria *divina*. El sol radiante, usado algunas veces como emblema del Orador (en lugar del *libro de la ley* que ha prevalecido después) es emblemático de esa atribución; así como las *dos* plumas cruzadas, suspendidas al collar del Secretario, recuerdan las dos serpientes del caduceo y las alas del alípede hijo de Maya.

Otros dos funcionarios importantes del organismo de la Logia, cuyo lugar se halla cerca de los dos anteriores, son el Tesorero y el Hospitalario. El primero es el encargado de recoger y custodiar fielmente *los valores* del Taller —emblemáticos de sus *valores espirituales*— que han de usarse y expresarse, como todos los talentos morales y materiales, en una actividad constructora. El segundo es el intérprete de los sentimientos de compasión y solidaridad, que deben animar a todos los miembros de la Logia, y que igualmente deben traducirse en forma *constructiva*, por medio de una beneficencia bien entendida, que se esfuerza por destruir el mal en su raíz, más bien que piadosamente alimentarlo como suele hacerlo a menudo, por falta de discernimiento, la beneficencia profana.

El Maestro de las Ceremonias es quien simboliza y representa el principio del Orden Divino que ha de presidir a toda actividad constructiva, para su mejor eficiencia y mayor provecho. Su emblema especial es *la regla de 24 pulgadas* —número divisible por 2, por 3, por 4, y además por 6, 8 y 12— que indica la mejor medida del tiempo, según la tenemos también en nuestras 24 horas.

Todos tenemos, pues, indudablemente el mismo tiempo: sobre este punto no puede haber desigualdad o injusticia ninguna entre los hombres. Pero, del empleo más sabio y equilibrado que cada cual sepa hacer de las 24 horas que diariamente se le proveen, depende mucho de lo que se suele llamar *fortuna*, además del éxito y de la prosperidad individual. Por lo tanto, es de la mayor importancia aprender el uso constructivo y mejor de cada una de esas *24 pulgadas* de la regla diaria, sin exceder en

ninguna intemperancia, que siempre nos robaría alguna buena oportunidad. Saber aprovechar y usar *bien* el tiempo del que cada uno igualmente dispone, ordenando armónicamente la actividad, el descanso y demás necesidades de la vida, en manera de conseguir la mejor eficiencia y el más perfecto equilibrio, es un arte cuyo estudio y dominio abre en nuestra vida la puerta y el camino de sus mejores posibilidades.

Todo exceso, y toda falta de equilibrio en el uso más armónico de esas 24 horas, es de por sí una *intemperancia*, y en nuestra vida la causa de alguna imperfección, así como de todo fracaso. El éxito es función de la armonía y perfección *inherentes* en la propia actividad, y éstas a su vez estriban en el mejor uso de nuestras facultades, talentos, y posibilidades, aprovechando útilmente para su expresión el ritmo de las 24 horas.

Este uso armónico del tiempo y de las demás facultades y *valores vitales* de nuestro ser, se halla muy bien indicado en la disposición simbólica de la Logia, dado que el Maestro de Ceremonias tiene su asiento precisamente cerca del Tesorero y da Orador, con objeto de medir y reglar la mejor expresión de los valores y facultades del uno y del otro.

También hace hincapié, la misma regla de 24 pulgadas, los deberes de puntualidad y precisión que caracterizan a todos los verdaderos masones, indicando su *justa y perfecta* apreciación del tiempo y de cada momento, sabiendo así medir y armonizar el cumplimiento de todos y de cada uno de sus deberes. Faltar a un compromiso, o bien presentarse más tarde del tiempo convenido (toda vez que no haya una razón verdaderamente y grave y que no pudo preverse), es también un *robo* que uno les hace prácticamente" a los demás, con hacerse esperar; además de indicar en la misma persona una falta de orden y de armonía y una inconsistencia de principios y de carácter. Pues, el uso del tiempo con exactitud y precisión, así como una absoluta formalidad en todos sus diferentes deberes y compromisos, son elementos fundamentales del carácter individual, cuya *perfecta construcción* nos enseña la Masonería. Finalmente, nunca debemos olvidar que la regla masónica tiene *24 pulgadas y no más*. Esto quiere decir que no se debe por ninguna razón exceder y sobrepasar las mismas 24 horas del día; toda vez que nuestro reloj, al que representa la regla, nos haga ver que estamos al término de la última pulgada, será conveniente remitir al día siguiente, o a la siguiente-

te tenida, la continuación de cualquier trabajo o actividad.

Una agrupación análoga y semejante a la del Maestro de Ceremonias con el Tesorero y el Orador, es la que forma el Portaestandarte con el Secretario y el Hospitalario, El *estandarte* representa el propio Ideal interno, que anima a los miembros de una Logia, así como a todo masón individualmente y a todo hombre, en que representa el deseo, el estímulo y el incentivo de su progreso. Es necesario que ese ideal sea ensalzado y *levantado*, de manera que se haga el principio y la levadura renovadora de la existencia.

Cuanto más alto el hombre sabe poner su ideal, al que permanece fiel, mientras persiste y no escatima ninguno de sus mejores esfuerzos para realizarlo, mayor será su progreso e igualmente mayores las posibilidades que en su existencia se le abran. Es una ley psicológica, que el hombre marcha y progresa automáticamente, y continuamente se acerca al lugar y en la dirección en que se fije su mirada; cuando ésta se levante hacia el cielo de una visión ideal, es cierto que el mismo cielo se hará muy cerca de su propia conciencia interna y, por ende, como reflejo inevitable, también de su vida exterior.

Igualmente es cierto que nuestro ser crece y se desarrolla en la propia *imagen y semejanza* de aquello que se acostumbre contemplar; y, por lo tanto, la contemplación de una ideal es, de por sí, un medio poderoso para conducirnos siempre más adelante, expresando y desarrollando los infinitos poderes y facultades que se encuentran *en estado latente* en nuestro ser y en las posibilidades de nuestra vida. Y que sólo esperan ser reconocidas, para empezar a crecer, como la semilla en el seno de la tierra, para luego manifestarse en la luz del día, haciéndose *fecundos*, como las plantas cuando llegan a un estado de madurez productora.

Representando ese Ideal animador de todo hombre y de toda agrupación humana, el Portaestandarte se sienta muy oportuna mente en la proximidad del Secretario y del Hospitalario, pues, de la misma manera que el Maestro de Ceremonias indica la *medida externa*, les señala la *medida interna* de la propia Perfección Latente y Divina, a la cual deben conformarse en sus actividades, grabando el primero oportunamente ese ideal en la *plancha* viviente de su carácter; y sirviéndose del mismo el segundo, para buscar y ver la latente *perfección interior* dentro de la patente *imperfección externa*, y de esta manera

subsana la causa verdadera del mal en cualquiera de sus aspectos.

Como *mensajeros* entre las tres luces, y también substitutos eventuales de los dos Vigilantes, se encuentran en toda Logia otros dos oficiales elegidos, que llevan el nombre, respectivamente, de Primera y Segundo Diácono, sentándose aquél al Oriente, y este al Occidente, a la derecha respectivamente del Venerable y del Primer Vigilante.

La función del Primer Diácono, de llevar los mensajes de la Sabiduría a la comprensión de la Inteligencia, indica evidentemente la facultad de la *inspiración*, por cuyo medio la segunda se halla en relación con la primera, y las facultades limitadas del hombre se alían con las potencialidades ilimitadas de la Omnisciencia Creadora —en la que se halla, en un estado latente, todo lo que existió, existe y puede existir— participando de las mismas y recibiendo sus beneficios.

Esa facultad de la inspiración, que tiene su asiento a la derecha de la Eterna Sabiduría, es algo de primera importancia en la vida del hombre, pues de ella se origina *lo mejor* que pueda manifestarse en su existencia como factor *divinamente creativo*. A ella igualmente le deben el artista y el literato, el hombre de ciencia y de negocios, el místico y el inventor todo lo que de más importante se hallan capacitados para hacer. Y muy dignamente puede substituir la misma inteligencia, a la que de ordinario auxilia, pues se han visto muchos casos de hombres comparativamente incultos, que han sido capaces, escuchándola fielmente, de cumplir satisfactoriamente y llevar a cabo tareas en las que hombres aparentemente mejor dotados, por su cultura y educación privilegiada, se han demostrado ineficientes e incapaces.

Análoga es la función del Segundo Diácono, relacionando la misma Inteligencia con el principio divino de la Belleza y Armonía; el *sentido estético* que tiene igualmente importancia como factor de elevación ideal y moral, haciéndonos valuar, apreciar y expresar convenientemente las aspiraciones de la Sabiduría.

De esta manera, la *palabra sagrada* de la Verdad, que siempre viene del Oriente, asiento de los principios eternos y nouménicos, y de las leyes absolutas del Ser, llevada por la Inspiración al Occidente, es reconocida *justa* en este dominio de la Inteligencia racional y de la actividad realizadora, que se halla familiarizada con el mundo fenoménico y sus leyes *relativas*. Y de aquí llegando al Mediodía, por conducto de las aspiraciones estéticas, que constituyen el

elemento que adorna, armoniza, embellece y ennoblece la existencia, se hace *perfecta*, y se demuestra como tal en virtud de la misma *plenitud* de su expresión.

Esto quiere decir que el esfuerzo de la Inteligencia humana para comprender y expresar la Sabiduría celestial, mientras tiene en sí, en su propio criterio y discernimiento, la capacidad de *ajustarse* perfectamente a esa misma Sabiduría, obrando rectamente "en nivel" o de acuerdo con sus leyes, sólo puede llegar a la *perfección*, haciendo su esfuerzo fecundo y productivo, cuando logre la mejor armonía en su actividad y esté también *a plomo* con el ideal de la Hermosura.

Completa el ternario de los dos diáconos el Guardatemplo, especialmente relacionado con el Segundo Vigilante, de la misma manera que los diáconos lo son con el primero, y el Maestro Venerable respectivamente. Su objeto es vigilar la puerta del Templo, asegurándose de la cualidad de *masones* de todos aquellos que toquen a la misma, antes que puedan admitirse en la Logia. Como tal, indica muy bien la facultad de la *atención* por cuyo medio se discierne la *cualidad constructora* o destructora de los pensamientos que puedan "tocar" a la puerta de nuestra inteligencia, o de la *logia* de nuestra vida interior.

Es, pues, de gran importancia, la calidad de los pensamientos que admitimos *como obreros*, en el fuero de nuestra conciencia íntima, que es el propio *taller causativo* de la vida. Ningún pensamiento se halla sin influencia sobre el carácter y la existencia, sino que ejerce, según su propia cualidad, una obra ya sea constructora o destructora, tanto en el uno como en la otra. La educación masónica, y toda educación individual, empiezan precisamente con el control y la selección inteligente de los pensamientos que se *admiten y entretienen* en nuestra mente.

No podemos evitar, como otros lo dijeron, que las aves vuelen por encima de nuestra cabeza; pero sí que se posen en ella y hagan su nido sobre la misma. De la misma manera, hemos de evitar que en nuestra mente reposen y descansen aquellos pensamientos que no reciben la aprobación de nuestro mejor criterio (el primer vigilante) y de nuestra conciencia más elevada (el maestro venerable).

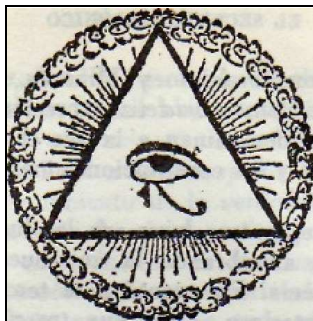
El último ternario de los dignatarios y oficiales, está formado por el Past Master y los dos *maestros expertos*. El primero es el Maestro que ejerció la función de Venerable durante el año o período masónico anterior y que, como tal, se sienta en lugar de honor a la izquierda del

Venerable actual, al que puede aconsejar con su experiencia. Representa el *alter ego* que deriva del atavismo o de una existencia anterior, cuya experiencia aprovechamos en nuestra vida actual, como complemento y factor de la propia *sabiduría* de ésta.

Los otros dos maestros expertos se sientan cerca de las dos columnas —en la parte más *sagrada* del Templo—, auxiliando a los dos Vigilantes en el examen y apreciación de los *materiales de la construcción*, y sirviendo de Guías a los *inexpertos* en el Camino de la Luz que es la senda de la Verdad y de la Virtud. Indican simbólicamente nuestros *esfuerzos anteriores*, de los que muchas veces hemos perdido la memoria, y que nos ayudan a recorrer el nuevo camino, superando todos los obstáculos que en el mismo encontremos.

*"Era la luz verdadera que alumbra a
todo hombre que viene a este
mundo."*

(JUAN 1 - 9)



CAPÍTULO III

LA LUZ

El objeto *interior* iniciático y filosófico hacia el cual converge todo el simbolismo masónico, puede resumirse en las palabras *búsqueda o revelación de la luz*.

La Logia, síntesis local, imagen pequeña y expresión particular de la Orden, se halla, como lo hemos visto, *orientada*, o sea dispuesta y dirigida en la dirección en que se encuentra o aparece la luz. A su vez, esta luz material, que afecta nuestro ojo físico y nos da la *visión externa* del mundo fenoménico, es emblemática de otras dos formas de luz, de las cuales la primera brilla y la otra se halla todavía *latente* en su fuero interior.

La primera de estas dos luces simbólicas es la *luz de la inteligencia*, representada alegóricamente por la estrella flameante, como *signo del hombre* y de sus facultades, que obedecen a la ley quinaria, precisamente como los sentidos y sus órganos físicos. Esta luz intelectual, o sea la facultad *interior* de ver y reconocer las cosas exteriores, tiene como símbolos más apropiados Hércules y Mercurio, así como la luz física está representada por Helios y por Venus, en su aspecto de *armonía fecunda y creadora* de la naturaleza.

Estas dos formas de luz son conocidas y familiares a todo hombre, dado que alumbran respectivamente el *mundo exterior* de la experiencia física, y el *mundo interior* de la conciencia y de la razón. Pero, hay otro género de luz, superior a estas dos, y generalmente latente y oscura para el hombre, hasta que no se despierta en él su íntima percepción. Esta *luz espiritual*, que representan mitológicamente Apolo y Minerva

es el principio de toda *inspiración* y se llama con feliz expresión *la verdadera luz*, precisamente como la denominan a la vez el evangelio juanítico (*to phos to alethinón*) y las constituciones masónicas de Anderson (*true light*).

Las primeras de estas tres *luces* son las luces respectivamente *objetiva y subjetiva*, alumbrando la una nuestros sentidos y la otra nuestra inteligencia. En cuanto a la tercera, su carácter es más profundo y misterioso, dado que *trasciende* tanto la una como la otra, aunque sea la *esencia*, o *lo real* en ambas, la luz Eterna e Inmanente que constantemente resplandece en el dominio de la relatividad, de la apariencia y de la contingencia. Sólo cuando nuestra propia conciencia se reconoce más profundamente a sí misma, adquiere la capacidad de percibirla y reconocerla como *la única y más verdadera luz*, de la cual las otras dos formas —que alumbran los sentidos y las facultades ordinarias de la mente— no son sino 'aspectos *relativos* y comparativamente ilusorios, pues no tienen realidad en sí mismas, sino únicamente en cuanto participan de la realidad *propia* de la última y la expresan.

Estas *tres luces* —la luz de la naturaleza, la luz humana y la Divina— que presiden respectivamente al mundo fenoménico de las formas, al mundo intelectual de las ideas, y al mundo nouménico de la absoluta realidad, están representadas en la Logia por los tres puntos cardinales del Sur, del Norte y del Oriente, en donde se sientan las *luces* simbólicas que la dirigen y presiden en sus trabajos. La primera desarrolla en nosotros la capacidad de apreciar la belleza, la armonía y el orden que presiden a la naturaleza; la segunda se manifiesta en nuestras propias facultades internas y en su expresión activa y operativa (Fuerza); y la tercera estimula en nosotros la *Sabiduría*, que nace y se desarrolla, por medio del *discernimiento de la verdadera realidad*.

El hombre se hace simbólicamente *masón* —o sea, llega a ponerse en contacto *consciente y constructivo* con la Suprema Realidad Planeadora y Constructora del Universo— *al percibir esta luz*, pues la conciencia de esta Trascendente Realidad lo *inicia* (o sea, lo hace ingresar o nacer) en una nueva manera de ser, en una nueva visión de la vida y de las cosas, así como de su propia relación con el *principio íntimo* de éstas y con el mundo y las condiciones externas que lo rodean. Pues,

esta Luz del Oriente es aquella que, de ahora en adelante, tiene que *orientar* u ordenar constructivamente todos sus pensamientos, palabras y acciones.

Sin embargo, no se llega a la percepción de la Luz Trascendente —o sea, al discernimiento de la *verdadera realidad*— sino como resultado de una serie de *viajes*; o sea, por medio de etapas sucesivas de progreso en cada una de las cuales tiene uno que enfrentarse con ciertos *obstáculos* o experiencias, que le es menester superar o resolver, para que en cada etapa se le permita *ir adelante*, o proceder.

Cada uno de estos viajes o conjuntos de experiencias implica y efectúa una determinada *purificación*, representada simbólicamente por la naturaleza del elemento que preside a la misma, librando la naturaleza interna del individuo —que es *pura conciencia*, y por ende también Luz y Verdad— de alguna forma particular de ilusión. Toda ilusión y todo error es, pues, una forma de *impureza* de los medios o vehículos de que aquél se sirve, y que forman su personalidad. En otras palabras, la Vida Interna por su origen *divina y perfecta*, se afirma sobre la impureza de los vehículos en que se expresa —resultado de la *evolución* natural, que es *involución* de la Realidad nouménica en la apariencia fenoménica— de manera que la propia expresión, purificada por medio de los *viajes* (o *experiencias*), se acerca siempre más a la Verdad inherente (o *verdadera luz*), manifestando su implícita *virtud*.

Todas las posibles, y por supuesto, infinitamente variadas experiencias de la vida, se resumen simbólicamente en *tres viajes* fundamentales que también indican los tres tipos de purificación que respectivamente se relacionan con el dominio de los pensamientos, de los sentimientos y de la voluntad. A su vez cada viaje se halla precedido por un estado preliminar de *reflexión*, o *concentración en uno mismo*, en el cual encuentra uno el primer vislumbre de la luz, e igualmente nace la determinación de *viajar* o progresar, en las dos direcciones, de su *reconocimiento* primero, y luego de su *expresión*.

Esta experiencia preliminar familiar a todos los masones como estancia en el llamado *cuarto de reflexión*, es de por sí algo profundamente significativo. En las antiguas iniciaciones, o sea en los *misterios* que precedieron y preludieron a la Masonería en su forma, actual (en la que, de la misma manera, se halla la *semilla* de su porvenir), el candidato era conducido y dejado solo, por algún tiempo, en una gruta o lugar subterráneo, en obscuridad casi completa y en presencia de símbolos

o imágenes —casi siempre de un carácter fúnebre o lúgubre— sobre los cuales tenía que reflexionar.

Se trataba, pues, de una *prueba*, análoga a la de la propia *semilla*, cuando se pone en el seno de la tierra labrada, para que pueda *germinar* y crecer, abriéndose su propio camino hacia la luz, por medio del esfuerzo interior, hacia abajo con las raíces, y hacia arriba con las hojas, o sea en la *dirección vertical* (u oriental) de las aspiraciones latentes en ese germen. El candidato a la iniciación es precisamente esa semilla, que oculta en sí mismo, en un estado *latente*, sus posibilidades espirituales, cuyo desarrollo empieza con la *reacción interior* a esa primera prueba, para luego afirmarse y crecer con las siguientes; dado que todas las pruebas son, esencialmente, *oportunidades y medios de crecimiento y progreso*.

La prueba del cuarto de reflexión la encontramos a menudo en la vida externa, cuando las experiencias de éstas, especialmente los dolores, decepciones y contrariedades, nos llevan o nos inclinan hacia un estado de comparativa soledad, en el cual nos hallamos enfrente de nosotros mismos, tratando de comprender *la razón y el sentido* de aquellas experiencias, y cómo podemos salir satisfactoriamente de las mismas. Muchas veces el alma se encuentra, en esa condición de desolación, como si fuera casi destruida, o literalmente *hecha pedazos*; o sea en un estado de *muerte interior*, en la que han de manifestarse las posibilidades hasta entonces latentes de la Vida Interna, impulsándola hacia el *nuevo nacimiento o resurrección* de que es en sí semilla y poder. Y, según esto se verifique, la vida *renace* literalmente, o vuelve a rehacerse sobre la destrucción del pasado así superado.

El *despojo de los metales* que se verifica al ingresar en el cuarto de reflexión, es un índice de que los *valores* materiales y morales, que nos han servido hasta entonces, y sobre los cuales habíamos construido nuestra existencia, aparece como si nos fueran quitados por la fatalidad externa, o bien cesaran de ser apreciados y poderse utilizar. De todos modos, nos es preciso buscar *nuevos valores*, en substitución de aquellos de que ya no nos es dado servirnos — valores adecuados a las nuevas condiciones, que nos permiten enfrentar y superar.

Pero, ese despojo tiene también un más profundo sentido filosófico. Para buscar la Verdad (la *verdadera luz*), es preciso previamente despojarnos de todas las opiniones preconcebidas, y especial-

mente de las *creencias* (científicas, filosóficas y religiosas) que, más bien que ser fruto maduro de la reflexión y del discernimiento, provienen de nuestra educación y de la sugestión del medio en que vivimos, en el que se aceptan como *moneda corriente*, pero cuyo brillo no registre la claridad de la luz meridiana de la Verdad, en donde pierden, por consiguiente, todo valor y toda efectividad.

Es igualmente necesario despojarnos, por medio del *discernimiento*, de todo aquello cuyo valor y utilidad sean puramente aparentes: de todas las posesiones ficticias, que no pertenecen a nuestro ser real; pues todas estas cosas que ocupan y dominan nuestra conciencia, por su misma presencia nos impiden reconocer, apreciar y buscar los *valores verdaderos*, que son como la *perla* preciosa del parangón evangélico, para comprar la cual el que la encuentre se halla dispuesto a *vender* o deshacerse de todo lo que tiene. Así es la Verdad: para poderla adquirir se precisa estar dispuestos a vender o dejar todos aquellos valores transitorios que no rigen en su comparación con los *valores reales*, que son los únicos que pueden darnos certidumbre y seguridad. Sólo en ese estado de *desnudez filosófica*, de quien se haya librado de los inciertos valores profanos, puede sernos franqueado el umbral del Templo en que se encuentra la Verdad y nos es dado conocerla.

La palabra *templo*, derivando de una raíz (*temes o tamas*) que tiene el sentido originario de *obscuridad*, manifiesta haber significado, en un principio, un lugar oscuro (caverna, hipogeo o cripta); como aquellos de los que tenemos ejemplos en la antigüedad histórica del Oriente y prehistórica del Occidente. Muchísimos subterráneos y verdaderos templos, cavados en la roca, pueden admirarse aún hoy en la India.

Ahora, esa obscuridad relaciona el templo con el cuarto de reflexión, pues los dos indican el lugar en que *se oculta y se encuentra*, en estado *latente*, aquella Luz Divina que ha de buscar el iniciado, o sea la *luz verdadera* para encontrar la cual las mismas tinieblas, con relación a la luz externa, representan la condición más favorable. ¿No es esa *obscuridad*, que simboliza también en su nombre Leto, la madre de Apolo y Diana, la verdadera *madre de la luz* que alumbra por igual el *día* de la conciencia objetiva y la *noche* de la subjetiva? ¿Cómo pudiera, esa misma *luz verdadera*, encontrarse, sino apartándose temporalmente del dominio ilusorio de la ordinaria luz de los sentidos externos y de las facultades

internas, que sólo pueden hacernos desviar del Camino Recto de esa búsqueda?

Esta *condición indispensable* para encontrar en las profundidades internas de nuestro ser la Luz Verdadera —que nos da el sentido de *lo real*, y el más genuino criterio de la Verdad—, tiene como otro problema el de la venda que cubre los ojos del beneficiario, al emprender sus viajes en el camino que ha de llevarle a reconocerla. Al franqueársele con ese objeto la puerta del Templo, ha de estar, pues, en estado de voluntaria *ceguera*, con relación a la luz exterior, además de encontrarse en la "desnudez filosófica" de que hemos hablado, poniendo al descubierto su corazón; que hace patente su mejor buena voluntad, así como *el pie* que le hará reconocer las asperezas del camino y *la rodilla* que demuestra su humildad y la interna devoción; con las cuales sólo pueden superarse los obstáculos y dificultades que se encuentran esparcidos sobre sus pasos, y constituyen otras tantas *oportunidades*, o gradas en la senda de su progreso.

Todos los viajes se dirigen al principio *hacia el Oriente*, o sea el lugar de origen o Manantial de la Luz; así como la mente se encamina, para buscar la Verdad, desde los efectos a las causas, desde los fenómenos a las fuerzas o principios que los originan, desde el mundo concreto de la sensación al mundo abstracto de la pura ideación. Pero, ese estudio inductivo de las leyes y principios que gobierna la naturaleza exterior y las experiencias de nuestra propia vida individual, quedaría estéril e infructuoso, si no fuera luego *aplicado y comprobado* en el dominio de los efectos. De aquí la necesidad de emprender luego un nuevo viaje de vuelta hacia el occidente, para llevar en las experiencias de la vida externa la nueva luz que ha sido encontrada en la búsqueda anterior.

"La *ida* y la *vuelta* son, en realidad, las mitades de un único viaje o ciclo de estudio y experiencia, de reflexión y actividad, y la segunda es el complemento indispensable de la primera. Hay, pues, una *unidad esencial* que, por igual, sirve de fundamento a las experiencias externas del mundo fenoménico e internas de la realidad espiritual, o sea, al mundo concreto de los objetos (representado por el Occidente) y al dominio puramente abstracto de las ideas (que simboliza el Oriente). Oriente y Occidente son dos aspectos de una Suprema y única Realidad, que es el *río* del que constituyen respectivamente el Manantial y la desembocadura, y que además se halla en todo el recorrido del mismo.

De aquí la necesidad de buscar esa única realidad en esos dos polos opuestos, en lo que se halla, por así decirlo, entretejida toda la trama del universo. Pues la luz que en el Oriente se revela en su pureza originaria, y así puede ser percibida y reconocida como tal, se halla igualmente al Occidente, pero de una manera oculta y velada, y debe buscarse —como se buscaba a Osiris en los misterios egipcios— así *sepultada* en el dominio de las sombras o formas exteriores, que la encierran; como aquel en el arcón, que le había preparado su malvado hermano Set-Tifón, personificación de la obscuridad combatiendo la luz.

La primera parte del viaje, o sea la búsqueda de la *verdadera luz* (que sólo podemos ver como tal en el principio u origen de las cosas), es el camino áspero que se dirige del occidente al oriente en la región oscura del Norte, en donde nos sirve para orientarnos la estrella polar, fulcro del mundo físico y emblema del eje inmóvil, descansando sobre el cual y moviéndose en su derredor, parecen desarrollarse, en el Tiempo y en el Espacio, todos los fenómenos contingentes.

El *progreso* es particularmente difícil y trabajoso, dado que se trata de *ascender* lugares más elevados (condiciones de conciencia que se hallan más cerca del olímpico dominio de la Realidad Trascendente), y el camino se halla sembrado de obstáculos mayores: precisa trepar sobre las rocas que, con motivo de su solidez, se parecen a aquellos principios más *firmes* —morales y filosóficos — sobre los cuales podemos sentarnos y descansar, basando en ellos nuestros pensamientos y nuestra conducta en la vida. Pero ese descanso sólo puede ser contemporáneo: la vida es un progreso continuado, que no admite detenciones o paradas verdaderas, sino sólo etapas sucesivas, siendo cada una el presupuesto de la otra.

Delante de nosotros, se halla una peña más elevada —un lugar más próximo y cercano a la Verdad. Es menester *descender*, para poder nuevamente *subir* y conquistarlo. Así pues, por medio de una larga serie de ascensos y de descensos, se cumple ese viaje que nos lleva siempre más cerca de aquellos lugares, en que el día y la mañana tienen su nacimiento. Llegaremos tan cerca como pueda nuestro ojo resistir esa luz deslumbrante; e igualmente puedan nuestros pulmones soportar el aire sutil y rarefacto que se halla en todas las regiones *elevadas* tanto del mundo físico, como del espiritual.

El primero de los viajes es, también, la *prueba del aire*: la prueba que espera a todo aquel que quiera elevarse y ascender. Cuando

se llegue a las regiones filosóficas de la pura abstracción hay, sobre todo, que vencer el *vértigo* que pueden causarnos, pues nos parece muchas veces estar sin asiento, y como suspendidos en el espacio, a la merced de los vientos que pueden barremos y hacernos precipitar nuevamente sobre aquella misma realidad, concreta, por encima de la cual por medio de una comprensión superior, parecíamos habernos elevado.

También representa, esa prueba del aire, nuestra inherente firmeza de propósito por medio de la cual, haciendo nuestro firme apoyo la roca de la Verdad, y los principios morales a los cuales hemos determinado conformarnos, estamos capacitados para enfrentarnos animosamente y sin vacilar, con las falsas creencias, opiniones y corrientes hostiles del mundo exterior, sin que éstas tengan el poder de hacernos caer en el abandono de esos principios, de los que nuestra propia conciencia íntima nos da la seguridad.

Encontramos la prueba, en esta forma, en nuestro camino de regreso, del Oriente al Occidente, cuando se traía sobre todo de *aplicar, probar y hacer efectivos* aquellos principios y verdades que hemos reconocido más justos y reales. Esos principios, leyes y verdades abstractas han de demostrarse en su aplicación en las diferentes experiencias de la vida, por medio de la cual nuestro primer convencimiento se hace a la vez más firme y más valioso. Cuando la Verdad logra hacerse *operativa* en estas experiencias, en cuanto llega a dominarlas, trasmutando los efectos por medio de las causas en que tienen su origen y su fundamento, entonces esa Verdad es para nosotros la *luz creativa*¹ que obra constructivamente en nuestro fuero interno, haciendo igualmente fecunda la vida exterior.

Por consiguiente, el viaje de regreso sólo puede efectuarse en esa luminosa región del Sur, que hemos visto ser el asiento de Venus, como principio de la *armonía creadora* de la naturaleza, aprovechando y utilizando con ese objeto todas indistintamente las experiencias que se nos presenten, cuyo resultado ha de ser en definitiva benéfico y constructor.

La prueba del aire es también la primera que encuentra el embrión de la planta, al abrirse su camino, desde la obscuridad protectora de la tierra y de la semilla, verticalmente, hacia la luz. Viniendo en contacto con ese elemento, móvil y frío, cuyas corrientes poderosas abaten y arribatan, a veces, los árboles más fuertes debe apren-

der a resistirle y aprovecharlo útilmente, apoyándose e inmergiéndose en el mismo, en su crecimiento, y sacando de aquél su propio alimento; por ser el oxígeno el más indispensable entre los elementos sostenedores y activadores de la vida orgánica.

Lo mismo ha de hacer quien se abre —por sus esfuerzos, y por su íntimo anhelo hacia la luz— su propio camino hacia la Verdad que es *fuerza, vida y alimento*. Pues, aquello mismo que tiene el poder de abatirnos y hacernos caer, cuando sepamos aprovecharlo, se hará nuestro apoyo y el medio de nuestra elevación y crecimiento. Que el uno y el otro de estos dos efectos contrarios sea aquel que esa influencia produce en nuestra vida, estriba precisamente en nuestra propia actitud interna, o sea en el dominio y control constructivo que sepamos realizar sobre nuestros propios pensamientos.

Pues nuestro *enemigo*, en ningún caso se halla afuera, sino que está dentro de nosotros mismos, en las propias tendencias negativas de los pensamientos y en los errores y falsas creencias que hemos aceptado y reconocido, formando la simiente de la *cizaña* que crece y se manifiesta en el campo de la vida externa, junto con las espigas sabrosas de nuestros pensamientos positivos y constructores, que son los que expresan *sabiduría y verdad*.

La propias corrientes hostiles y todos los vientos contrarios que parecen soplar en contra de nosotros, han sido por así decirlo, involuntariamente creados, llamados, atraídos y producidos por la actitud interior negativa de la mente y toda nuestra oposición en contra de ellos no haría más que acrecer su violencia. Pero podemos utilizarlos sabiamente, *eligiendo* con el ideal que nos guía la dirección de la marcha, dado que con el mismo viento puede un barco ir en dos rumbos contrarios, y hacia su puerto o su destrucción, según sabe aprovechar su empuje, disponiendo oportunamente las velas.

El segundo viaje, que hace el candidato antes de ser recibido masón, representa una etapa sucesiva en la cual, en razón del progreso hecho anteriormente el camino resulta más fácil y menores son los obstáculos que sobre el mismo se encuentran. Esto se debe tanto a la crecida fuerza y capacidad de superar las dificultades, por lo cual éstas cesan de ser tales, así como al dominio adquirido sobre los pensamientos, cuya actividad creativa y causativa se manifiesta, según proceden la experiencia y el discernimiento de una manera siempre más constructiva y armoniosa.

En lugar de los ruidos más burdos y desordenados del primer viaje, alusivos a los vientos impetuosos de la destrucción, y al estado en que nos encontramos cuando nos dominan los errores y los pensamientos que no hemos aprendido a controlar, se oye ahora el toque suave y argentino de las espadas. Estas indican los *combates* que se verifican, sin embargo de una manera leal y ordenada, a la luz de nuestro mejor discernimiento, entre opuestos sentimientos y emociones que, a la vez, quieren dominarnos. El lugar de ese combate es nuestro propio corazón, el manantial interior de las *aguas de la vida* que necesitan purificarse, así como nuestros pensamientos.

La misma prueba del agua la encuentra la plantita en su crecimiento, cuando sobre ella se abaten las lluvias, cuyas gotas, animadas por una moción en sentido contrario al de su crecimiento, son como otras tantas espadas que aparentan dirigirse en su contra para destruir y anonadar su esfuerzo hacia la luz. Sin embargo esa lluvia no deja de ser benéfica, en cuanto purifica el aire y lo hace más claro y transparente, mientras riega y refresca la tierra: también se refresca la plantita, resistiendo esa prueba, y absorbiendo con su raíz la humedad benéfica que será para ella un nuevo elemento favorable para su crecimiento al mismo tiempo que le quita las escorias que pudieran depositarse en su superficie, llevadas por el aire y los animales.

Lo propio sucede con el hombre, que sale purificado del combate de las emociones, según aprende a dominarlas armonizándolas con sus aspiraciones superiores; y de las lágrimas que resultan de todas las emociones negativas y que, regando el órgano de la vista, hacen a ésta más clara, serena y despejada.

Sin ningún ruido tiene lugar el tercer viaje, alusivo a una fase más elevada de, progreso y purificación. Mientras en el primero se trata sobre todo del dominio de los pensamientos —pues a ellos se les deben todas las dificultades y obstáculos que el hombre puede encontrar sobre el sendero de su vida— y que han de ser clarificados, iluminados y coordinados constructivamente, conociendo y aprovechando la Luz de la Verdad; y en el segundo se trata de controlar y dominar todos aquellos sentimientos y emociones que manifiestan imperfectamente la Vida Interna y tratan de impedir el progreso según los anhelos más elevados de ésta; en el tercero se aprende, de la misma manera, a purificar la voluntad de todos aquellos hábitos e instintos, cuya influencia se ejerce en

un sentido opuesto a la conservación y al progreso evolutivo de la existencia.

Sobre los hábitos y los instintos, que constituyen lo que se ha llamado *la mente subconsciente* descansa, pues, como un edificio sobre sus cimientos, el templo de nuestra existencia orgánica y activa. En estos fundamentos, además del factor individual, concurre la herencia atávica y la de la raza, cuya base es *mental* aunque se consideren a menudo como atributos propios e inseparables del plasma vital, o bien de los más pequeños, ultramicroscópicos, elementos morfológicos. El dominio y la purificación de esos hábitos e instintos, de manera que estén en perfecta armonía con la voluntad de nuestra Vida Elevada —incluyendo las intenciones y motivos que pueden impulsarnos a la acción— es precisamente la tarea a la que aluden el tercer viaje y la prueba del fuego, anticipándosele como programa iniciático al recipiendario, aquello mismo que encontrará nuevamente en forma más directa en los grados superiores.

La *regeneración individual* es, pues, aquello que ha de salir de la prueba del fuego, como nos lo muestra la narración mitológica de Demeter que pone al niño Demofonte, confiado a sus cuidados, en la llama del hogar, para que se purificara de sus escorias (o *instintos mortales*, y se hiciera inmortal.

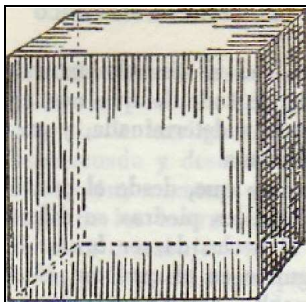
Así la Luz de la Verdad, después de haber brillado claramente en la mente, como principio ordenador de los pensamientos, y luego en el corazón, purificando y ordenando constructivamente, las emociones, descende en las mismas profundidades de los instintos y hábitos arraigados en la carne —que constituyen el *infierno* de la vida individual— con objeto de *salvarlos*, o sea purificarlos y ennoblecerlos. De esta manera la misma luz o Verbo Divino *se hace carne y habita en nosotros'*, y según le recibamos nos da "potestad de ser hechos *hijos de Dios*" o sea, hijos, conscientes de la *verdadera luz*, que en nosotros brillará eternamente.

Habiendo *encontrado y recibido la Luz*, el iniciado, de la misma manera, recibe y encuentra la *palabra* que es sagrada, en cuanto renovadora y ennoblecedora de su ser y de su vida. Esa Palabra es la misma Luz, que se presenta al oído del entendimiento, después de haber sido percibida por el ojo del discernimiento. La Luz y la Palabra igualmente *hacen, al masón*, constituyendo de ahora en adelante el propio *Logos* o Centro Divino y principio constructor y ordenador de la

logia de su propia vida renovada —desde sus funciones instintivas al cielo de los pensamientos y de las inspiraciones— en virtud y por medio del mismo. Puede ahora dignamente ceñírsele el *mandil* como emblema de la pura *conciencia constructiva* que ha nacido en él, al encontrar y recibir esa Luz *verdadera* que de ahora en adelante lo orienta y lo guía en todos sus pasos, iluminando su existencia y derramándose y esparciéndose en su derredor, con el místico aroma de la virtud, que siempre la acompaña y la demuestra.

"Mi comida es que haga la voluntad del
que me envió, y que acabe su obra,"

(JUAN IV-34)



CAPÍTULO IV

LA OBRA

Ya hemos visto cómo todo el simbolismo masónico señala la finalidad especialmente *operativa* de la Sociedad cuyo nombre es sinónimo de *construcción*. Únicamente puede llamarse *masónico* aquello que *eleva o levanta algo* en el dominio intelectual, moral y espiritual, además que en el mundo de la realización objetiva.

Conforme con ese principio, todo masón ha de ser más que todo un *trabajador*, en el sentido más elevado de la palabra —aquel que concibe y realiza una obra o actividad inspirada o animada ;por un impulso o fin ideal y cuyo carácter distintivo es el *amor a la obra* a la que se dedica—y toda reunión y actividad "masónica", ya que los dos términos tienen el mismo sentido.

Otro punto de importancia es que esa actividad ha de ser invariablemente *constructiva*, pues de otra manera cesaría de ser "masónica", ya que los dos términos tienen el mismo sentido. Siempre se trata de construir, o sea, poner en obra y levantar, de acuerdo con un *plan* determinado, que constituye su fundación tanto ideal como material, las *piedras* que representan la *materia prima*, oportunamente labrada y puesta en obra.

La piedra es el principio básico de toda labor o trabajo masónico, de la misma manera que el Plan o Idea, reflejo del Logos, constituye el fundamento espiritual de la obra. Por su consistencia y relativa estabilidad, así como por su tendencia o facultad inherente de conservar de una manera firme, a través de los tiempos, la *forma* recibida —y también el *lugar* que se le dé en un determinado edificio— es el símbolo

natural de todo efecto permanente y duradero, de todo lo que nos aparece en una forma relativamente constante y determinada, y en particular del *carácter* o personalidad humana.

De la misma manera que, desde el punto de vista de la obra que con ella se realiza, las piedras se diferencian unas de otras principalmente por el hecho de ser *brutas* o *labradas*, así igualmente ha de distinguirse en el carácter, el estado tosco e imperfecto del hombre inculto, y de aquel que no conoce la *luz* (hallándose todavía en las tinieblas de la profana ilusión) y el del hombre cultivado, que sobre todo ha aprendido a *disciplinar* de una manera constructiva todas sus facultades, inclinaciones y tendencias, lo mismo que su actividad, en armonía con esa Luz Ideal que ha reconocido como *principio* arquitectónico de su vida y de su ser.

La misma luz simbólica del discernimiento espiritual es la que nos revela el estado de *imperfeción* de nuestra piedra o manifestación individual, y nos indica la necesidad de superar el estado de *desorden profano*, que caracteriza al hombre esclavo de sus pasiones, vicios, errores e inclinaciones inferiores, enseñándonos a *desbastar y labrar esa piedra bruta*, para que manifieste la *perfección latente* inherente en la misma (de la cual tenemos un ejemplo alegórico en el diamante y demás piedras preciosas, cuya *belleza natural* sólo se hace evidente después de habérsele quitado las imperfecciones externas), de acuerdo con el Plan del Gran Arquitecto.

Una vez reconocidas como tales las imperfecciones naturales del carácter y del complejo de hábitos y tendencias que matizan la expresión de la vida interna (*perfecta*, en sí, por su carácter *divino*, aunque aparezca exteriormente imperfecta por causa de aquéllas), hay que poner en obra aquellas dos facultades que simbolizan respectivamente el *martillo* y el *cinzel*, con los que se trabaja la piedra material, con, el objeto de remediar de una manera permanente ese estado de imperfección, modelando el carácter de acuerdo con el Ideal íntimo.

El primero de estos dos instrumentos —aquel que lleva en sí y utiliza en forma *activa*, la propia tendencia de por sí inerte y pasiva de la gravedad, permitiéndole ejecutar un *trabajo*— es el emblema de la Voluntad que existe en todos los hombres indistintamente, pero que, en general, por falta de discernimiento, se confunde con el instinto y la pasión, y muchas veces se halla pervertida al punto de hacerse *destructora*

tanto de las mejores tendencias internas, como de la vida externa. Efectivamente, el martillo, empleado por sí solo y sin la inteligencia necesaria, constituye, (como la voluntad desenfrenada y desordenada) el más simple y poderoso medio de destrucción; mientras que su uso perfectamente disciplinado lo hace uno de los instrumentos más indispensables en cualquier género de obra o trabajo.

Para labrar y pulir la piedra, así como para darle o imprimir y grabar en ella una *forma ideal* determinada, el martillo sólo nos sirve en proporción de como se aplica, de una manera inteligente y disciplinada sobre el cincel. Y la combinación de los dos instrumentos, expresando una idea o imagen ideal, hará de aquella misma piedra bruta (que puede ser inútilmente hecha pedazos con el solo martillo empleado sin la inteligencia *constructiva*) una hermosa obra de arte que, como la Venus de Milo y el Apolo de Belvedere, son evidencias de un *genio inspirador*.

Ese cincel, que el obrero tiene en la mano izquierda, apoyando su corte en el preciso lugar en donde quiere que la fuerza bruta del martillo produzca un trabajo útil, es emblemático de la determinación de la Inteligencia que guía y dirige oportunamente la fuerza de la Voluntad, produciendo un resultado adecuado al *corte* del discernimiento y a la penetración mental que se ha aplicado sobre el objeto de los esfuerzos.

Así como el martillo, empleado por sí solo, difícilmente podría darnos un resultado constructivamente armónico, y de ninguna manera perfecto, así tampoco el cincel de por sí podría producir algún trabajo eficiente. Lo mismo sucede con la voluntad y la inteligencia cuando actúen la una sin el concurso adecuado de la otra; la primera lleva resultados que se hallan lejos de ser satisfactorios, cuando no sean brutalmente destructores, mientras la segunda se afana inútilmente en crear los mejores propósitos y en conceptuar y elaborar planes que, por no ser llevados a cabo y traducidos en *obra*, resultan ineficaces.

Por lo tanto, sólo por medio de un acuerdo perfecto entre las dos facultades puede esperarse tener éxito en ese trabajo de desbastamiento y pulimento de la *piedra* del carácter individual, de manera que en la misma se revele la forma y perfección inherente de la Vida Elevada interior, que constituye su *destino* real y verdadero.

Nada peor, sobre este punto, que la *falsa sabiduría*, formada por la acumulación de errores y prejuicios, que obrando sobre la voluntad perpe-

túan la cadena causativa del mal en todas sus formas, y hacen al hombre el esclavo inconsciente de sí mismo que, sin embargo, cree constantemente ser víctima de la injusticia de los hombres y de una fatalidad igualmente injusta de la suerte o del destino. El *destino* más verdadero del hombre — su *destinación* espiritual— es algo que sobrepasa, por su hermosura y trascendencia, todo aquello que podemos concebir, imaginar o describir, de más grande, noble y elevado: es la Divina Perfección en todo el alcance y la expresión de la palabra: o sea el Logos o Plan Ideal (verdadero Verbo de Dios) que quiere *hacerse carne* en la Piedra de nuestra personalidad y de nuestro carácter, y en la Logia de nuestra vida. Sólo nos es menester *percibir y reconocer* ese Plan, para poder trabajar en armonía con el mismo, con objeto de que se manifieste tanto dentro como fuera de nosotros.

Existe, pues, dentro de cada piedra, o sea en la *materia prima* de la vida y de cada vida individual, un estado de *perfección, inherente*, que se halla latente en toda forma y en toda expresión, al que precisa reconocer, educar hacer patente, por medio de la obra o *trabajo* que simboliza el desbastamiento de la piedra. Masónicamente esta perfección está representada en cada piedra por el estado de *rectificación, tetragonal* que les permite a cada una de ellas tomar su lugar en el edificio en que se emplee.

En otras palabras, cada piedra que se emplee en un edificio, elevado según las reglas del arte, ha de ser cortada ortogonalmente, quitándosele por consiguiente todas las asperezas y todo lo que esconde, en la irregularidad exterior, ese estado ideal de perfección tetragónica, que precisa evidenciar y hacer efectivo. Ningún obrero puede ser capaz de reducir una piedra bruta al estado de *piedra rectangular o cúbica*, sino en proporción de como *saber ver* ésta en aquélla, y se esfuerza en su trabajo para hacerla evidente, conformándose con esa visión geométrica ideal.

Para ese objeto se necesitan otros dos instrumentos, que sirven para guiar y controlar el trabajo de los dos anteriores: la *regla* y la *escuadra*. El primero nos da la norma de la *rectitud lineal*, y además la *justa medida* que permite tanto la igualdad, como la armónica proporción de las caras cuadrangulares de la piedra; el segundo igualmente hace posible la rectitud de cada uno de los tres ángulos que concurren en cada vértice o ángulo triedro, representando con el ángulo recto el *perfecto criterio*, con el cual únicamente la perfección ortogonal de la piedra puede hacerse evidente.

La línea y el ángulo recto son, pues, los elementos de la *perfección geométrica* con la cual deben igualmente conformarse la vida interior y la exterior. En sus propósitos como en sus acciones, en el dominio del pensamiento y en el de la actividad, nunca debe el masón alejarse de la *línea recta*, que indica el camino y la conducta ideal en todo momento y circunstancia, evitando toda forma de doblez, incertidumbre y tortuosidad; pues, únicamente según se conforma con esa línea recta le será posible alcanzar su propósito y tener un éxito verdadero en el objeto que se haya propuesto.

Lo mismo debe decirse del perfecto criterio, a la vez moral e intelectual que simboliza el *ángulo recto*. Cuando falte o sobrepase esa justa medida, que divide el círculo en cuatro partes iguales (efectuando de esta manera su simbólica *cuadratura*), la visión interna resultara o bien *aguda*, o bien *obtusa*. En el primer caso el análisis crítico llevado al extremo, en el segundo la tendencia a descuidar excesivamente los aspectos particulares de cada problema, alejan de la justa y recta visión, en la que únicamente toda cosa aparece en su lugar y puede tomar el que le corresponde.

Toda construcción descansa, en lo que se refiere a su perfección arquitectónica, en la mejor alineación de las piedras, que pueden disponerse en íntimo contacto la una con la otra, sin que ninguna exceda o sobrepase el lugar que le corresponde ni tampoco haya huecos indebidos. De aquí la importancia de esa perfecta cortadura ortogonal, sin la cual una piedra cesa de ser *elemento masónico* o arquitectónico.

Lo mismo sucede con la vida social, en la cual a cada uno le corresponde su propio lugar y deber, su tarea y actividad. Es necesario *cuadrar perfectamente* justamente en ese lugar, tarea y actividad, llenando así todos los requisitos y sin exceder indebidamente en ningún sentido, pues se encontraría sobre el lugar y deber de otro. Todo lo que sobrepase de la perfección tetragona, lo mismo que toda deficiencia, le impiden a cada uno tomar ese justo lugar, y por lo tanto hacen de él un elemento arquitectónico indeseable en el edificio social al que debería pertenecer.

De aquí la necesidad de buscar el único remedio efectivo y duradero para cualquier deficiencia, imperfección o condición indeseable de la vida exterior, en un correspondiente *mejor trabajo y pulimento* de la piedra individual del carácter, dado que, por cierto, hay alguna falta o imperfección interior, que precisa discernir y remediar, para

que las condiciones externas puedan realmente mejorarse.

Así pues, el pulimento de la piedra, para revelar y hacer patente la perfección geométrica inherente *en la misma y en su destino*, es una obra a la cual debe incesantemente dedicarse todo masón y todo hombre que aspire a progresar en su propio camino, estando en la mejor armonía con el propósito interior de la vida, y las condiciones externas en que debe realizarse. El primero se halla representado por el ideal divinamente inspirado (y todo ideal *verdadero* lo es), que corresponde con el modelo geométrico y arquitectónico de la piedra; el segundo resulta del esfuerzo individual, que logra adaptar y expresar de la mejor manera ese ideal en la *materia prima* del carácter y de las circunstancias.

Hay, pues, una doble perfección *relativa y absoluta*, siendo la primera el camino y el período intermediario para lograr la segunda: la *piedra cúbica* es el emblema natural de ésta, mientras la *piedra rectangular* representa más apropiadamente aquella. Es claro que, con relación al empleo arquitectónico en un determinado edificio, la forma más deseable no es la cúbica, que se halla más adaptada para *estar de por sí misma*, que para ser puesta a ocupar su lugar en contacto con las demás piedras. De aquí que la perfección, en vista de la cual se halla dirigido el esfuerzo de cada uno, deba de estar constantemente *en relación con su destino*, para el cual han de ser adecuadas la forma y proporción de la piedra.

Sin embargo, esa *perfección relativa* a la propia utilización que de la misma puede hacerse en un edificio determinado, no puede quitarle su valor intrínseco a la *perfección absoluta* representada por la piedra cúbica o monométrica, que constituye, evidentemente, un grado de perfección superior. Esta última es, al contrario, la más apropiada como *piedra fundamental y angular*, dado precisamente que es la que mejor puede estar por sí misma, sin necesitar el apoyo de otra. Estas tres condiciones de la piedra, la *piedra bruta* que se está labrando en vista de su destino o perfección interior todavía latente, la *piedra rectangular* cuya relativa perfección la hace naturalmente *compañera* de las demás que han sido cortadas en vista de una función análoga y solidal; y la *piedra cúbica*, que es aquella que mejor se sienta y está por sí misma, simbolizan los tres grados primeros y

esenciales de la Orden Masónica: Aprendiz, Compañero y Maestro.

El grado de Aprendiz, como lo dice su nombre, *se halla* caracterizado por la facultad de *aprender* y el esfuerzo que en esto mismo se ponga. La actitud de *aprendizaje* es, pues, ej principio y el fundamento en que descansa todo progreso, dado que esto se efectúa precisamente reconociendo, asimilando y dominando todo aquello que uno logra aprender. No puede progresar quien no se esfuerce constantemente en *aprender todo lo que puede* en las condiciones y circunstancias de la vida en que se encuentra, y en las propias experiencias en la misma.

Todo ha de ser aprovechado constructivamente en este sentido, pues todo lo que se encuentre en nuestro camino puede darnos una lección útil, contribuyendo a nuestro crecimiento interior. Por lo tanto el Aprendiz (y ningún masón cesa de serlo, en ningún grado, pues éstos no substituyen, sino sólo *complementan* los anteriores) ha de ser como la abeja que saca la miel de cada flor, o sea *ciencia y sabiduría* de cada condición y experiencia de su vida.

El mismo Aprendiz pasa a ser *compañero*, o sea obrero disciplinado por medio de la educación, el dominio y el uso de sus facultades, cuando su *saber* se haya transformado en *poder*, o sea, el aprendizaje se haya madurado en un estado de fecunda actividad. No cesa con esto de aprender, pues la perfección es *progresiva*, y *todo* progreso es un aprendizaje incesante; pero se halla especialmente caracterizado por su capacidad de producir, y su mismo aprendizaje continúa descansando en su siempre más fecunda actividad.

Su cualidad de obrero es inseparable de la actitud de *compañerismo* que lo une a los demás que se esfuerzan con él en el mismo Camino del Arte, que es para todos el más verdadero Maestro. El Compañero es tal, por el hecho de hallarse participe en esa Comunidad Operativa, que muy bien puede compararse a un edificio, en el cual cada piedra representa uno de los miembros, cuyos cimientos descansan en el pasado, sobre el cual se levanta constantemente progresando hacia el futuro. Cada obrero toma su lugar en ese edificio, apoyándose sobre la experiencia de los que lo precedieron, y preparándose a su vez para ser la base en que descansa el progreso y la actividad de los que vendrán después.

Así sucede también en la vida, y en cualquier campo de actividad. El progreso social, el progreso intelectual y educativo el de las instituciones, precisamente descansan en ese *compañerismo* que naturalmente se establece en la mutua dependencia de los unos, con relación a los otros, de los padres con los hijos y de las generaciones que continuamente se suceden. Todo el conjunto de la humanidad puede así considerarse como un gran edificio, cuya actual fundación se halla formada por los más antiguos pueblos, naciones y civilizaciones, que para nosotros están inmersos en la tierra del olvido; edificio que continuamente se va levantando: generación sobre generación, hombre sobre hombre, pueblo sobre pueblo, progreso sobre progreso.

Y no sólo en la existencia colectiva, sino igualmente en la vida individual cada hombre se apoya, por lo que se refiere a su ser y carácter actual, en *algo de sí mismo*, del que ha perdido el conocimiento y la memoria, pero que, sin embargo, sigue demostrándose por sus efectos. Cada experiencia humana es la hija o resultado de muchas vidas y experiencias anteriores, y a su vez será *madre causativa* de otras que le seguirán descansando sobre la misma, como la nueva piedra de cada edificio sobre aquella que se encuentra inmediatamente por debajo.

Así cada compañero es el hijo de su aprendizaje, e igualmente será el Maestro hijo de la actividad del compañero. Y así también es el hombre, *como hombre*, hijo de la actividad y del esfuerzo evolutivo de la naturaleza, que tiene en él su actual más elevada expresión; y ha de ser padre de algo más grande y más noble: el verdadero Hijo del Hombre, que es *más que hombre*, y que el Maestro por su nombre simboliza.

Como coronamiento simbólico de la Masonería, el grado de Maestro representa, pues, alegóricamente, la *evolución, superhumana*, que sigue a la evolución humana, que especialmente indica el grado de Compañero. Por lo tanto, difícilmente el Maestro Masón, consciente de la mística cualidad inherente en ese nombre, pudiera decirse tal, sino de una manera *simbólica*. En realidad, el grado de Maestro más que referirse a la realidad actual del hombre y del masón, es aquel que concentra en sí, como la planta en su semilla, sus más elevadas aspiraciones y su porvenir: la verdadera *esperanza de nuestra Gloria*.

De aquí su representación por medio de la *piedra cúbica*, símbolo de la absoluta perfección divina, más bien que de la humana y relativa, como idealmente perfecta y equilibrada expresión del

ser en todos sus aspectos y en sus más altas posibilidades: los hombres, sólo puede aparecer como el Hijo de Dios, o como dios él mismo.

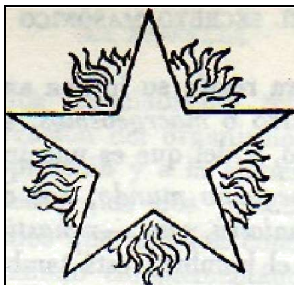
Aquella piedra que tendrá su ulterior evolución en el cristal monométrico, hecho para captar y *revelar* la Luz Cósmica; y más particularmente en el diamante que refleja la *luz blanca* en toda su pureza e integridad.

Esto quiere decir que, justamente en la medida en la cual la Piedra *masónica* se acerca a la cúbica perfección y la realiza — no tan sólo en su forma exterior, sino también en la orientación adecuada y simétrica de sus átomos y de sus moléculas— cesa de ser un elemento esencialmente constructivo propiamente dicho (una piedra que tiene sentido y valor única o principalmente en virtud de *adecuación y coherencia* con las demás) para adquirir un valor propio independiente (o filosófico) que le impone el aislamiento como una necesidad imprescindible.

Ya no puede ser simplemente *gregario* (aun en el más alto grado de la jerarquía *humana*); sino que concentrándose en su propia inherente perfección [para *revelarla*, se hace un foco de luz, tal como lo son las estrellas. Se hace un Maestro entre los *humanos* en él más alto sentido de esa palabra, y el *hijo del hombre* en él se afirma y se revela como Hijo de Dios.

"Y he aquí la estrella que habían visto
en el oriente iba adelante de ellos."

(Mateo II-9)



CAPÍTULO V

LA ESTRELLA

Entre los símbolos masónicos, *la estrella flameante* tiene un puesto de primera importancia, por sus varias y profundas significaciones.

Toda estrella es, pues, un *centro de luz*, un foco en el cual se concentran (de la *dimensión interior* desconocida) y se irradian en todo el espacio, haciéndose evidentes y perceptibles, las energías latentes que constituyen el Infinito Potencial Cósmico. Por lo tanto, hemos de ver en ella la manifestación de lo Inmanifiesto, la individualización de lo Indiferenciado, el poder activo de la Eterna Latencia Madre (Aditya, la védica Madre de los dioses., y Latona, madre de Apolo) que se expresa en el tiempo y que, como *un rayo de luz* del Gran Sol supremo e invisible, aparece en actual evidencia.

Así pues, la estrella, si bien nos aparece como una fuente de luz, no debe considerarse como la que propiamente la engendra; sino más bien, como la manifestadora de la *luz verdadera*, por supuesto invisible; o de la cósmica energía primordial (que es el mismo Poder de la Realidad) la que transforma en luz visible e irradia en una inmensa esfera, cuyos límites sería difícil trazar. El conjunto cósmico de todas las esferas, que forman, por medio de su irradiación, todos los millones y millones de estrellas que alberga la magna inmensidad de los cielos, puede darnos una idea de esa *armonía* celestial, de acuerdo con la muy conocida expresión pitagórica.

Pero, masónicamente y esotéricamente, la Estrella pentagonal o *pentagrama* es, sobre todo, el símbolo del hombre o *microcosmos*, que de

esta manera revela su íntima analogía y fundamental identidad con el Universo o *macrocosmos*, al que reproduce, por así decirlo, en sí mismo, y del que es una imagen pequeña.

El hombre es un pequeño mundo, nos dice la Sabiduría Antigua. *Yad ihasti tad aniatra, yan —nehasti na tat kvackit—* "lo que es aquí (o sea, en el hombre) está también en otro lugar (en, el mundo) y lo que no está aquí, no se halla en ningún lugar". El símbolo de la estrella nos demuestra esta correspondencia de los elementos cósmicos y humanos, y nos hace ver además que el hombre y el universo son esencialmente idénticos, a pesar de su aparentemente inmensa diversidad.

En un primer lugar podemos ver, en la estrella de cinco puntas, una imagen del cuerpo del hombre, con las dos piernas y los brazos abiertos, en correspondencia con sus cuatro puntas laterales e inferiores, mientras la punta superior se halla en relación con la cabeza. Es una postura de *equilibrio activo* y de capacidad expresiva, por medio de la cual el hombre se hace *centro* de su vida, y con su actividad, irradia de sí mismo su propia luz interior, exactamente como lo hace la estrella en el espacio.

Referida a la mujer, la estrella en esa misma postura es un símbolo de la Inteligencia receptiva, que se hace fecunda, o sea capaz de *concebir y producir*.

En el mismo pentagrama tenemos, además, representado el canon estético conocido con el nombre de *proporción áurea*, que es precisamente la proporción entre la distancia de las dos puntas consecutivas de la estrella y la de las dos alternas. Esa proporción se expresa aritméticamente con 1,618 indicando la división armónica de un todo de manera que de sus dos partes, la menor esté con la mayor en la misma razón que ésta con el todo. El cuerpo humano se halla así armónicamente dividido en dos partes por el ombligo; la misma proporción se encuentra aplicada en todas las obras más hermosas de la antigüedad y del renacimiento, tanto en el dominio de la pintura y de la escultura, como en el de la arquitectura. Por lo tanto, la estrella de cinco puntas es un símbolo geométrico y *masónico*, en cuanto en la misma se halla encerrado ese secreto de la Áurea Proporción.

Pasando del mundo físico (o dominio de la *forma*), al mundo psíquico (dominio de la *conciencia*), vemos en las cinco puntas de la estrella una alusión perfecta a los cinco sentidos: abajo, en las dos puntas inferiores que corresponden con los pies, podemos poner los dos sentidos

especialmente relacionados con la vida instintiva y la conservación del organismo —el *olfato* y el *gusto* que presiden a la respiración y a la alimentación y responden de su propiedad. En medio (las dos puntas relacionadas con los brazos), los dos sentidos que nos dan¹ conciencia directa de nuestra relación con el mundo complementándose recíprocamente, o sea la *vista* y el *tacto*. Arriba, en la punta superior, el *oído*, que es aquel que nos pone en comunicación con nuestros semejantes y nos hace consabidos de la *vida* en la naturaleza.

De esta manera la Estrella representa propiamente la mente o inteligencia humana, siendo las cinco puntas sus proyecciones hacia el mundo exterior, del que así adquiere conciencia en cinco distintas maneras, según cinco *modelos* o *medidas*. Estos modelos o medidas de las cosas externas, que el hombre percibe por medio de cada uno de sus sentidos, se conocen en la filosofía de la India con el nombre de *tanmatras* (literalmente "medidas de eso") y se consideran como los *elementos generales* formativos del Universo, que presiden igualmente a los sentidos humanos y a las fuerzas y realidades cósmicas con las que éstos (por su propia afinidad de origen) se relacionan y comunican. Cada tanmatra recibe el nombre de la sensación correspondiente (que produce en el ser del hombre) y puede ponerse en relación simbólica con uno de los cinco sólidos regulares, que también se denominan *platónicos*, en virtud del aprecio especial en el cual los tenía esa escuela, como los propios *modelos* con los que se ha construido *geométricamente* el universo.

Así, por ejemplo, el tetraedro se relaciona con el tanmatra del olfato, que además corresponde con la *percepción* en general, como facultad intelectual. El cubo con el tanmatra y el sentido del gusto, y con la facultad mental de la *memoria* o *recepción*, que es la misma cosa, en el dominio psíquico, que la *asimilación* a la cual el sentido del gusto corresponde fisiológicamente. El octaedro con el tanmatra y el sentido de la vista y con la facultad de la *imaginación*, o visión interior de la mente, análoga a la visión exterior del cuerpo. El dodecaedro con el tanmatra y el sentido del tacto, y con la facultad mental del *juicio*, que de la misma manera se asegura interiormente de la realidad y del valor de las ideas; el icosaedro con el tanmatra y el sentido del oído y la facultad de la *comprensión*, que es el entendimiento u oído mental.

Entender significa, pues, tanto captar los sonidos y las palabras, como su *sentido* con la mente; y la misma duplicidad semántica podemos verla en todos, o casi todos los idiomas.

La mano del hombre, con sus cinco dedos, forma también un pentagrama, con el cual simbólicamente pueden corresponder estos cinco principios y facultades. o debe, pues, olvidarse que el nombre latín de la *mano* (manus) tiene el mismo origen que el de la *mente* (o *mens*, de la raíz, *man*, sánscrito *manas*), y el mismo estudio de la conformación de la mano puede darnos una idea bastante clara y completa del desarrollo de la mente y de sus facultades.

Estas corresponden principalmente con los 5 dedos, o líneas de simetría que presiden a su construcción anatómica, análoga a la de las estecas de un abanico. El dedo pulgar se relaciona con el oído y la facultad superior de la comprensión; el índice con el tacto y el juicio; el dedo medio con la vista y la imaginación; el anular con el gusto y la memoria; el meñique con el olfato y la percepción. A estas facultades hace referencia el Compañero Masón, al hacer el signo de su grado, además de indicar, por medio de la misma estrella o pentagrama, el Ideal en que se inspira y que constituye el *verbo constructor* de su propia vida. Además, todos los signos que se hagan con las manos, ponen en evidencia una u otra de esas mismas facultades.

Igualmente, el dedo pulgar corresponde en cada grado con la *palabra*, evidentemente relacionada con el oído y la comprensión en correspondencia con la cabeza en la estrella humana; el índice hace manifiesto *el tocamiento*, que por medio del tacto nos permite juzgar de la cualidad de masón de la persona a la cual estrechamos la derecha; el mediano se refiere a los *signos* que hacen patente a la vista exterior la visión interior que acompaña esa misma cualidad (mano izquierda); el anular al *orden* o postura propia de cada grado (pie o punta derecha inferior de la estrella); y el meñique a la *marcha* en que se expresa su anhelo y capacidad de progresar (pie y punta inferior izquierda).

En sus simbólicos trabajos, los masones usan además cinco *instrumentos de medida* de los que se sirven para construir en el mundo moral e intelectual. Estos cinco instrumentos —la plomada, el nivel, la regla, la escuadra y el compás— se hallan igualmente en correspondencia con las 5 puntas de la estrella y por ende con los mismos sentidos, facultades, sólidos platónicos, dedos, tanmatras y medios de reconocimiento.

La *plomada* es el instrumento que indica constantemente la línea vertical, o sea la dirección del progreso o crecimiento evolutivo que, como el propio crecimiento de las plantas, siempre se verifica por medio del *esfuerzo ascensional* en sentido opuesto a la fuerza de gravedad. Esa dirección es aquella misma en la que, evidentemente, tiene que levantarse cualquier edificio; y, simbólicamente, nuestro edificio moral en el cual, por medio de nuestras aspiraciones y de nuestros ideales, nos elevamos siempre más sobre la supina *gravedad* de los instintos y de las pasiones.

Intelectualmente la plomada indica la *percepción*, o sea la facultad más baja, que más directamente nos relaciona con el mundo exterior (simbólicamente la *tierra*) en el cual se hallan a la vez las fundaciones de nuestra existencia material y de nuestro crecimiento intelectual. Esto último se verifica precisamente, según nuestras facultades se van desarrollando sobre la base de la percepción, formando como una *escalera* (la simbólica escalera del sueño de Jacob) que une la tierra con el cielo, en la cual suben y bajan las *ideas* (los ángeles), desde el reino concreto de la percepción, al dominio trascendental de la intuición.

Así como el peso de la plomada se dirige hacia la tierra, y de esta manera mantiene verticalmente en perfecta tensión la cuerda que sostiene la mano (emblema de la conciencia humana y de sus facultades), así igualmente el organismo físico del hombre (que corresponde con el *plomo* de la plomada) localiza la atención de la conciencia hacia el mundo objetivo y procura la necesaria *tensión* de todas las facultades en esa dirección. De esta manera puede el hombre levantar el edificio individual de sus conocimientos y de su crecimiento, aprendiendo que él mismo *no es el cuerpo*, sino el ser interior que se sirve de aquél, así como la mano se sirve de la plomada *para encontrar la línea vertical*.

El *nivel* es, analógicamente, el instrumento que determina y establece la *línea horizontal en relación con la vertical*. La solidez de un edificio estaría muy lejos de ser asegurada, cuando únicamente se cuidara su progreso vertical; pues, si bien la vertical indica constantemente la dirección del crecimiento o elevación, esto no puede hacerse efectivo si no es por medio de una correspondiente expansión, en cada grado o estadio del progreso ascensional. También las plantas, creciendo en el sentido de la vertical, emiten constantemente hojas y ramas precisamente *en nivel* con el estadio de su crecimiento.

Igualmente un edificio se establece sólidamente sobre sus fundaciones, y crece con el progreso de la construcción, por medio de una perfecta y nivelada disposición de las piedras labradas y cementadas, en estratos sucesivos, cada uno de los cuales es la base necesaria del siguiente. Lo mismo sucede en el edificio moral e intelectual del humano crecimiento: sobre la base de la *percepción*, y en nivel con cada grado de la misma, la *memoria* y el *hábito* se establecen, en estratificaciones superpuestas, que representan los diferentes grados de experiencias, cada uno de los cuales es la base necesaria del que le sigue inmediatamente. Y todo aquello de lo que se ha olvidado la conciencia, cristalizándose en el *instinto*, que no es otra cosa sino memoria subconsciente, con la inherente facultad de reproducir las reacciones anteriores, ante los *estímulos* de la misma naturaleza.

Además, el nivel nos enseña, en unión con la plomada, la lección del *equilibrio* que es lo más necesario e indispensable en cada etapa de crecimiento. Toda elevación que no sea lo suficiente equilibrada, es, pues, más bien perjudicial que deseable, dado que pone en peligro la estabilidad del mismo edificio que se quiere levantar, y amenaza echar a perder todo el esfuerzo anterior. Por lo tanto más vale asimilar juiciosa y perfectamente, sacando el mejor provecho constructivo de nuestras experiencias y condiciones actuales, más bien que echarnos en vuelos aventurados, de carácter psíquico, intelectual o imaginativo que, perdiéndose en laberintos más o menos ilusorios, nos darán como resultado inevitable una *caída*. Todo aquello que no se consiga y no se efectúe de una manera perfectamente natural, normal y equilibrada, no puede tener un verdadero valor *constructivo* para el edificio de nuestro crecimiento.

Ya hemos tenido ocasión de hablar de la *regla* como instrumento de medida del tiempo y del uso de nuestras facultades (además de medir materialmente la longitud); e igualmente como emblema de la *línea recta* en la conducta y en el crecimiento individual. Esta facultad se relaciona constructivamente con el sentido de la vista y con la imaginación, que son la *guía y medida interior* de todo esfuerzo, actividad y realización exterior.

Así como el hombre *ve* las cosas (tanto con sus ojos como por medio de la visión interior), así él *piensa*; y como *piensa*, así igualmente concibe sus propósitos y sus proyectos; y según ha concebido y pensado, así igualmente *obra* y obran en su vida, por la ley de atracción causativa, las condiciones y cosas externas, moldeándose la vida en armonía con la

regla que simboliza y mide esta facultad visualizada.

Como modelo de orden y armonía, la *regla masónica* (es decir, *constructiva*) indica el empleo perfectamente ordenado y disciplinado de la visión interior, guiado por el discernimiento y sin el cual esta facultad se tornaría en nuestro peor enemigo; pues nada hay tan funesto en la vida individual, como la imaginación desordenada y desequilibrada, regida y dominada enteramente por la sensación, el instinto y la emoción, en lugar de ser gobernada y dirigida por las facultades superiores de la razón. Pues, entonces, se torna destructiva de la vida individual y de la ajena, alimentando el temor y la pasión, y llevando su influencia negativa y violenta en todos los aspectos de la existencia, envileciendo y marchitando sus flores más hermosas.

Es pues, la verdadera espina vital del Árbol del Bien y del Mal, capaz de dar frutos de esas dos naturalezas, cuyo uso no deja de ser funesto, produciendo infinitos males y dolores, cuando no se tenga el discernimiento suficiente para elegir en el dominio causativo de la mente, entre la una y la otra especie.

De ese vaso de Pandora, han salido las creaciones humanas más bellas y agradables, e igualmente las maquinaciones más diabólicas y todos los males que en todos los tiempos han afligido, y siguen afligiendo a los hijos de Prometeo: la salud y la enfermedad, la belleza y la fealdad, el suave perfume de la virtud y los horrores del vicio y de la degradación, la riqueza y la pobreza, la felicidad y la infelicidad. Verdaderamente, los cielos y los infiernos se encuentran en la imaginación del hombre y se parten su dominio; aquí es donde se dividen los caminos y puede elegirse entre la estrecha senda del ascenso vertical, que lleva al dominio del Orden y de la Armonía, y la amplia calle del descenso, flaqueada por los errores, los vicios y prejuicios, que baja hasta el mero centro de gravedad de la pasión y del instinto: el dominio de Maya, la Ilusión de los Sentidos, que es *muerte* para la Realidad.

La *regla* simboliza la imaginación cuando esté *en línea recta* con el más alto ideal y con el discernimiento espiritual de la Verdad, en lugar de estar torcida por una visión correspondientemente *tuerta* del mundo, de la vida y de las cosas, como efecto de la misma ilusión. Pues cuando nuestra regla esté torcida, también lo estarán todas las piedras —ideas, pensamientos, propósitos y palabras— que no podemos a menos de

emplear en nuestra construcción. No podemos entonces esperar que nuestra vida nos abra y haga manifiestas sus mejores posibilidades.

El cuarto instrumento, la *escuadra*, indica análogamente la perfecta "rectitud" del juicio, que resulta de la justa percepción (plomada) y de la recta visión íntima (la regla dispuesta en nivel). Cuando ese ángulo no sea justamente recto, sino más bien agudo y obtuso, tendremos un falso criterio para conducirnos y para apreciar las cosas que nos rodean, y no nos será posible encontrarnos y juntarnos perfectamente, como lo deberíamos, con las demás piedras del edificio social y con las circunstancias de la vida externa. Siempre quedará algún *hueco* que impide el ajuste perfecto, abierto a los vientos de la crítica y de la oposición.

Además, cuando el interno criterio no sea justo y recto, también las aristas de la piedra de nuestro ser resultarán inclinadas y torcidas, y las caras dejarán de estar respectivamente *en nivel y aplomo*. De aquí la ineptitud, para una piedra de esta naturaleza, para que pueda elegirse en la construcción de un edificio de alguna importancia, en el cual todas las piedras han de ser perfectamente ajustadas.

Cuando, al contrario, ese criterio del juicio sea justamente *recto*, formará junto con la regla los dos catetos de un triángulo rectángulo, en el que se evidencia (por medio de la relación de éstos con la hipotenusa) el conocido Teorema de Pitágoras. El cuadrado del juicio, sumado con el cuadrado de visión (o imaginación) —o sea, la más plena y perfecta expresión de cada una de las dos facultades— dará como resultado la perfecta inteligencia o *comprensión*, representada por la hipotenusa.

Si, por ejemplo, se dan a los dos catetos, como valores, respectivamente, 3 y 4 (en cuanto constituyen la *tercera y cuarta* facultad), tendremos 5 como valor de la hipotenusa (*quinta* facultad). Y efectivamente, la suma de 9 y 16 es igual a 25.

Esa quinta facultad, relacionada con el oído, y que constituye la punta superior de la estrella flameante de las facultades mentales, tiene como instrumento simbólico el *compás*, que si bien no se usa directamente para labrar la piedra, tiene su empleo en el trazamiento de los planos del edificio y, además, en unión con la regla y la escuadra, sirve en la geometría para trazar las diferentes figuras planas y resolver los problemas que con éstas se relacionan.

Además, vemos en el compás, y en su apertura igual a la longitud de los brazos, el emblema tanto del círculo como del triángulo equilátero,

y del ángulo de éste, de 60° símbolo de armonía, que contrasta y complementa el triángulo rectángulo y el ángulo de 90° que indica la escuadra. El mismo compás puede abrirse en cualquier ángulo, a diferencia de la escuadra, cuya rigidez inflexible no le permite salir del ángulo recto, sin cesar de ser tal; de aquí que, mientras el juicio tiene forzosamente que conformarse con el criterio fijo y determinado que se le haya marcado, la *comprensión* se extiende más allá de ese límite, esforzándose por entender el fin y la naturaleza íntima de cada ser y de cada cosa, más bien que juzgarla simplemente de acuerdo con la medida del patrón elegido.

El proceso del conocimiento mismo puede parangonarse al trazamiento de una serie sucesiva de círculos concéntricos, siempre más amplios. El punto central, en que se apoya el compás, es el *yo* o conciencia individual, que se esfuerza por conocer todo aquello con que se logra establecer alguna relación por medio de sus sentidos e inteligencia. El *alcance* de aquéllos y de éstas (representado por la mayor apertura de los brazos del compás) determina la posibilidad de esta relación y traza, con su círculo de conocimientos y de *conciencia* actual el límite individual entre lo *conocido* (lo que se halla dentro del círculo) y lo *desconocido* (aquello que está afuera).

El rayo de este círculo, determinado por la posibilidad de apertura del compás, es el mismo *rayo de la luz* que se ha hecho en su inteligencia, y que fija o determina su propio círculo o esfera de visión, enteramente análogos, a la esfera que cada estrella traza en la inmensidad del espacio, por medio del alcance de sus rayos. Por lo tanto, la comprensión, o sea la facultad de ver y entender las cosas en la luz de la Verdad, es aquella facultad que determina el brillo y resplandor de la Estrella en cuanto símbolo o inteligencia individual.

De la misma manera que los últimos tres instrumentos (la regla, la escuadra y el compás), son los que sólo se usan en la Geometría, mientras los dos anteriores sólo sirven, en unión con la *regla* que los acompaña a todos, en la construcción propiamente dicha, así también el juicio y la comprensión, junto con la imaginación, constituyen el campo de la *mente consciente* o racional; e igualmente la percepción y la memoria, y en gran parte la imaginación, pertenecen sobre todo al dominio de la *mente subconsciente*, que también se ha llamado "mente subjetiva", cuyos procesos inteligentes se desarrollan automática e in-

discriminadamente, o sea en un plano inferior al del juicio.

La una y la otra de estas dos partes de nuestro ser inteligente son igualmente necesarias e indispensables, y juntas contribuyen a formar nuestra *Humanidad*, que empieza precisamente con el juicio; siendo las demás facultades (percepción, memoria e imaginación) en común con los animales. Aún más puede decirse, continuando el símil anterior, que esas tres facultades que obran Automáticamente en nosotros, por debajo del plan de la conciencia (también durante el sueño, cuando la razón se ha dormido), llevando luego en ésta sus productos, son como la base arquitectónica sobre la cual se levantará en seguida el edificio *geométrico* de la Ciencia o Sabiduría.

También pueden, la percepción que *origina* todo conocimiento, y la memoria que lo *establece*, asimilarse con las dos columnas, sobre las cuales se levanta, por medio de la imaginación que *6a* apoya sobre ambas, el arco de la inteligencia verdadera, de la cual la razón, que tiene su expresión natural en el Lenguaje (en la cual se combinan armónicamente el juicio y la comprensión, según lo representa el símbolo masónico de la escuadra y del compás *entrelazados*) constituye la *piedra clave*,

Las facultades superiores son, pues, aquellas que permiten a la mente *concebir ideal y racionalmente*, mientras cuando la imaginación obre únicamente con la memoria y la percepción, sólo puede concebir *materialmente* y de una manera irracional. El compañero Masón —símbolo, como lo hemos visto, del estado propiamente *humano* de la evolución individual, intermedio entre las etapas subhumanas y superhumanas— es aquel que especialmente, en sus viajes o experiencias, se adiestra en el uso combinado de los, tres instrumentos geométricos: la regla con la escuadra y con el compás. En cuanto al compás con la escuadra, sólo puede usarlo satisfactoriamente el Maestro, pues estos dos instrumentos sirven sobre todo para resolver el problema de la *cuadratura del círculo* que, aunque no pueda resolverse geométricamente, necesita serlo prácticamente.

La regla junto con la escuadra puede trazar geométricamente una serie de líneas paralelas; e igualmente se usa para encontrar constantemente la *normal* en correspondencia de cualquier punto de una determinada línea recta. Representa el juicio o recto criterio que se aplica constantemente sobre la línea o regla de conducta que se haya elegido, y que nos permite estar a *plomo* con nuestros principios e ideales, tanto en nuestros pen-

samientos, como en las palabras y en las acciones, que siguen las unas a las otras en una serie de líneas *paralelas*, construyéndose así, en perfecta armonía y simetría, el edificio de la existencia. La imaginación oportunamente dirigida y controlada, es como la regla, armónicamente dividida, por medio de su *ajuste* perfecto con la razón.

Unida con el compás, la misma regla permite trazar todas las figuras geométricas, pues todas resultan de la variada combinación de la línea recta y del círculo, comprendiendo este último todos los ángulos y permitiéndonos establecer todo género de medidas y proporciones. Con el auxilio de estos dos instrumentos pueden, así, resolverse todos los problemas, empleándose y entrenándose en los mismos las facultades mentales que simbolizan.

Análogamente, cuando la imaginación trabaja en perfecta armonía con la comprensión, que la guía, determinando su dirección, se abren ante nuestra inteligencia infinitas posibilidades creativas, y se nos da el medio para resolver satisfactoriamente problemas difíciles y complicados. La comprensión obra, pues, por medio de la *lógica*, representada por la relación entre dos puntos o ideas, que siempre puede ser determinada y establecida con la ayuda del compás, mientras la regla hará evidente la misma relación, por medio de una imagen adecuada, representada por la línea que une los puntos que se fijen con el compás.

La escuadra, por lo tanto, nos sirve especialmente en el dominio *moral*, mientras el compás tiene su aplicación preferente en el campo *intelectual*. Cuando se busque y se encuentre la perfecta relación que debe existir entre ambas —de manera que haya una armonía siempre más perfecta y completa coherencia entre el dominio del pensamiento (representado por el más elevado ideal que uno pueda reconocer y concebir) y la línea de conducta, estando los pensamientos en acuerdo con los propósitos, y éstos expresando y llevando a efecto la *elección ideal*— estaremos capacitados para el uso de la escuadra con el compás, que nos permite armonizar la línea recta con el círculo y los dos ángulos, cuadrado y sextil, resolviendo todos los problemas, tanto teóricos como prácticos, de orden superior.

Además de indicar el hombre físico y sus sentidos y facultades intelectuales, como símbolo de la mente y del pensamiento en general, la *estrella flameante* representa al Hombre Ideal, y todo particular

ideal que el hombre pueda concebir y anhelar, o sea, la propia *perfección inherente* en la humana naturaleza, en su conjunto y en todos y cada uno de sus aspectos.

La Estrella es, pues, para todo ser humano, el emblema natural del cielo *al que pertenece*, y asimilándose al hombre le recuerda su propio origen *divino y celestial*. Igualmente simboliza el Principio de la Luz y la *verdadera luz* que ha de alumbrar "a todo hombre que viene a este mundo".

Ese Ideal que aparece constantemente *en el oriente*, o sea del lado del origen o principio esencial de nuestro ser, es aquel que *marcha ante nosotros* para indicarnos el camino que nos llevará hasta el Cenit en su perfecta realización. Esa Luz Inspiradora, se halla siempre delante de nosotros, del lado del oriente —es decir, hacia la meta de nuestro sendero evolutivo— y según aprendemos a seguirla fielmente, con todo el transporte de un entusiasmo firme y duradero, nos hará progresar y nos llevará por sendas de paz, de felicidad y de armonía.

Como Fuente de Luz, la Estrella es principio inspirador de todo lo que puede haber de Bello, Noble y Verdadero: el mismo Principio del Bien en su forma más elevada. A cada cual se le presenta en su propio Ideal en la más plena hermosura y con el más vivo resplandor que su mente pueda concebir y su visión sea capaz de percibir, sin ser deslumbrado ó desviarse. Es lo que desde *adentro* impulsa la evolución hacia su más alta finalidad, presentándose constantemente en la forma y en la luz adecuada, para indicarnos la etapa o tarea que está inmediatamente ante nosotros.

Aparece, como tal, tanto a los individuos como a los pueblos y a las naciones, tomando forma o *encarnándose* en las diferentes religiones e instituciones sociales, que siguen paralelamente la evolución del hombre, modificándose, transformándose y creciendo, según crecen y se modifican sus ideas. Es *Dios mismo*, que de esta manera se revela, en su propio Logos o verbo Ideal, para cada hombre y para cada pueblo, para cada época de la vida y de la historia.

Respondiendo a su constante inspiración, nacen, crecen y se desarrollan las civilizaciones, cada una con sus especiales características, en las que ese Logos luminoso *se hace carne y se realiza* "viviendo entre nosotros" para que admiremos la Gloria de su actual realización. Y las ideas y los ideales son los que, principalmente, *hacen* la historia.

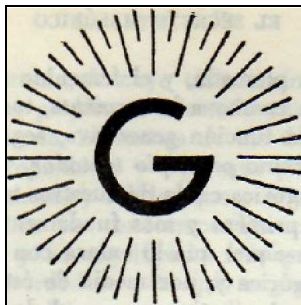
En esta simbólica *estrella flameante*, el Masón igualmente reconoce a su propio *Dáemon* o Guía Inspirador, según lo entendía Sócrates: la *verdadera luz* que sola puede alumbrar la senda de la existencia, elevándola a la altura de su razón de ser más exaltada y trascendente.

En verdad, ningún otro símbolo puede, mejor que la Estrella, representar la Inspiración *celestial o divina* perennemente creativa; la Luz que procede de las regiones inmortales del Ser, simbolizadas por la capa etérea, cósmica y luminosa que rodea nuestro planeta, y que nunca deja de alumbrar, en su propio fuero interior, a quien la contempla. Como la Estrella de los Reyes Magos esa Luz Ideal no puede a menos de *receder* constantemente, con el objeto de ser constantemente *actual*: para darle una perspectiva siempre nueva, y siempre nuevamente ajustada de su propia inasequible trascendencia.

Como el hombre, la estrella es, pues, el *trait de unión* entre el Cielo y la Tierra —entre el Reino de la Latencia Omnipotencial y el de la contingente objetividad. Y al igual que la estrella se eleva a la altura de un sol resplandeciente derramando su luz y sus energías, así puede el hombre elevarse en la conciencia de su propia naturaleza celestial, y surgir por encima de su mortalidad en la Vida Eterna de su Espíritu inmanente.

"Todas las cosas por él fueron hechas,
y sin él nada de lo que es hecho fue
hecho."

(JUAN I- 3)



CAPÍTULO VI

LA LETRA " G "

La Estrella que acabamos de estudiar, guarda en su *centro* un Misterio: aquel misterio que se identifica con la esencia más profunda del secreto masónico.

Además de los cinco elementos, que corresponden con sus cinco puntas, hay pues que considerar en ella un sexto principio que es al mismo tiempo origen y resultante de aquellos: el Centro o "corazón" en el que pulsa e irradia la *vida* que anima todo sistema cósmico o humano, y cuyo ritmo, formado de sístoles y diástoles, está en correspondencia plena con el ritmo celestial, en que se alternan y se equilibran las dos fuerzas centrípeta y centrífuga.

Dicho principio central, representando la Vida Interior *generadora* de la manifestación exterior, se halla justamente representado en la Masonería por la letra G, *tercera* de los alfabetos griego y orientales y *séptima* del latín. Es interesante la evolución morfológica de esta letra, que tiene en egipcio la forma de un mandil, en griego y fenicio la de una escuadra (sin embargo, la forma minúscula del alfabeto griego presenta analogía con la egipcia), y en latín se acerca a la de una espiral o de una serpiente semienroscada.

Estos símbolos tienen igualmente relación con la *generación* y el *poder*, que en aquella se manifiesta. El *mandil* es, pues, el primero y más sencillo vestido; aquel que cubre las partes sexuales, siendo emblema de pureza, orden y decencia, además que del trabajo. La *escuadra* ha sido usada también para representar la unión de los dos elementos o principios: el masculino que simbolizan la vertical y la

plomada, y el femenino que indican la horizontal y el nivel. En cuanto a la *serpiente*, todos conocen su relación simbólica con la función generativa, según nos aparece también en el Génesis, como *principio tentador*, y por lo tanto, principal factor en la alegórica caída de nuestros místicos progenitores.

Sin embargo, el primero y más fundamental significado *masónico* de la letra G —aquel que lo enlaza con las escuelas filosóficas platónica y pitagórica y, por medio de éstas, con la iniciación órfica y demás misterios antiguos— es el de *geometría*, así como su equivalente de Geómetra o *principio geométrico*, que se identifica con el Gran Arquitecto. En este sentido cabe también la interpretación de los masones anglosajones, que ven en la letra G simplemente la inicial de la palabra *God*, o sea Dios, entendido como principio del Bien (*Good*),

En la leyenda histórica que se halla al principio de la primera Constitución Masónica, de Anderson (1723), se nos dice, a propósito de la misma *Geometría*, que "Adán, nuestro primer Padre, creado a imagen de Dios, el *Gran Arquitecto del Universo*" debió de tenerla *escrita en su corazón*, así como las otras *ciencias liberales* (las siete artes que formaban el *trivium* y el *quadrivium*). "Indudablemente, Adán enseñó *Geometría* a sus hijos, y el uso de ella en las varias *Artes y Oficios*... y sus descendientes imitaron su regio ejemplo, fomentando la noble Ciencia y el útil Arte".

De acuerdo con esa Ciencia que preside a las "reglas de la Masonería", fueron construidas las primeras ciudades, así como el Arca de Noé, la Torre de Babel, las pirámides de Egipto y, finalmente, el templo de Salomón y su reconstrucción quinientos años más tarde —después de la destrucción hecha del primero por Nebucadnezar, al tomar Jerusalem— por Zorobabel. De acuerdo con este concepto, la *Geometría* y la *Masonería* son dos aspectos complementarios, respectivamente teórico y práctico, especulativo y operativo de una misma *Ciencia*, y *Arte Real*, que se extiende y se aplica en todos los campos de la vida, en donde ha de expresarse como Sabiduría y Poder.

Dado que la Geometría hállese en la fundación del Universo del que contiene y expresa las Leyes, siendo a su vez una directa manifestación inteligente del Supremo Geómetra o Gran Arquitecto, su estudio es la base de todo progreso, de todo orden y de toda armonía en la vida individual. Por lo tanto, el Masón debe aprender a dirigirse con sus reglas y principios, haciendo de ella la *norma* de su existencia, de cuyo

ciclo o *círculo* se esfuerza por buscar y realizar una *perfecta* o *ajustada cuadratura*.

Pero, en la geometría, no hemos de ver únicamente el estudio matemático de las propiedades y leyes que gobiernan las diferentes figuras lineales, planas y sólidas que pueden existir en las tres dimensiones del espacio que conocemos. De acuerdo con la etimología de la palabra y su significado más primitivo, en ella se esconde, además, el verdadero *principio engendrador* del Universo y todo ser y cosa, del que su estudio matemático representa la anatomía, ignorando igualmente la fisiología y la psicología (que se exalta en la teología).

Aunque superficialmente pueda uno contentarse con traducir esa palabra como *medida de la tierra*, en realidad sus dos elementos *Ge* y *Meter*, hacen de *geometría* el nombre atributivo de *Ge-Meter* o Demeter, la Madre Generadora, llamada también simplemente *Gea*, esposa de Urano y madre de los Titanes.

Así, pues, en esta palabra (y en la ciencia que denomina) hemos de ver el atributo iniciático y filosófico de la Madre Divina, en su expresión primera y más universal, de la que se encuentran diferentes huellas y aspectos en las creencias y cultos de todos los tiempos históricos y prehistóricos¹. Es la Divinidad Una en su aspecto *femenino o engendrador*, según aparece antiguamente en las diferentes shaktis del hinduismo, en la Isis, Neit y Hathor de los egipcios, en la Ishtar babilonia y en la Astarté siria, en la frigia Cibeles y en las diferentes deidades femeninas del mundo griego-romano; y finalmente en la Virgen María (y las diferentes "Vírgenes") del culto católico popular.

Precisamente por medio de la *geometría*, la Divinidad se hace *creadora y productora* (verdadera Madre Engendrador), dado que las formas geométricas constituyen el Molde Eterno (o matriz universal) de todo lo que pueda temporalmente existir en el tiempo y en el espacio. De aquí que, *estudiando la geometría* (según se enseñaba en las escuelas iniciáticas y filosóficas antiguas actualmente representadas por la Masonería), se puede llegar al conocimiento del *génesis*, o sea del Origen Eterno de todas las cosas y de los Principios Universales que las manifiestan en la senda cíclica del tiempo, en infinita progresión evolutiva.

¹ En todos los hallazgos prehistóricos se encuentran evidencias de este culto universal de la Madre, representada algunas veces por una *Piedra Negra*, o por estatuillas en las que se acentúan y resaltan los caracteres sexuales, hallándose éstas especialmente en cavernas y lugares subterráneos.

Con esto no es posible ver, en la letra G, la expresión filosófica y metafísica de la *verdadera geometría*: la Geometría Viviente y Divina que constantemente habla el *Logos* o Palabra Creadora por medio del cual "todas las cosas... fueron hechas" y sin el cual "nada de lo que es hecho fue hecho". Esa "diosa" (como aspecto femenino-inteligente de la Divinidad) es la *natura naturans* Madre Creadora o productora de la *natura naturata*, la naturaleza visible y sensible que la hace manifiesta; así como Gea es la madre de Rea, y Demeter de Coré-Perséfone.

Es el Principio Eterno de la *forma*, y la misma Forma Arquetípica, síntesis y unidad originaria de todas las diferentes *formas* que puedan existir y que representan sus infinitos aspectos, en todos los cuales se expresa, pero sin identificarse con ninguno. La Diana multimama de Efeso es un símbolo de su Esencia Amorfa que aparece en infinitas formas, siendo estas últimas (en su carácter eterno de *inherente perfección*), los planes del Gran Arquitecto, que el masón se esfuerza por conocer y realizar, por medio del compás que constantemente relaciona la periferia exterior (expresión), con el *centro* (o Principio Eterno).

La Divina Madre viene a ser, así, el *centro natural* de toda figura geométrica, e igualmente el *centro de gravedad* de todas las cosas, formas y seres vivientes. Por esta razón la *gravitación* —cuya dirección nos indica la plomada, y de la cual no puede nunca prescindirse en la construcción de cualquier edificio— es, después de *Génesis* y *Geometría*, otro significado importante de la letra G.

Así como en la Geometría la Divinidad Madre nos aparece en su aspecto de *Sabiduría Creadora*, en el Génesis como *Poder y Fuerza* o Voluntad Engendradora, en el principio o Ley de Gravitación vemos su expresión como el Amor que relaciona íntimamente todas las cosas, aparentemente distintas y separadas, en virtud de su íntima Unidad, siendo el fundamento de la *Armonía* cósmica, arquitectónica y humana.

Estos tres aspectos femeninos de la Divinidad, simbolizados por la letra G, corresponden, en la mitología clásica, con Minerva y Metis el primero, con Juno y Diana el segundo, con Venus y sus hijas, *las tres gracias*, el tercero. Los tres se resumen en la primitiva concepción de la Madre Divina, como Isis, Gea o Demeter.

La atracción de la Gravedad, sobre la cual se funda arquitectónicamente todo edificio humano, lo mismo que la arquitectura cósmica y

la de la vida en sus múltiples formas y expresiones, es el verdadero *principio unitivo* que une a todas las cosas y a todos los seres, igualmente en el mundo material, como en el dominio moral y espiritual. Sin aquél no sería posible poner las piedras en íntimo *contacto edificante* la una con la otra, y tampoco que los astros fijaran sus órbitas en correlación armoniosa los unos con los otros, de tal suerte que el ritmo de las estaciones ordenara y coordinara evolutivamente las diferentes expresiones de la vida sobre su superficie.

Y en la sociedad ejerce una función no menos importante, siendo la fuerza que une y cementa a los hombres en la familia, en la tribu y en la nación; y que finalmente necesita *integrar* estas necesarias unidades formativas menores en el sentido superior y más comprensivo de la *común humanidad*.

Además de relacionar las cosas la una con la otra, en virtud del propio *centro íntimo* de cada una, ese mismo principio del Amor o Gravedad (masónicamente representado por la *plomada*, y en la Logia por el Segundo Vigilante, así como el *nivel* y el Primer Vigilante se relaciona con la Voluntad Generadora, y el Venerable Maestro y la *escuadra* con la Sabiduría Creadora), es aquello que en cada cosa, forma y expresión de la vida (e igualmente en las *figuras geométricas* que presiden a éstas), establece Una relación armónica, constructiva y evolutiva entre el centro y la periferia, entre el principio *interior* de la Vida y su manifestación exterior.

Ninguna forma de vida sería posible sin esta relación, que siempre podemos observar en todo organismo y que se verifica por medio de las *corrientes vitales y nerviosas*, que tienen analogía, en el organismo de la naturaleza y en las cosas que se consideran inanimadas, con las corrientes eléctricas y magnéticas, el movimiento del aire con los vientos, las corrientes marinas, y las de las aguas en la superficie y en las entrañas de la tierra. Todos estos movimientos y todas estas actividades, están regidos y dirigidos rítmicamente por la misma Ley del Amor o Gravedad; todos obedecen a la gravitación con relación al *centro vital interior* en armonía con algún centro de gravedad exterior.

Así como hay un centro de gravedad en los cuerpos materiales y un centro vital en todo organismo, así igualmente hay un *centro de armonía* en toda figura plana o sólida; el carácter *generador* de este centro aparece claramente en el caso del círculo, dado que éste se obtiene apoyando en aquél la punta fija del compás. Con igual claridad aparece el

mismo centro en los diferentes polígonos y sólidos regulares, por ser el punto hacia el cual convergen las líneas bisectoras de los ángulos, y las perpendiculares en el centro de cada uno de sus lados o caras. Este centro *mide internamente*, por medio del ángulo, el desarrollo exterior del polígono o poliedro.

En el caso particular de la Estrella —cuyas cinco puntas hemos visto corresponder macrocósmicamente con los *tanmatras*— su centro indicará el *principio geométrico* del que brotan y al que pueden reducirse; y, siguiendo la analogía de los 5 sólidos regulares, haremos corresponder con ese centro, representado por la letra G, la *esfera* que los contiene y los engendra (por medio de planos que la corten con ángulos diferentes), y a la que tienden en su desarrollo.

Ahora, la esfera resulta, como el círculo, de un punto central, que se proyecta a sí mismo *periféricamente*, de manera que constituye una superficie, o línea circular. Este punto es, en el fondo, un círculo o esfera infinitesimal y potencial, cuyo rayo se haya reducido a la nada; y en el círculo o esfera vemos el desarrollo exterior de la condición o potencialidad *latente* en su centro generador. En cuanto al proceso de crecimiento o desarrollo evolutivo, por medio del cual el círculo o "la esfera proceden del punto que se hace *activo* para manifestarse externamente en aquéllos — o sea el movimiento que procede incesantemente *de adentro afuera* para expresar la *esencia central en apariencia periférica*— es precisamente lo que indican la línea espiral y el movimiento serpentiforme.

La letra G, indicando con su forma esa *espiral* —por medio de la cual todo procede y se manifiesta de las potencialidades latentes o dormidas en un punto central o semilla, hasta la plenitud del desarrollo que indican en cada estadio evolutivo el círculo o la esfera de un rayo determinado— representa, por lo tanto, la actividad *geoméricamente creadora* de toda la naturaleza, y la propia *matriz* de la misma dentro de la cual —como, en la esfera los demás sólidos— se hallan contenidos los moldes arquetípicos que manifiestan en progresión evolutiva todo lo que puede existir y aparecer externamente, *viniendo a la luz* de la realidad sensible, que puede identificarse con la superficie de esa esfera matriz.

Los filósofos indos llamaron a ese Gran Principio Cósmico creador, del que derivan también los *tanmatras* (que pueden ser considerados como sus miembros, que derivan de aquél y en el que se di-

suelven) *Mahat o Mahakundali* —literalmente la "Magna" o la "Gran Enroscada"— o sea la Gran Fuerza Serpentina o espiraliforme, que se encuentra *latente* en todo punto o centro, del que procede en su expresión externa o periférica, originando, por medio de los *tanmatras* (que son sus propias *medidas*) la multiforme creación.

En esa Fuerza o *Devi* (Divinidad femenina), que es el *poder o actividad* del Ser Supremo (la Divinidad como *principio esencial* o masculino), se hallan igualmente contenidas, siendo por la misma producidas, la Mente (*Manas*) y la Materia (*Prákriti*), como expresiones del mismo *principio substancial* que con aquélla se identifica. Por lo tanto, lo invisible y lo visible (y ésto por medio de aquéllo) brotan igualmente del movimiento o actividad de esa *Devi* (llamada en el Génesis "el Espíritu de Dios" que se mueve "sobre el haz de las aguas", o *potencialidades del Ser*) con los cuales se crean y se reproducen, por medio de la cadena de las Causas y de los Efectos, todas las cosas fenoménicas.

La misma fuerza o *poder de la serpiente*, se halla también en el cuerpo del hombre, en donde tiene su asiento en su *centro de gravedad* que se encuentra en la base de la espina dorsal, en el punto que se llama *sostén radical* (Muladhara). Allí mismo tienen su asiento, el *tanmatra* del olfato y la facultad de la *percepción*, que es la base y el principio de toda actividad mental en los seres dotados de organismo físico, y por consiguiente, la *madre* del pensamiento humano que se desarrolla progresivamente por medio de las facultades superiores. Esta facultad de la percepción está más directamente relacionada con la *Divina Serpiente* que tiene su asiento en la *base* del Árbol de la Vida (la espina dorsal) y que, en virtud del propio contacto que nos procura con el mundo exterior, aparece en un principio como *tentadora* de la mente o alma humana (Eva).

Aunque en su actividad periférica (estimulando los sentidos) el Poder de la Serpiente (la fuerza *más sutil* de la naturaleza), sea para el hombre la Venus tentadora, no cesa con eso de ser la Madre Divina, y por lo tanto *Inmaculada* de sus más elevadas posibilidades espirituales. En la representación católica de la Virgen, bajo cuyo pie se halla refigurada esa misma *serpiente tentadora*, hemos de ver, pues, *los dos aspectos* de la misma Madre Divina en sus dos polaridades, *material* (como serpiente creadora de la ilusión externa) y *espiritual* (como principio de la Sabiduría, que se adquiere por medio del discernimiento, y hace *renacer* al hombre en su cualidad de *hijo de Dios* o

de la Luz., con la cual la Diosa misma se identifica).

Volviendo ahora nuevamente al hombre, y a sus sentidos y facultades representados en las cinco puntas de la estrella pentagonal, podemos ver en el centro de ésta un *sexto sentido* y una *sexta facultad*. El sexto sentido es el *discernimiento*, o facultad de discriminación entre lo real y lo *ilusorio* (simbólicamente, la capacidad de discernir entre los granos de *trigo* de la Verdad, que nos despierta y nos alimenta, y las semillas de *amapola*, o sea la ilusión que nos mece en sueños unas veces agradables y otras desagradables) que se hallan representados por las dos serpientes blanca y negra del caduceo de Mercurio.

Este sentido es precisamente el fruto y la maduración de los otros cinco y de las diferentes experiencias, que progresivamente llegan a despertarlo de su latencia, en la ignorancia ingenua del hombre primitivo, enteramente dominado por el sentido de la objetividad. Sólo podemos decir de poseerlo cuando *sabemos*, y *sabemos que sabemos*, con absoluta y positiva certidumbre que *algo es* cierto y real. En otras palabras, hasta que *dudamos* de algo y no estamos enteramente seguros de su *intenta y absoluta realidad*, nuestra mente se halla en el plano de los cinco sentidos, que sólo puede darnos el conocimiento de la *apariciencia periférica* e impulsarnos a reflexionar sobre la misma; pero, cuando la ilusión se supera, por medio de la percepción de la *realidad central* (por encima de la quintuple expresión sensorial), entonces tenemos el *discernimiento* de aquélla y adquirimos, con ese "sentido de la Realidad", la *seguridad* y la paz interior que se le acompaña, junto con el criterio definitivo de la Verdad.

En cuanto a la facultad mental que corresponde con el sexto sentido es la *intuición*, fuente divina de la *inspiración*, en cualquiera de sus formas relacionadas con ese sentido de la Realidad.

Es indudable, para quien realmente conoce esta facultad, que la Intuición obra en un plano superior al del Juicio y de la Comprensión, con los que sin embargo está relacionada, en cuanto se halla estimulada por éstos en su actividad, y a su vez los guía, los dirige y coordina, siendo factor principal de toda verdadera *creación* intelectual. También puede decirse, de acuerdo con la imagen geométrica de la estrella (de la que representa el *centro*), que la Intuición constituye *el corazón de la inteligencia*, siendo el vértice del triángulo que forma con las dos facultades automáticas de la mente (Percepción y Memoria), que corresponden con los dos pies, y el punto en que convergen las tres supe-

riores (Imaginación, Juicio y Comprensión), que corresponden con los brazos y la cabeza.

La Comprensión es la facultad que está con ella verticalmente *en línea recta*, y que, por consiguiente, más fácilmente la recibe y se halla dispuesta a trabajar de acuerdo con ella. Cuando se cierre el *compás* que simbólicamente la representa, de manera que el centro y la periferia del círculo de la manifestación forman *un solo punto*, entonces hemos llegado a la *intuición*, de lo real, pues nos hemos establecido en el propio corazón de las cosas. Ahora, el compás, en el cual las dos puntas se identifican en una sola, forma precisamente el *puñal* o *espada*, que encontramos frecuentemente en los grados *filosóficos* de la Masonería, para indicar esa *agudeza* y *penetración* de la inteligencia, con la que se logra —por medio del discernimiento y de la intuición— conocer la *intima realidad*, en lugar de conformarse con la apariencia exterior que sólo pueden medir y conocer los demás instrumentos mentales.

Por otro lado, la dicha espada o puñal, lejos de ser el arma que, de cualquier manera, se dirija en contra de la vida ajena, es, en realidad, la *materialización simbólica del rayo de luz*, al que representa con la facultad de manifestarla o *esparcirla*; pues el iniciado no se sirve de otra arma, fuera de la Verdad que reconoce y afirma silenciosamente, y bajo cuyo amparo se establece en el íntimo santuario de su ser.

La misma Intuición en su relación con las demás facultades, es precisamente semejante a *un rayo de luz que brota* improvisada mente *de adentro* (o sea, de una dimensión desconocida para las demás facultades que, por lo general, se apoyan y trabajan sobre los pies de la Percepción y de la Memoria alumbrando el campo de la mente consciente con el sentido de la Realidad Trascendente.

Este rayo de luz divina brota del *Genio Individual* o Vida Elevada del hombre (en hebreo-siríaco *Hiram* o *Khuram*, en egipcio Horo, en griego *Daimon* o *Christós*) que es el Arquitecto más verdadero de su vida (de acuerdo con los *planes perfectos* de la Sabiduría Divina), y el *principio redentor* de su existencia personal, a la que debe libertar y elevar sobre la esclavitud material de los sentidos, conduciéndola a la *tierra prometida* de lo Real. Pues, "como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el hijo del hombre sea *elevado*" (Juan-14).

En ese Genio *crístico-hirámico*, que es en el hombre el manantial de toda inspiración y de todo ideal elevado —siendo un principio interior

superior a la inteligencia, a la que sirve de guía para desarrollar sus mejores posibilidades— la letra G tiene para todo masón verdadero un significado *individual y viviente*. La dicha letra representa ese principio interior, en el cual la misma Divinidad o Realidad Suprema se revela *en su propia imagen y semejanza*; pero, es necesario que cada cual sepa encontrarlo en sí mismo, *en el medio de la estrella* de la inteligencia, como el corazón animador y la luz inspiradora de sus facultades.

En otro de sus aspectos, este Principio es también el *Genio del Arte* cuya inspiración hace del *obrero, criado* y educado por medio de la necesaria disciplina a las *reglas* del Arte, un *artista*, que busca en Aquél la Regla Suprema que tiene una expresión comparativamente imperfecta en las leyes y convenciones tradicionales de la humana experiencia.

El mismo Genio, en su manifestación individual, guía e ilumina al compañero Masón en la última etapa de su progreso simbólico, cuando, habiendo dejado los demás instrumentos o facultades, se encamina resueltamente en la senda que ha de llevarlo al Magisterio. La *espada* puntada sobre su pecho representa esa Luz Divina que parece guiarlo en una *dirección distinta* del camino acostumbrado; pues la Realidad sólo puede ser encontrada dirigiéndose hacia adentro, en lugar de seguir el ordinario camino centrífugo de las demás facultades, que se mueven a lo largo de la senda de los sentidos.

El Genio Individual (o sea, su propio Ser Superior), aparece como *muerto o dormido* en el hombre ordinario. Por lo tanto, precisa *reconocerlo* como nuestro verdadero Maestro, con objeto de que se despierte o *levante* de la tumba del olvido en que le han reducido los tres *malos compañeros* del hombre: la Ignorancia, o falta de discernimiento de lo Real; el Fanatismo o *pasión destructora* que lo posee; y la Ambición, o sea la ilusión del *yo personal* que quiere substituirle, pidiéndole inútilmente *la palabra* del dominio y del poder.

De aquí el místico drama de la Cámara de en Medio (el *centro de la Estrella*), en el cual cada Maestro Masón ha de ser simbólicamente el protagonista: ¡la Vida Elevada, el *Arquitecto verdadero* de la existencia humana, o sea la *Individualidad*, *ha muerto*, por la afirmación indebida del "yo" personal! He aquí lo que su propio discernimiento *ahora* (o sea, en la madurez de su progreso actual) le revela, dado que como Aprendiz y Compañero vivió en la ignorancia de ese importante suceso: ¿No será él acaso *cómplice* y factor de esa muerte? ¿Cómo puede probar ser realmente inocente del crimen que se le imputa, cuando sabe que ese *muerto*

es su Ser más verdadero?

Sin embargo, este estado de desolación y remordimiento no puede ni debe durar largo tiempo: si ha desaparecido precisa buscarle; y si ha muerto, *devolverle a la vida*.

Es necesario *viajar* para encontrar el lugar de su sepultura, en donde se encuentra cubierto por todas las acumulaciones de los errores, instintos y falsas creencias atávicas, que forman la *tierra* de nuestro ser subconsciente, en donde reina la obscuridad de la noche. La *rama de acacia*, o sea el estado de pureza e inocencia, sólo puede guiar nuestro discernimiento para identificarlo; pues, de El manan tan sólo *tos motivos más puros* de la acción. Cuando podemos con aquél medir nuestros pensamientos, palabras y acciones, podemos estar seguros de que manan de nuestra Vida Elevada, en lugar que de los instintos, errores y pasiones que le recubren.

En el propio *levantamiento* o actividad de esa Vida Divina en nosotros, se prueban inútilmente la Fe y la Esperanza, que se presentan los dos grados inferiores, por medio del *poder* o *virtud* que mana de sus respectivas *palabras sagradas*. La una como la otra pueden" acompañarse con la ilusión de ser personal, con la Ignorancia, el Fanatismo y la Ambición, y no aciertan por sí *solas* en manifestar y hacer patente lo Divino en el hombre. Sólo lo consigue el Amor cuando se junte con ellas: en éste la Divinidad se manifiesta en la plenitud de su poder.

Este levantamiento o *exaltación* de la Vida Elevada en el hombre, encierra el Misterio de su propia *redención*, de la esclavitud del error, de la ilusión y de la muerte. Es el Misterio de la *regeneración* o nuevo nacimiento, que se obra en él, por medio de la actividad de ese *principio redentor* cristico-hirámico, que ha sido levantado por medio de las tres virtudes q«e pueden dignamente expresarle.

Así la *letra G* que, como espiral centrífuga, es el factor de la *generación universal*, se hace para el hombre la espiral centripeta, que constituye la senda de su propia *regeneración individual*.

"Y tenía en su diestra siete estrellas. "
(*APOCALIPSIS 1-1*)



CAPÍTULO VII

LAS SIETE ARTES

Las siete *artes liberales*, que formaban antaño la base tradicional de la cultura, tienen su lugar en la Masonería, en donde se las interpreta de acuerdo con la tradición iniciática que con ellas indudablemente se relaciona, desde remotísima antigüedad.

Ya hemos visto cómo hace referencia a ellas también el discurso de Anderson que precede la Constitución de 1723, relacionándolas con la *Arquitectura*, en la que deben encontrar su aplicación *constructiva*. Pues, como bien sabemos, este Arte de la Construcción (que se identifica con la Masonería), tiene infinitas aplicaciones en todos los campos de la vida y de la actividad, empezando por el propio ser interior del hombre y su manifestación en la vida orgánica y social.

Dichas *artes* o *ciencias* (son ambas a la vez) se dividen en dos grupos, constituyendo lo que se llama simbólicamente el *trivium* (Gramática, Lógica y Retórica) y el *quadrivium* (Aritmética, Geometría, Música y Astronomía). Se trata, por lo tanto, de un septenario que resulta de la suma de *tres* y *cuatro*, o sea de aquellos mismos números que se suelen usar como valores de los catetos del triángulo rectángulo, en relación con el *cinco* como valor de la hipotenusa.

En este caso, el número 5 representa las facultades intelectuales (simbolizadas por la estrella) que se aplican al *trivium* y al *quadrivium*, y cuyo máximo desarrollo (su cuadro) resulta precisamente de la suma de la extensión comprensiva de aquéllas.

$$5 \times 5 = 3 \times 3 + 4 \times 4$$

La primera, la *Gramática* (del griego *gramma* "grabado, signo, letra") es, fundamentalmente, el estudio de los signos símbolos y letras de toda naturaleza, aprendiendo a conocerlos y distinguirlos uno de otro, para luego meditar y esforzarse por comprender su respectivo significado y valor,

Desde la invención del alfabeto —hace tres o cuatro mil años a lo sumo— los signos simbólicos necesarios para transcribir la lengua hablada se han reducido considerablemente, de manera que el estudio de la gramática literal no es hoy tan pesado como una vez (y como sigue siéndolo aún todavía, por ejemplo, para los chinos). Por esta razón el término griego de *gramática* y su equivalente latino de *literatura* han variado considerablemente su sentido. Sin embargo, la *simbología* (palabra moderna que substituye esas dos palabras antiguas, a su vez acuñadas como aproximado equivalente el semítico *sepherat*, del que deriva directamente nuestra palabra "cifra") es aún al día de hoy una disciplina importante, y el propio fundamento del *secreto masónico*.

La enseñanza de la Masonería —y, puede decirse, también la de la naturaleza" y de la vida— es, pues, esencialmente *simbólica*, o sea *oculta* dentro de símbolos y alegorías, que tienen el objeto de expresarla y revelarla. De aquí que la primera etapa necesaria para llegar a comprender y practicar este *arte* —oculto en sus símbolos tradicionales, reconocidos como tales desde los orígenes de la humanidad, y transmitidos fielmente a través de las sucesivas razas y civilizaciones— consiste en *aprenderlos*, familiarizándose con ellos según mejor lo puede cada cual, según la propia comprensión y el discernimiento, tratando así de descubrir todos sus actuales y posibles sentidos.

Así como las cifras constituyen el lenguaje de la matemática, los emblemas arquitectónicos y los instrumentos de la construcción lo mismo que otros símbolos iniciáticos de distinto origen que nos conserva la tradición, forman el *lenguaje masónico*, entendido para expresar el Arte Real de la Vida. Todo instrumento manual representa un correspondiente *instrumento interior* o facultad, que es, al mismo tiempo, un principio cósmico y humano, según lo hemos visto anteriormente (Indriya y Tanmatra), Además tiene una enseñanza práctica, *moral* y *operativa*, que puede constantemente aplicarse a la vida, para elevarla, ordenarla y ennoblecerla, resolviendo armónicamente todo aparente conflicto y desarmonía en las relaciones del individuo con su medio y con el mundo en general.

El estudio de este lenguaje es la *Gramática iniciática*, por medio de la cual se aprende a relacionar de la manera más justa y correcta la *forma exterior* con la *idea interior*, y el símbolo con su "significado" que es el elemento espiritual del que recibe *permanencia, substancia y valor*. Cada símbolo, es, pues, literalmente *la encarnación de un verbo ideal*, o sea el místico Verbo Divino que *se ha hecho carne* en la forma simbólica que nos lo hace percibir y comprender: la expresión de una idea más directa, general y universal de lo que sean tales nuestras palabras escritas y habladas, una expresión que tiene intrínsecamente el poder misterioso atribuido a los talismanes.

Desde el punto de vista iniciático, toda forma geométrica, toda figura, y también las cosas externas, pueden considerarse como *símbolos de ideas espirituales*, que por medio de aquéllas se revelan a la comprensión unida con el discernimiento. Así, tienen valor simbólico —en cuanto sirven para revelar y afirmar las ideas abstractas— las cifras matemáticas y las letras de cualquier alfabeto en donde, junto con el elemento fonético y el valor aritmético, siempre se encierra alguna idea o concepto concreto o abstracto, asociado de una manera natural e inseparable con la *forma* que afecten.

Por lo tanto, todos los alfabetos son *simbólicos*, además de ser *fonéticos*, y pueden considerarse, en unión con las diez cifras, como verdaderas *categorías o catálogos ideales*, de las cuales el mismo concepto básico de la *enciclopedia* constituye una evidente aplicación.

Así, por ejemplo, la letra A nos muestra el *delta* o triángulo, que deriva del ángulo por medio de una línea horizontal, y por ende indica el *principio* natural de toda cosa y de toda creación o producción: el *alfa* de las cosas. La B, representando los dos labios, nos da la idea general de *expresión*; además, considerándola formada ¡por dos elementos sobrepuestos, nos presenta el concepto de *sobreponer, construir, elevar, edificar*, y el resultado de tales actividades: un *edificio* o *construcción*. De la misma manera, la *gamma* griega y la L latina representan una *escuadra*, y las ideas de *juicio y rectitud*. La *lambda* griega y la V latina un *compás*; la T una *Cruz* (*t*) y un martillo, la Z un *rayo* (el atributo de Zeus-Indra), y así siguiendo.

Ahora, los elementos fundamentales de los que resultan casi todos los símbolos geométricos (entre los cuales pueden incluirse las letras, en su forma occidental son la *línea* v el *círculo*, que precisamente

simbolizan la primera y última cifra (1 y 0) y las letras I y O. En la forma árabe de las cifras, el círculo corresponde con el 5, mientras el *cero* está representado por el punto, que también debe considerarse como un tercero y fundamental elemento geométrico: el 1 representa evidentemente un *dedo* y el 5 (en romano V) la *mano completa*, así como el X indica las dos manos juntas o cruzadas.

Por lo tanto, el estudio de la *gramática iniciática* comienza naturalmente con la línea recta y termina con el *círculo*, en que tiene el *punto* su expresión periférica por medio del *compás*. La línea y el círculo se hallan íntimamente unidos y relacionados en la *columna*, cuya superficie resulta de su combinación. De aquí la importancia simbólica de este elemento arquitectónico en la Masonería, por sus varios sentidos y múltiples atribuciones.

Hay *dos columnas* al occidente de todo templo masónico, a semejanza de las dos columnas puestas por Hércules al occidente del Mediterráneo, e igualmente de aquellas que se levantaban al ingreso del templo salomónico, con cuya edificación se suele enlazar simbólicamente nuestra Institución, aunque sólo representara el tipo general de los templos fenicios de la época. Cada columna tiene un *nombre* y se representa por medio de una letra simbolizando esas columnas la doble manifestación que resulta por la combinación de la línea con el círculo, según el sentido *dextrorso* y *senestorso*, *ascendiente* o *descendiente*, y la *fuerza centripeta* o *centrífuga* que se desarrolla con el movimiento.

Esas dos columnas son también la *virtud* y la *verdad* que flanquean el camino de todo progreso real; el *deber* y el *placer* que sólo con él se acompaña durablemente en la senda de la *libertad*; el *estudio* y la *práctica* que deben armonizarse y sostenerse el uno con el otro, así como los pies contribuyen igualmente a dar cada paso. Pero son sobre todo, en virtud de lo que significan sus nombres, *Ir. Fe* y la *Esperanza* como aquellas que constantemente sostienen nuestro progreso en el camino de la existencia, mientras el *Amor* es la fuerza que nos impulsa constantemente hacia adelante.

A semejanza de la columna, que se levanta sobre la tierra de la realidad concreta para dirigirse hacia el *cielo* de la abstracción y de las más altas aspiraciones individuales, todo símbolo tiene un número indefinido de significados que pueden parangonarse con los círculos que pueden trazarse y señalarse en cada punto de la altura de la columna. Estos significados suben, precisamente, de la tierra de la *observación*, que

nos da su sentido más objetivo, material y exterior, al cielo de la *intuición* en donde reconocemos su sentido *más interior y espiritual*. Por lo tanto, el mismo símbolo, en lugar de presentar la verdad en la forma de una estéril y muerta definición dogmática, es para nosotros el *manantial viviente* de la dicha Verdad, que se nos presenta gradualmente en la forma más apropiada para nuestro progresivo reconocimiento, expresando así para cada uno su Esencia Eterna en *palpable actualidad*.

Ahora, así como por medio de la gramática estudiamos y conocemos los símbolos en que se expresa el lenguaje eterno de la Verdad, así igualmente por medio de la *lógica* progresamos y nos elevamos en el reconocimiento de sus significados, desde el más concreto y material hasta el más abstracto y espiritual. La *lógica*, es, pues, iniciáticamente, el arte de "relacionarnos" y comulgar así interiormente con el *Logos* o Verbo Ideal que se halla *en el principio* de todo ser, símbolo y cosa visible o invisible, buscando y encontrando la Verdad *latente* en sus manifestaciones aparentes.

Así vemos la *relación interior* entre las diferentes ideas, conceptos y cosas visibles, y se establece como una *cadena* o *lazo de unión* que constituye el *nexo lógico* que nos hace "consabidos" de esa Verdad en sus múltiples aspectos o expresiones. La *cadena lógica* que así se forma dentro de nosotros, es *nuestra comprensión* individual de la Cadena Causativa que une la variable manifestación objetiva con los Principios Eternos y trascendentes que se hallan en el origen de toda existencia temporal.

Hay correspondencia entre las *artes* que estamos estudiando y las facultades que hemos visto anteriormente en el sentido de que, en cada arte llega a su máximo desarrollo la correspondiente facultad. Así, en la Gramática se encuentra plenamente expresada la *percepción*, como aquella completa y profunda observación que ve constantemente en lo visible una imagen, expresión y representación de lo invisible y la interna *esencia eterna* de la objetividad transitoria. Así igualmente en la Lógica se restablece, con el *nexo*, la *memoria* que, según una antigua concepción filosófica, no se limita a lo sensible y a la percepción ordinaria, sino que es sobre todo *recuerdo o reviviscencia* de la Sabiduría espiritualmente latente en nuestro ser, cuyo *Logos*, así se despierta y se hace patente.

Para los griegos iniciados *saber* era lo mismo que *recordar*, y Metis o Mnemósina, como principio de este *recuerdo* o *memoria divina*, es la que nos da la Sabiduría verdadera; en cuanto a la Lógica, como *arte*, es

precisamente la capacidad de relacionarnos internamente con esta Divina Memoria, despertándola por medio del *nexo* de la misma con los Principios Ideales que reconocemos espiritualmente como *verdades*.

Pasando de la Lógica a la *Retórica*, encontramos en ésta la resultante, el complemento y la expresión activa del esfuerzo de concentración y acumulación relativamente pasivas, realizado por las dos artes precedentes. Aquí se trata, pues, de *expresar* y hacer manifiesto como *poder constructor* se mismo Logos o Esencia de Verdad, que se ha reconocido *en sí*, además que en sus símbolos y creaciones.

La misma Retórica se relaciona analógicamente con la facultad por excelencia "constructiva" de la mente: la *imaginación*, que expresa el poder creativo de la inteligencia —poniendo en actividad su latente potencial— creando nuevas ideas y formando nuevas combinaciones de imágenes, por medio del material que le suministran la percepción y la memoria. Aquello que la imaginación crea en el fuero interior del alma, la retórica lo expresa como *palabra creativa*.

No debemos, sin embargo, confundir la retórica iniciática con la *palabrería*, o con el ejercicio puramente formal y exterior de la facultad de la palabra, que es el significado que profanamente se le atribuye. Sólo podemos acercarnos a su sentido verdadero cuando entendamos lo que signifiquen las palabras del Evangelio de Juan que ya hemos citado y explicado: *En principio era el Verbo., por medio de aquél todas las cosas fueron hechas, y sin él ninguna, de las cosas hechas fue hecha*.

Iniciáticamente entendida, la Retórica es precisamente el ejercicio de este *poder*, con el cual el hombre logra asimilarse y *cooperar* con la Divinidad en su creativa actividad. *Toda palabra es creadora*, dado que pone en movimiento al poder que tiende a producir, reproducir, atraer, vivificar; o destruir y alejar, aquello mismo que expresa de una manera positiva o negativa. Por esta razón se dice en el evangelio que de todas nuestras palabras "hemos de dar cuenta *en él día del juicio*", que es precisamente aquel en el que se nos manifiestan sus efectos, como condiciones, cosas y sucesos de análoga naturaleza. Con ella realmente se *ata* y *desata*, tanto en la *tierra* (el mundo de los efectos) como en el *cielo* (el mundo interno y trascendente de las causas) y elegimos constantemente —aunque a menudo inconscientemente— las condiciones y cosas que puedan aparecer en nuestra vida.

Ahora, ese poder puede obrar ya sea de acuerdo con el error que estriba en la ilusión e ignorancia del hombre; o bien, con la verdad, que descansa en el reconocimiento de la Divina y Trascendente Realidad. En el primer caso obrará en forma imperfecta y *destructiva*, procurándose la caterva de los males que llenan el simbólico *vaso de Pandora* (nuestra imperfecta imaginación), mientras en el segundo, recibiendo y manifestando la *Sabiduría*, sus resultados se harán siempre más perfectos, armónicos y *constructivos*.

Con objeto de ejercer, con verdadera eficacia y sabiduría ese *don de la palabra*, que constituye el arte mágico e iniciático de la Retórica, se impone la *disciplina del silencio* por medio de la cual aprendemos a controlar nuestras palabras y pensamientos, para cerciorarnos de su carácter respectivamente *constructor o destructor*, e igualmente si están o no de acuerdo y en armonía con la Verdad, según nuestro más alto discernimiento de la misma. A esto se refiere el signo que constituye el *orden* del grado de aprendiz, y que resale a la más remota antigüedad, siendo la *rectificación de la palabra* el primer punto indispensable para adquirir un verdadero control sobre nosotros mismos y sobre nuestra existencia.

Por lo tanto, el Aprendiz, dedicándose especialmente al estudio de la *Gramática*, que le enseña el valor verdadero de cada letra o signo del Alfabeto Universal de la vida, sólo puede esperar conocer algún rudimento de la *Lógica*, y de la *Retórica*. A estas dos últimas se aplicarán más plenamente los Compañeros y los Maestros, que lograrán dominarlas, iniciándose a las dos partes del *quadrivium* que les corresponden: los Compañeros, estudiando por medio de la *Lógica* la *Aritmética* y la *Geometría* y los Maestros ejerciendo la *Retórica* en armonía con las leyes y principios de la *Música* y de la *Astronomía*.

Veamos ahora lo que significan, en su aspecto esotérico, estas últimas disciplinas.

La *aritmética* no es únicamente la *ciencia de los números*, sino también de los *noúmenos*, o Principios Eternos anímicos —que se hallan por encima del *ritmo* del tiempo en el espacio, y por ende, también del Tiempo y del Espacio en sí—. Los unos como los otros existen *independientemente* de estos dos elementos, que son parte tan inseparable de nuestra vida y experiencia objetiva; por lo tanto, se relacionan con el propio Ser, o con la *esencia eterna y substancia immanente indivisible* de todas las cosas, expresando sus propiedades.

Las cifras numéricas, además de expresar los números (que en general sólo conocemos por sus *aplicaciones relativas* a nuestro dominio y experiencia sensible), indican esos principios eternos y trascendentes que se llaman en la Qabbalah (o tradición semítica) *sephirot*, palabra que significa precisamente *cifras*, signos y símbolos, así como letras y libros y que formaban tema de estudio y meditación entre los adeptos de la filosofía o *sistema* pitagórico-platónico, así como en las demás tradiciones místicas e iniciáticas orientales.

Ese dominio aritmético de los *principios esenciales del Ser*, en su aspecto anterior y trascendente al Tiempo y al Espacio, tiene su expresión cosmogónica en el Primer Principio o Divinidad, que los Griegos llamaron *Océano* —o sea, Esencia Omnipervadente — en correspondencia con las *aguas primordiales* que aparecen también en el Génesis antes de la creación del *cielo* o espacio. A ese Principio Supremo, que corresponde al concepto indo de Parashiva o Parabrahman, se le da como esposa o *cualidad* característica Tetis, o sea la *latencia caótica* de la Unidad Indiferenciada e inactiva. Con esta divina pareja corresponden en la religión egipcia el dios *Nunu* y la diosa *Nenet*, y cerca de los gnósticos la "sizigia" *Bythos-Seigé*, o sea Profundidad y Silencio.

Con la *geometría* se pasa del puro dominio del Ser al del Espacio, *anterior y trascendente* a la existencia del Tiempo. Este "reino" descansa naturalmente sobre el anterior, en el cual tiene su raíz, y por el cual se halla producido o *engendrado* en y por la Eternidad.

En el Espacio, representado simbólicamente por el *cielo* (la *extensión* o *firmamento* del Génesis) y mitológicamente por el dios de éste, Urano (del indo Varuna "el que encubre y contiene"), tenemos la base eterna de toda manifestación visible. Y en las propiedades *geométricas* de éste (que simboliza Gea, como *esposa* de Urano) el molde eterno y la propia Matriz Generadora de todas las formas.

A este concepto del Espacio, en que se halla *eternamente latente* toda creación (Urano que mantenía sus hijos *ocultos* en las entrañas de la *tierra* o Madre) corresponde el indo de *Shiva-Shakti* o Sadakhia tatva; y a la divina pareja de *Urano-Gea*, la egipcia *Nut-Qeb* y la gnóstica *Nous-Ennoia*, o sea Inteligencia y Sabiduría.

Así como el Primer Principio se expresa en las Potencialidades Numéricas (los *sephirot*), así igualmente el del espacio se hace manifiesto en las propiedades de éste, que se distribuyen sobre el círculo, como combinación o multiplicación de la división cuaternaria (los 4 puntos cardinales) por la trinidad de las dimensiones (longitud, anchura y altura). El círculo —emblemático del Espacio y del Cielo— se subdivide así en *doce partes* que son los hijos de Urano y de Gea o Titea: las *potencias titánicas* que corresponden también con los doce signos zodiacales (o sus prototipos).

La suma de esta *dodécada* uránica, con la *década* oceánica de los números, da como resultado 22, o sea el mismo de las letras del alfabeto egipcio y hebreofenicio. Esto quiere decir que en las dichas letras se quiso expresar y representar simbólicamente los diez principios *aritméticos* del Ser y los doce principios *geométricos* del Espacio, que constituyen las fundaciones eternas del Universo y las *letras* del alfabeto de la Naturaleza. El mismo número indica la suma de la cuádruple manifestación tanmátrica (5x4) con Purusha y Prákriti (*Esencia* y *Substancia*) de acuerdo con la tradición inda. También los gnósticos hacían hincapié sobre estos principios eternos (eones), considerando dos sucesivas *generaciones eónicas*, respectivamente *perfecta* o absoluta la primera (de 10 eones) e *imperfecta* o relativa la segunda (de 12).

También la *música* tiene un sentido cosmogónico, además de ser el arte divino, natural y humano, por cuyo medio se hace manifiesto en el Tiempo el *sonido* o *vibración creadora*. Su principio se relaciona con Cronos, el *movimiento* que hace aparecer el Tiempo en el Espacio *rebelándose* con su actividad en contra de la Eterna Inmovilidad del padre Urano. La pareja Cronos-Rea (este último nombre significa "*flujo, corriente*" y por ende *duración*, como propiedad característica del tiempo), que tiene su correspondiente en la egipcia *Osiris-Isis*, puede así interpretarse como Tiempo y Música, o Rítmica Sucesión.

A ese concepto de Cronos corresponde el indo de Brahma, como *Divinidad Creadora*, y a la pareja griego-egipcia la gnóstica *Logos-Zoe*, Palabra y Vida. Con el tiempo, y por su medio, todas las cosas se mueven: *todas fluyen*, según las palabras de Heráclito. Todo el mundo, toda la naturaleza y la vida (incluido nuestra propia vida individual) pueden considerarse como una Gran Corriente (*Rea* como Madre Divina), en cuyo medio estamos, igualmente lejos del manantial y de la desembocadura. Y como todo parece desaparecer *de donde vino*, se le

atribuye a Saturno, como principio del Tiempo, el propósito inhumano de *comerse* a sus propios hijos.

Sin embargo, la Corriente Madre, en su esencia eterna o divina es *omnisciente* y sabe el origen y el fin: el misterio del Pasado y el enigma del Futuro; que respectivamente *se comen*, después de originarlas o engendrarlas, todas las manifestaciones actuales o presentes, cesan de ser tales en la límpida y omnipenetrante visión de su *compañera*, la Gran Corriente de la Vida y la Tradición, que por igual los abarca.

Y la capacidad de comulgar con esa Omnisciencia que *informa* la creación, por ser Regidora y Productora de su eterno "fluir" fue justamente simbolizada por los griegos en las *nueve* musas, hijas de Mnemósine, que pueden relacionarse con el hombre como *principio y poder de inspiración*, haciéndole descubrir el Pasado y prever el Porvenir. De aquí resulta que la *música* (literalmente, el Arte o Don de las Musas), en su relación con la retórica, es la capacidad de relacionarse con ese Divino Principio de la Inspiración, que es aquel que nos guía y nos lleva gradualmente de lo *conocido* a lo *desconocido*, de la *ignorancia* a la *sabiduría*, de las *tinieblas* a la *luz*, y de la *ilusión* al discernimiento de lo eternamente Real.

Pero, la Música es algo más aún: es el *discernimiento operativo* de la Armonía y la capacidad de manifestarla constantemente en las múltiples experiencias de la existencia, a semejanza de Apolo, de Orfeo y de otros que con la lira amansaban las fieras, haciendo benéficos y constructores los poderes, fuerzas y condiciones que nos parecen alguna vez como *maléficos y destructores*. Claro está que este arte sólo puede desarrollarse en la medida de la propia *inspiración* que procede del discernimiento de la Realidad; así únicamente logramos percibir y tocar la *nota clave* de la Divina Armonía, en lugar de hacernos influenciar por la aparente discordancia que nos manifiesta en las circunstancias, externas, haciendo que *se acuerden naturalmente* con aquélla.

Con el estudio de la *Astronomía* — la *ley de los astros*— entramos cosmogónicamente en el dominio de la *luz creadora*, que se hace visible en el cuarto día o fase de la creación, que pertenece mitológicamente a Zeus y a su esposa Hera, la aureola o irradiación de la misma luz. A esta pareja griega corresponde la egipcia *Horo-Hathor* y así como la sизigia gnóstica *Anthropos-Ekklesia*, Hombre e Iglesia: la *iglesia* es, en este caso, el conjunto de los pensamientos o creaciones del hombre, que se agrega en derredor del propio *centro consciente*, como la luz en su relación con

el centro o fuente de donde mana.

La *ley de los astros* —aquella que, como Zeus, rige no solamente el cielo, sino también la tierra y las *regiones inferiores*, o sea, igualmente la arquitectura cósmica y natural como la individual y humana— es, pues, *irradiar*, manifestar y esparcir la luz. Es preciso *buscar la luz*, y luego hacerla manifiesta, por medio de pensamientos, palabras y obras constructivas. He aquí como el Maestro Masón debe estudiar la Astronomía, para construir el edificio de su existencia objetiva, de acuerdo con la ley de la *gravidad interior* y cósmica, dado que la propia *fuerza de gravitación* precisamente estriba en ese poder y esfuerzo de irradiación: la *luz* es, pues, lo que realmente *atrae* a los cuerpos, como lo vemos por ejemplo en las plantas, que por medio de la fuerza atractiva de la luz solar (que es un aspecto de la Gravedad Celestial), logran y tienden a elevarse por encima de la pasiva y más oscura atracción de la gravedad terrenal.

Esta misma Gravedad Celestial (o Ley de los Astros) actúa sobre el hombre, aun físicamente y no menos poderosamente que la Gravedad Terrenal en cuanto en él determina la *estación erecta*, que lo hace inversamente análogo a la planta.

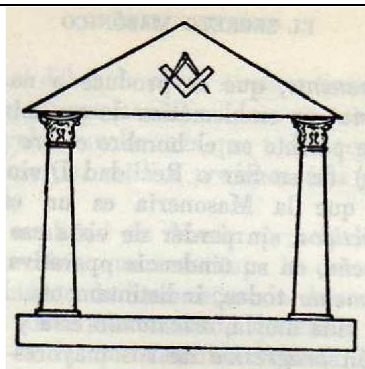
Cuando la tierra haya crecido evolutivamente en esa misma capacidad de activa radiación luminosa (que ahora manifiestan sólo algunos de sus elementos, como lo prueban las experiencias radio-activas), se habrá transformado en un sol, y será como éste el foco y centro resplandeciente de un sistema planetario. Dado que los astros se hallan sujetos a la misma Ley de crecimiento evolutivo que regla toda la naturaleza y gobierna a los seres vivientes.

Una vez más, nos es dado reconocer en la propia *atracción y gravitación material* la ley o Principio Divino del Amor, el *Eros* primordial de los griegos, que extrae el Orden del Caos, expresada en la forma más tangible y evidente para los sentidos. En la fuerza que mantiene unida a la tierra la expresión física de nuestro ser, podemos percibir ese *amor* de la Madre Divina, que después de habernos engendrado, POS sostiene, nos alimenta y nos mantiene en sus brazos protectores. Y en nuestra aspiración ideal hacia el Cielo de la verdadera Realidad, el mismo *amor* de nuestro Padre, el Ser Eterno, de cuyas aguas abismales hemos salido, que nos guía y nos espera, como al *hijo pródigo*, en nuestra vuelta por medio del *conocimiento de la Verdad*.

Son éstos el *Padre y la Madre* más verdaderos, a los que hemos de *honrar* con nuestro reconocimiento, para que nuestros días *se alarguen en la tierra* (Éxodo XX-12), pues, así como una planta crece en virtud de como sabe ahondar sus raíces en la tierra, y elevarse y esparcirse siempre más hacia la luz —realizando la más perfecta armonía equilibrada entre la *gravedad terrenal* y la *celestial* — así igualmente nosotros podemos crecer y desarrollarnos de la manera más armónica, segura y equilibrada, apoyando y aplicando constructivamente en la tierra la expresión orgánica de nuestro ser, y elevando siempre más en la luz de la Realidad la cumbre de nuestro edificio espiritual. Se hará, así, efectiva y patente la *ley de los astros* en nuestra propia arquitectura individual, para conducirnos a la altura ideal que la *estrella* de nuestra inteligencia ha sabido vislumbrar, respondiendo, en la medida de nuestras fuerzas, al divino llamado: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los Cielos es perfecto" (Mateo V-48).

"Así alumbre vuestra luz delante de los hombres,
para que vean vuestras obras buenas, y
glorifiquen a vuestra Padre que está en los
cielos"

(MATEO V -16)



CAPÍTULO VIII

CONSTRUCTIVISMO

Las siete artes que acabamos de describir, tienen su aplicación *operativa* en la Arquitectura y en el Arte Real que es la *filosofía constructiva de la vida*, en la cual se utiliza la *materia prima* o *piedra bruta* de la diaria experiencia, para levantar sobre y por medio de aquélla el edificio de la Evolución Individual, en perfecta armonía con la doble gravedad de la naturaleza en que vivimos y de nuestra base biológica (resultado de la evolución de la especie, y más general de la vida) por un lado, y por el otro con el anhelo espiritual interior que hace patente su origen en la primera *esencia* del Ser al que debe toda existencia.

La Masonería muestra simbólicamente ese objeto supremo de la vida humana y de todas sus experiencias, de todos los esfuerzos que en la misma puedan obrar, y en el que se halla también el cumplimiento y la satisfacción más real y permanente de toda aspiración y deseo. Esa *perfección individual* que se halla *latente* en todo ser humano — siendo su desarrollo y expresión el propósito de la existencia— es justamente el Templo que trata de elevar a la *Gloria* del Ser, como Gran Arquitecto de la Vida individual y universal,, para que en el mismo se manifiesten y sean evidentes su Infinita Sabiduría, su Fuerza Omnipotente y su Belleza Inmortal.

También la Piedra Cúbica, en la que aparece grabado el Nombre Inefable del Ser (a la que hace alusión el Apocalipsis 11-17), que se identifica con la *piedra filosofal* de los alquimistas (la *piedra* o *valor per-*

manente, que se produce o nace por medio del *amor a la sabiduría*) es emblemática de esa misma *perfección individual*, que hace patente en el hombre el *oro puro* (muy distinto del *oro vulgar*) de su Ser o Realidad Divina.

Ahora, dado que la Masonería es un estudio y un arte esencialmente *prácticos*., sin perder de vista ese exaltado y supremo ideal, nos enseña, en su tendencia operativa, a *usar y aprovechar constructivamente* todas, indistintamente, las experiencias y condiciones de la vida diaria, *orientando* ésta y su propósito hacia la mejor expresión *progresiva* de sus mayores posibilidades, tratando de cooperar en todo momento y en cualquier circunstancia con el *plan perfecto* del mismo Gran Arquitecto o de la Divina Geometría, en la cual se halla la más justa, recta y apropiada solución de todo problema que tengamos que resolver.

En toda actividad u obra particular puede y debe manifestarse este punto de vista ideal y superior, que constituye la esencia del *idealismo práctico*: una orientación clara, definida y eficaz que, como la brújula al marinero y la luz que alumbra nuestro camino, nos guía segura y rectamente en el *mare magnum* de la vida y en el caos de las condiciones y circunstancias externas, para que en aquel podamos seguir fielmente *la ruta mejor*, y aparezca en éste el *orden divino* que resulta del conocimiento de la Geometría y de su *armónica* aplicación.

Desde este mismo punto de vista, ninguna condición o circunstancia exterior, ninguna experiencia que se nos enfrente, ningún problema que se nos presente, aunque aquéllas sean molestas y la solución de éste aparezca por encima de nuestras posibilidades y capacidades, pueden ser material despreciable. Todo *puede y debe utilizarse* para levantar el edificio de la vida y del progreso individual, todo puede ser *labrado y rectificado* para que haga manifiesta su *inherente* perfección, todo puede ser elevado y ennoblecido a la altura de ese edificio ideal, y las mismas piedras que por nuestra propia inadvertencia nos hacen tropezar y vacilar, pueden aprovecharse para *labrar* la perfección interior.

La *actitud masónica* —la actitud que nace del conocimiento del Arte, por medio de la *luz verdadera* que alumbra la vida desde su propio origen y manantial— tiene que ser una actitud constantemente *constructiva*. Es la propia actitud del *constructor* que simboliza el masón con el mandil del trabajo, considerado en su pura "Sencillez como "la más preciosa y deseable de todas las condecoraciones". Ser *un constructor*, plenamente consciente de esta cualidad que implica el deber de *obrar*

constructivamente en todo momento, condición y circunstancia, es pues en realidad un honor y un privilegio que valen mucho más que todos aquellos que puedan lograrse y adquirirse por medios *profanos* a la genuina experiencia de la Realidad.

Justamente la cualidad de Masón principalmente estriba en esta *actitud constructiva*, que constituye la característica preeminente de la Institución, y la base necesaria de sus infinitas posibilidades ideales. El ideal más exaltado quedaría ineficiente, como una pura teoría —a la que también faltaría la posibilidad de demostrarse— cuando le faltara la practicidad constructora que todo lo aprovecha y lo utiliza en vista de su realización.

Esta actitud estriba en una doble *cooperación*: interior con el Plan Divino o Propósito Ideal del Gran Arquitecto que preside a toda Evolución o Construcción) de la que es al mismo tiempo *principio, base, objeto y realidad*; y exterior con las condiciones y circunstancias de la vida, cualesquiera que sean, y que *siempre* deben utilizarse de acuerdo con ese plan, encontrándose en ellas las *fundaciones y los materiales* para levantar el edificio de la existencia que constantemente se renueva, en cuanto, como ya lo hemos visto, toda *piedra* descansa sobre la que se encuentra inmediatamente abajo, y a su vez ha de servir de apoyo para otra que tiene que ponerse encima.

Lo mismo sucede con las experiencias y condiciones de la vida: cada nueva experiencia o condición deriva o se basa causativamente en las anteriores y, a su vez —oportunamente *labrada* de acuerdo con los instrumentos o facultades internas que en las mismas se apliquen— contribuirá en hacer progresar la elevación del edificio, sirviendo de base para nuevas condiciones, posibilidades y experiencias. Pero, de no ser convenientemente labrada sería un elemento constructivo de escaso valor, tanto para la armonía del edificio como para su estabilidad y posibilidad de ulterior elevación.

Por lo tanto, este trabajo preliminar de las piedras, por cuanto simbolizan las experiencias de la vida como *elementos constructivos* de la existencia y del progreso del individuo hacia sus más altas y mejores posibilidades —es cosa de la mayor importancia. Ningún progreso real sería posible sin ese trabajo, por medio del cual toda experiencia es aprovechada y manifiesta la inherente perfección que la pone de acuerdo con el Plan de la existencia; y cuando se descuide, la vida, en lugar de ser un edificio hermoso que hace patente la Sabiduría que supo

concebirlo y la Fuerza inteligente y laboriosa de la voluntad individual que lo ha llevado a cabo, será un montón desordenado de piedras sobrepuestas, que amenaza caer al primer soplo o toque un poco más violento de las contrariedades externas, sepultando al obrero incauto, que había creído poder hacer de aquél su morada.

La *torre de Babel* y las *pirámides* de Egipto, son emblemáticas de dos tipos opuestos de construcción, que sirven para explicar este mismo concepto, como lo prueba el hecho de que mientras aquélla ha desaparecido por completo —fuera que en la memoria de la Tradición que hace de la misma el prototipo de la *obra imperfecta*, tanto por su concepción y propósito, como por la manera de llevarla a cabo— éstas todavía subsisten majestuosas, desde una antigüedad muy remota, habiendo sido consideradas como una de las mayores *maravillas* del mundo, y se preparan a desafiar imperturbables los siglos venideros, mudos y elocuentes testigos de un Plan sabiamente concebido (de acuerdo con la *Geometría*, y también la Aritmética, la Música y la Astronomía) y realizado con arte, pericia y habilidad que difícilmente pudieran encontrar su equivalente en los medios y progresos de la técnica actual. Sobre todo en la Gran Pirámide tenemos una obra realmente *masónica*, un, verdadero Templo levantado a la Gloria de la Suprema Sabiduría, monumento imperecedero de quien lo elevó con ese objeto, más bien que para servirle de tumba, como se piensa ordinaria y equivocadamente.

La Masonería es, pues, la verdadera *Religión del Trabajo*: la comprensión que eleva y ennoblece el trabajo en todas sus formas y en todos sus aspectos, espirituales como materiales, haciendo del mismo el *lazo constructivo y fraternal* que une en sus propósitos, ideales y actividad a todos los hombres de buena voluntad, mientras individualmente los reúne con el Principio Geométrico Constructor, del que son *obreros conscientes*, cooperando para una siempre mejor actuación evolutiva de sus Planes eternamente perfectos.

Reconocer a la Divinidad como *Principio Constructivo*, o sea como el Arquitecto de la Vida individual y universal, origen de toda inspiración creativa, de todo progreso y de toda evolución, es algo más que creer pasivamente en un Dios que vive en una región lejana, llamada el Reino de los Cielos, y que espera nuestra muerte para premiarnos con el gozo de su Presencia, o bien castigarnos con los tormentos de un infierno que sólo una imaginación enferma puede crear y una mente débil temer. Y también

es mucho más vital y eficaz que creer en una fórmula o definición teológica que tampoco puede llevarnos a gozar esa Presencia *aquí y ahora*, haciendo del infierno caótico de la Vida *profana* el paraíso ideal en que se expresan progresivamente el Orden y la Armonía Divinos.

Viendo en la Divinidad el Gran Arquitecto, o sea el Principio Constructor del Universo y de la vida en todas sus fases, aspectos y experiencias —especialmente en su progreso y en sus mejores posibilidades— el Masón la reconoce y la venera como *viviente realidad*, y le eleva un altar en cada uno de sus pensamientos y de sus obras, consagrándoles sus ideales, sus aspiraciones y sus esfuerzos, y tratando de comulgar constructivamente con Ella para que le guíe en todos sus pasos y en todas sus actividades.

La *fe* en esa Viviente Realidad Constructora, que se encuentra y obra tanto en nosotros como fuera de nosotros, es el primer paso en la senda del progreso masónico: por medio de su *reconocimiento* como la única y verdadera *luz* que ilumina el camino de la existencia, y el Orden o Perfección Inherente que arregla y coordina de una manera *constructiva* las experiencias todas de la vida, salimos de las tinieblas de la concepción profana de la vida, del mundo y de las cosas y nos hacemos *aprendices* en ese Gran Arte de la Construcción.

La *esperanza* que nace de esa Fe Constructora y la *establece*, cuando firmemente se reconoce en su esencia y voluntad *sumamente benéfica* como la única Fuerza o Poder que obra en la vida interior y en la exterior, es el segundo paso. Esta Esperanza es la propia *expectación* confiante y segura de *lo mejor* en cualquier circunstancia, que viene espontáneamente a nosotros cuando reconocemos la exactitud y perfecta justicia de la Ley Benéfica que obra en dondequiera y nos ponemos en *armonía constructiva* con la Ley, acordando con ella nuestros pensamientos y propósitos, nuestras palabras y acciones. Así, por medio de una más comprensiva e inteligente *cooperación* llegamos a la condición de *compañeros* en la práctica del mismo Arte Real.

En cuanto al tercer punto del progreso masónico, el Magisterio o dominio completo del Arte, que se logra por medio del reconocimiento y *exaltación* del Divino Principio Hirámico que es la *Vida Elevada* en nosotros (el *Hombre Celestial*, creado por Dios *en principio* "a su imagen y semejanza"), sólo puede conseguirse y *realizarse por medio del amor en su sentido más elevado, o sea como principio, a la vez, de gracia y caridad*.

Así como el amor de la *Sabiduría* hace al filósofo (que no ha de confundirse con el profesor de filosofía), así también el amor de *Dios* misticamente entendido hace al santo, y el amor del *Arte* al artista. En los tres casos se logra el *magisterio*, o sea un estado que es más del común y ordinario en el hombre; pero, sin el Amor, sin esa virtud y don supremo que corona todos los demás, y que sólo es capaz de hacer *perfectos* los otros dones y virtudes, esa condición sería absolutamente imposible de lograr.

Estas tres *virtudes* —fuerza y valores espirituales— llamadas "teologales", en cuanto indican el consciente reconocimiento del *Logos* o Palabra Divina en nosotros, constituyen el *sentido íntimo* de las "palabras sagradas" de los tres grados masónicos y, por lo tanto, expresan y caracterizan el punto esencial del estadio de desarrollo que a cada uno le corresponde.

No se trata aquí de abstracciones, o de puro misticismo sin aplicación práctica, sino de aquellos verdaderos *valores vitales* que representan el mejor *salario* —compensación o resultado— de los esfuerzos hechos en el sendero de la realización. La *fe* es, pues, el salario que se obtiene al buscar la Verdad y la base real de la vida, cuando se llegue a percibir el primer vislumbre de la *verdadera luz*. La *esperanza* es, igualmente, el resultado del esfuerzo que se ha hecho para ponerse en armonía con la Ley de Causalidad, de manera que puede esperarse con seguridad el efecto exterior de una causa interior cuando ésta se haya bien establecido en nosotros. Y el *amor* resulta naturalmente de la *devoción* de todo nuestro ser y de todas nuestras facultades al objeto ideal al que uno se dedica.

Estos valores son *vitales* en cuanto obran de por sí en todas las condiciones de la existencia; aún más, caracterizan y miden el éxito que pueda uno lograr y el mejor y más satisfactorio desarrollo en cualquier campo de actividad. No existe, pues, *casualidad* que pueda ser de alguna manera extraña al dominio y a la exactitud de la Ley Causativa, ni *suerte o fortuna* que no tenga su propia base en el desarrollo y en la expresión *estable o ficticia* —de aquellos *valores*. Todas las condiciones de la vida, positivas como negativas, estriban en su desarrollo y actuación, en el fuero íntimo de la conciencia individual, o bien en su falta y deficiencia; de aquí la necesidad de cultivarlos y aplicarlos en y por medio de las experiencias todas de la vida.

Ahora, la *Religión, del Trabajo* que nos enseña la Masonería, justamente se hace efectiva con el progresivo desarrollo de los valores espirituales o virtudes teologales que expresan, en cual-

quier actividad, el íntimo reconocimiento individual del *Principio Constructivo* que a la misma preside, y la consiguiente *cooperación voluntaria y consciente* que con el mismo se logra establecer.

Nace, en este caso, la *fe* del propio reconocimiento de dicho Principio y de la *Fuerza* o *Poder* inherente en el mismo; la *esperanza* de las *obras* que acompañan la Fe y representan la cooperación que se traducirá en resultados eficientes y *hermosos*, y el *amor* de la capacidad de trascender y superar el punto de vista y las limitaciones de la propia personalidad, para expresar en su forma más pura y perfecta la *Sabiduría* inherente en Aquél.

Trabajar para vivir es, pues, la maldición que el hombre en su estado de ignorancia —al haber *caído* en el dominio de la ilusión, por haberse alejado de la *verdadera luz*, que es el dominio de la Verdad— pronuncia sobre sí mismo, condenándose a "comer el pan con dolor, en el sudor de su rostro". Pero, la Masonería, reconviniendo al hombre a percibir nuevamente esa *verdadera luz* y reconciliándose con ese dominio edénico de la Verdad, *le hace libre* de la condenación de su ignorancia de la Ley y le enseña a *vivir para trabajar*, cooperando en una siempre más plena y profunda armonía con el Creador y la Naturaleza, para la mejor expresión en ésta de los *planes ideales* de Aquél.

Todo esto está perfectamente de acuerdo con la enseñanza igualmente *libertadora* del Maestro que dijo: "Trabajad no por la comida que perece, mas por la comida que a vida eterna permanece", o sea, desde un punto de vista y para un objeto *más elevado y permanentemente satisfactorio* que no sea el sueldo o ventaja inmediata que del mismo trabajo puedan derivarse, aunque uno considere (en el punto de vista ilusorio en que se encuentra) estar necesitado de hacerlo.

Necesita uno, en otras palabras, elevarse sobre el punto de vista en que de ordinario considera el propio trabajo, viéndolo *en su verdadera luz*, por encima de las directas ventajas y consideraciones personales, y más bien en su relación con la Economía Social y Cósmica, por la utilidad, el *valor constructivo* y el Bien de la obra en sí. Sólo de esta manera llegará el Masón a trabajar, como siempre ha de hacerlo, *con alegría y libertad*.

Esta manera de ver la propia actividad, y el esfuerzo que se hace en el mismo sentido, ilumina al hombre sobre la finalidad verdadera de la existencia y de toda actividad —la *expresión, progresiva del potencial inherente y latente en nuestro ser*— hace ingresar en la Masonería considerada como Constructivismo *Libre y voluntario*. Cesa de ser

esclavo de las razones y consideraciones materiales, que dominan al hombre todavía apegado a la ilusión de la vida exterior, y se hace un *obrero Libre* y un *artista*, inspirado (cualquiera que sea, humilde y modesta o bien importante y elevada), de la que busca y expresa siempre mejor la *perfección implícita*.

Así el trabajo logra llenar sus dos principales objetos: el progreso *individual* con el desarrollo siempre mejor de las facultades, poderes y tendencias internas, constantemente *educidas y educadas* por medio de la obra a la cual se dedique; y la *mejor eficiencia y utilidad intrínseca* de lo que hace, en perfecta armonía con el Plan Eterno de la Creación, que comprende el progreso social y cósmico, y el destino, tarea y deber más apropiados o propios para cada ser que, por insignificante que parezca, no puede dejar de tener *su lugar e importancia* en aquél. Cuando se llenen debidamente estos dos objetos, habremos encontrado el *Reino* y nos habremos conformado con *su, Justicia*; por consiguiente, *las demás cosas* (necesidades y providencia material) nos serán *añadidas*, "porque el obrero digno es de su alimento".

Es, pues, cierto que "el hombre no vive de sólo pan", sino aún más y sobre todo de la Palabra Ideal, que en su progresivo crecimiento sabe recibir y custodiar, en religioso fervor, su corazón, para luego expresarla en fecunda actividad inspirada por aquélla; de la interna *luz* que lo alumbra y lo guía en su camino, haciéndole aspirar y anhelar conquistas y satisfacciones siempre más elevadas, hermosas y deseables. Esta es "la comida que a vida eterna pertenece", en cuanto se hace *valor espiritual permanente*, estimulando o alimentando el crecimiento individual: nunca habrá perdido su tiempo y sus esfuerzos, quien haya conseguido, en cualquier trabajo u ocupación a los que se haya dedicado, nuevas experiencias, conocimientos y capacidades, el crecimiento de su ser interior y la maduración del discernimiento. Mientras muy pobre habrá sido su ventaja, cuando no haya conseguido un verdadero *progreso íntimo*.

El amor de la obra es el requisito fundamental para llenar de la manera más satisfactoria los objetos principales de la actividad, que son los de la vida misma; pues, *vivir sin ser activo* (espiritual o materialmente) no sería nunca vivir plena y perfectamente. No se puede sacar de una obra o actividad cualquiera ventajas mayores del *interés* que en aquélla se haya puesto, y que determina el *salario* que, al terminarla se

habrá recibido, descansando después en su cumplimiento.

De aquí la necesidad de poner *vida, amor e interés* en todo lo que uno hace, con objeto de poder *llenar* las finalidades inherentes en toda tarea, pues de otra manera perderíamos nuestro tiempo defraudándonos de su mejor y deseable compensación. Todo trabajo ha de hacerse en ese espíritu de libertad y contento, que siempre acompaña la conciencia íntima de la *utilidad* intrínseca de la obra en su relación con la Economía Cósmica y Social, en la que representa un factor, mínimo a la vez, pero que, indudablemente, no se halla desprovisto de importancia y valor.

No hay trabajo que no pueda y no deba hacerse en este espíritu que lo eleva y lo exalta, y que es el verdadero *espíritu masónico* —aquel mismo espíritu, que en su fase más elevada encuéntrase en el Gran Arquitecto, al planear el mundo y dirigir, en su infinita progresión evolutiva, la Armonía Constructora de la Creación.

Así el trabajo cesa de ser la maldición o el deber molesto, como lo es para los que no se determinan y se esfuerzan constantemente por hacer *lo mejor* de sus respectivas tareas: el aburrimiento denota simplemente la *falta de interés* y vida espiritual, y la inercia que lo acompaña proviene únicamente de la ignorancia en que permanece. Cuando se haga la luz en su ser, aparecerán, en el trabajo más sencillo y en la obra más humilde, insospechadas y maravillosas posibilidades de experiencias y crecimiento, cuyo descubrimiento es también el Camino que lo llevará, en su debido tiempo, a una actividad más importante y elevada que, con el Plan Cósmico, precisamente *espera su propio crecimiento* a la altura de la misma.

Todo problema relacionado con el trabajo o actividad de una persona, tiene su solución en el punto de vista más elevado en que se considere, y en la correspondiente mejor disposición interna que uno tome y realice acerca del mismo. Existe *como problema* en el plan inferior de la ilusión personal; y cesa de ser tal, estando resuelto de la manera más deseable y satisfactoria, cuando simplemente sea superado ese punto de vista inferior.

Quien no se encuentre satisfecho con su trabajo actual, tiene igualmente *todo que ganar*, haciéndolo con amor e interés *como mejor lo puede*; de esta manera estará más satisfecho y, adquiriendo más fácilmente la experiencia para conseguir la cual estaba destinado, en el Plan de su vida, se prepara para una nueva fase más satisfactoria que, en el

mismo Plan siempre hállese delante de él. Pues, ningún trabajo le viene a uno *casualmente*, sino en obediencia a la Ley Causativa que obra con perfecta Sabiduría dándole a cada uno *lo suyo*, con lo cual al mismo tiempo le ofrece las mejores oportunidades de progreso.

También el problema de la desocupación, que es frecuentemente una plaga en nuestra civilización utilitaria, aparece en una luz muy diferente de su aspecto *profano* —en que se identifica con la *escasez de trabajo*, pero sin darse cuenta de que también éste es *un efecto* de su causa más verdadera— cuando se le considera en la perspectiva más amplia que nace del reconocimiento del Plan individual y universal de la vida.

En el Plan Cósmico en el cual se hallan comprendidos la ruta y el destino del átomo más insignificante y su tarea en la Armonía del Universo, cada individuo y cada ser tiene necesariamente *su puesto*, y con aquél su tarea y su trabajo. Si es que no lo tiene *efectivamente* (en el dominio visible de los efectos), quiere decir que en su propia conciencia se ha alejado *causativamente* de ese trabajo o tarea *propios* de su ser e inseparables del progreso constructivo de su existencia, o bien que todavía no ha encontrado *su propio lugar* y su función y misión social. Así es, especialmente en el caso de desocupación crónica, sobre todo cuando uno *no conoce* su propio trabajo, y por lo tanto busca *cualquier trabajo* y no encuentra ninguno.

Independientemente de la solución que cada sociedad pueda y deba buscar para el mismo, este problema sólo puede realmente ser *resuelto* sobre una base individual. Hay siempre, pues, para cada uno, en todo momento de su vida, una tarea necesaria, y una manera de ser útil al mundo y al medio en que se encuentra; y, por otro lado, todo problema colectivo es, en realidad, la pura y simple extensión o multiplicación contagiosa de un problema individual. Para resolver el cual cada uno ha de *buscar y hallar en sí mismo su propio trabajo o tarea*.

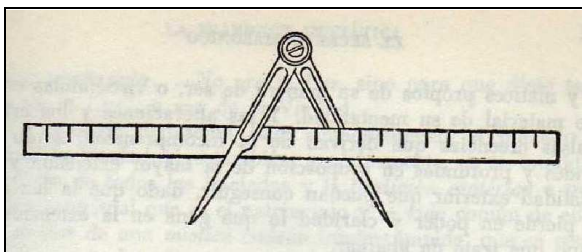
Buscar un trabajo cualquiera —como muchos pretenden hacerlo para resolver el problema económico de la existencia— constituye un punto de vista fundamentalmente equivocado, un problema sin solución, en virtud de su propia indeterminación. Dificilmente puede uno llegar a una meta deseable *por cualquier camino*, de no tener uno, o no buscar, *su camino* —o sea, un propósito particular— siempre estará fuera de camino. La vida misma es un camino que precisa seguir, en el que únicamente puede orientarnos y conducirnos rectamente la contemplación de una Meta Ideal.

Cuando se haya encontrado interiormente el trabajo *propio* (pasando del indefinido *cualquiera*, y empezando con *ver claramente* en una dirección determinada), no dejarán también de presentarse las oportunidades externas que han de abrirle el camino en esa dirección; éstas pueden no corresponder con la expectación: puede ser que se le presente a uno un trabajo de un género muy distinto. No precisa, sin embargo, juzgar por la apariencia: haciendo fielmente el trabajo que se le ha presentado, se le abrirá de por sí (adentro como afuera), el camino para *su propio trabajo* más verdadero.

Una vez en el camino su tarea se reduce a *seguirlo*, sin nunca perder de vista sus posibilidades ilimitadas, considerando todas las circunstancias y los mismos obstáculos como *oportunidades de progreso y superación* —pues, tales son efectivamente— y aprovechándolo todo *constructivamente*.

"Fue un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan. Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la Luz, para que todos creyesen por él"

(JUAN 1-67)



CAPÍTULO IX

LA TRADICIÓN INICIÁTICA

La Doctrina Masónica descansa en una *tradición* que se remonta a las épocas más antiguas, siendo el fundamento *interno* y la base de todas las creencias y de todas las religiones.

Un rasgo común a éstas, en su totalidad, es precisamente el hecho de que se encuentran en su estado de mayor pureza —de aquella pureza que podemos llamar cristalina o adamantina, en cuanto refleja con mayor claridad la luz de la Verdad— cuanto más se hallan cerca de su primer origen y manantial; de la misma manera que también el agua de un río se hace más pura y cristalina al remontar cerca del lugar de su nacimiento. Esto se debe a que la *corriente espiritual* que representan, según se aleja del origen para cumplir con su destino, no puede evitar el inmergirse en la *tierra* de la humana concepción natural de la existencia, (con sus errores y prejuicios y con los intereses materiales, de los que es inseparable) los que enturbian sus aguas, mientras los arrastra consigo en su camino.

Ninguna tradición esotérica y ninguna religión pudo hacer excepción a la dicha ley, pues de otra manera, permaneciendo en su inmaculada pureza *divina*, nunca hubiera podido ser *humana*.

En su progresiva humanización toda religión, primitivamente *mística* y de una ideal pureza moral, tiene que llegar a un compromiso con la naturaleza humana que sólo está dispuesto a aceptarla de una manera condicionada, es decir, según la religión sepa tolerar y encubrir sus imperfecciones y debilidades. Las enseñanzas más puras y

elevadas no pueden evitar el adaptarse al medio al que se hallan destinadas y que las acoge confiriéndoles los rasgos y matices propios de su manera de ser, o vistiéndolas con el traje material de su mentalidad. Y las alteraciones y los errores y falsas creencias que derivan de la incompreensión, serán más grandes y profundas en proporción de la mayor extensión y universalidad exterior que puedan conseguir, dado que la luz siempre pierde en poder y claridad lo que gana en la extensión del campo que trate de abarcar.

También suele verificarse, al lograr una doctrina o sistema religioso su mayor expansión, acentuación inevitable de las diferencias que crecen en proporción de la misma y que estriban en su *diferente cristalización* en medios humanos diferentes. Así se verifican las *escisiones* que siempre indican la crecida incompatibilidad entre dos errores, o dos puntos de vista diferentemente alejados de la pura Verdad; que por lo mismo, lejos de subsanarse, se hacen más graves y profundas por medio de las definiciones dogmáticas que descansen en la autoridad y en el juicio puramente humanos, mientras, por el contrario, pudieran resolverse cuando la comprensión sea iluminada por el discernimiento y la institución de la Realidad.

Así, pues, toda tradición o creencia vulgar, y toda forma de religión popular o vulgarizada, no pueden ser otra cosa que la *revelación* o adaptación de la pura Luz de la Verdad a la mentalidad común o vulgar de los hombres, y esta adaptación no puede ser nunca la misma para medios y condiciones humanas de naturaleza diferente.

Sin embargo, detrás de esta tradición vulgar o *exotérica* (es decir, "exterior"), hay una tradición *interior o esotérica*, formada por aquellas almas privilegiadas, en número necesariamente limitado, en las cuales el propio *discernimiento* de la Realidad lea permite adquirir una comprensión superior, iluminada *de adentro* por la intuición de la Verdad, por medio de la cual vienen en contacto con la pura *corriente espiritual* animadora y sostenedora de la forma exterior, en la que pueden obrar como reformadores, o bien, en místico silencio, como igualmente activos factores de su mayor purificación y desarrollo.

Juan (que significa, por su etimología hebrea *gracia divina*), es el nombre simbólico que se ha usado universalmente, especialmente desde la época del triunfo del cristianismo, para denotar al *iniciado* en la Luz de la Verdad (o *verdadera luz*), que de la misma, por su propia interna percepción, se hace *testimonio*: "Este vino *por testimonio*... No era la

Luz, sino para que diese testimonio de la Luz", o sea de la Verdad.

No solamente representa *Juan* simbólicamente el iniciado en la Luz de la Verdad, sino también, genéricamente, en su totalidad, el conjunto e todos los iniciados y la *tradición esotérica* o pura corriente espiritual que es el patrimonio y la vida común de ellos; como anillos de una *mística cadena* ininterrumpida, que se resale al principio de los tiempos, perdurando hasta su consumación, para transmitir la dicha tradición *impersonal* de la Verdad, y para dar testimonio de la misma según las necesidades espirituales de la época.

Por su cualidad de símbolo de la Tradición iniciática (que se ha llamado también *juanítica*, entendiéndose ese nombre, según se ha dicho, impersonalmente), Juan se relaciona también con su parecido latín *Janus* o Jano, la antigua divinidad itálica de la Luz, e igualmente simbólica de la Tradición, en cuyas manos estaban las llaves de todos los misterios y bajo cuyos auspicios hallábase, por lo mismo, la *iniciación*.

En su etimología más probable, Jano puede hacerse derivar de *Dianus*, significando en este caso "la divinidad del día, del cielo, de la luz", o bien de la misma raíz de *génesis*, *gens*, como "primer origen, manantial, principio engendrador". En el primer caso sería el masculino de *Diana*, en el segundo de *Demeter*. De todos modos, a él se atribuyen todos los *principios* (el principio del año, de las estaciones y de los meses que le estaban principalmente consagrados), e igualmente se ponían bajo su amparo las *puertas* y los *puertos*, y todas las *fuentes* y *manantiales*.

Se consideraba a la vez como dios celestial y terrenal: como el dios resplandeciente a cuya luz y mirada nada podía quedar oculto, espaciando igualmente en las profundidades ignoradas del pasado y aclarando proféticamente el porvenir; según lo indicaba alegóricamente la disposición de sus dos caras y las *dos llaves* que después fueron adaptadas como emblema pontifical. En las preces era igualmente Jano el primer invocado *como dios del principio y del origen de las cosas*. Por lo mismo, también los comienzos o principios de las obras humanas, buscaban en él el auspicio protector; por esta razón, tal vez, estaban especialmente bajo su amparo los *constructores* en la época romana, así como en Grecia lo estaban bajo el de Dionisios.

Por lo tanto, en la Tradición Iniciática universal, y particularmente en su forma masónica, *Juan* y *Jano* están íntimamente

asociados el uno con el otro, significando el primero especialmente *el iniciado* y el segundo *la tradición*, que es el manantial, la comente vital y el lazo unitivo de la totalidad de aquéllos. Para indicar esta última también se ha adoptado el nombre cristiano de *San Juan*, que es el protector de todos los *juanes*, entendiéndose por tales los iniciados y los constructores. Así Jano se identifica con San Juan, y el mismo carácter *bifronte* del primero, ha sido muy oportunamente representado por los dos *San Juanes* (Bautista y Evangelista) que respectivamente presiden a los solsticios de verano y de invierno.

Estas fiestas, anteriores a la época cristiana eran antiguamente consagradas á Jano, siendo más importante el solsticio de invierno que coincide también con el principio del año: aquí se celebra *el nacimiento de la luz*, o sea el momento del año en que los días empiezan a crecer; en el de verano *su mayor extensión* (o mejor *testimonio*), cuando los días llegan a su máxima amplitud, y empiezan a decrecer. Pues, como lo dijo simbólicamente el Bautista: "A él conviene crecer, más a mí menguar". Es decir, que la *personalidad* del hombre, tiene que decrecer, con su (patrimonio intelectual, para que en ella nazca y crezca, afirmándose siempre más *la divina individualidad* que constituye su ser más verdadero.

Observando estas dos festividades solsticiales, desde los primordios de las corporaciones operativas que representan y continúan, los masones afirman la unidad imperecedera y la identidad substancial de la Tradición Iniciática Universal, a la vez simbolizada por el dios Jano y por San Juan. Las dos caras del primero y la doble personalidad del segundo, representan igualmente sus dos aspectos: el *testimonio del pasado* y la *esperanza profética del porvenir*, el uno de los cuales constantemente se aleja en el tiempo, menguando su importancia *actual*, mientras crece la del futuro al hacerse *presente*.

Sin embargo, los dos (el *pasado* y el *futuro*) son los aspectos complementarios inseparables de la Eternidad, que resulta de su *unidad*, y que siempre acompañan el Presente (que, para el caso de los dos Juanes está representado por Jesús, como prototipo del Magisterio Iniciático), en una condición siempre diferente, precediéndole el uno, para alejarse detrás de él, y siguiéndole el otro, para dar en seguida *testimonio* de lo que vio y oyó.

La Tradición Iniciática es, pues, *eterna*, y por lo tanto igualmente *memoria y profecía*. Al dar testimonio de sí mismo, Juan como *iniciado*

contestó negativamente cuando le preguntaron si Elías (el *pasado* y su enseñanza), o bien el Profeta (el *porvenir* en su nuevo mensaje o revelación) y dijo simplemente ser "la voz" que da testimonio del Verbo o de la Luz, por medio de la *rectitud* de la conciencia y de las obras, tratando de *enderezar* el camino de la existencia. Esto hace una vez más hincapié sobre la *base ética* en que descansa todo progreso filosófico y humano en general, de la cual la misma Tradición nos ha dado y nos da en todo tiempo un igual testimonio; la Verdad Eterna, que no es propiedad exclusiva del pasado ni del porvenir; pero que, en el presente, siempre nos *orienta* en el camino de la Justicia, del Bien de la Rectitud.

Característica fundamental de esta tradición *interior y común* a todas las diferentes formas y aspectos externos de la Verdad, es la inefable *pureza* de su Eterno Surtidor, que hace de la misma un *agua viva* —o sea la corriente vital en que se expresa la propia Esencia del Ser—. Justamente puede decirse de ella, que el que la bebiera, acercándose a ese puro y divino Manantial de la Verdad "para siempre no tendrá sed", sino que "será en él una fuente de agua que salte para vida eterna".

Todas las "verdades" parciales no pueden nunca satisfacer durablemente la *sed de Verdad* que se halla en nuestro ser. Sólo cuando lleguemos a conocer la Eterna Verdad, que es *vida interior* de aquellas mismas expresiones imperfectas y transitorias, esa sed puede definitivamente apagarse.

Conocer la Verdad, acerca de nuestro propio ser y existencia y de la raíz eterna que es manantial imperecedero de aquélla, es ponerse en contacto con esa Tradición. *Establecerse* en ese reconocimiento íntimo de la Verdad, al que ha llegado discerniendo *lo que es*, es *comulgar* con la propia Tradición Iniciática y estar en condición de participar de sus beneficios. *Identificarse interiormente* con la Divina Verdad de nuestro ser, superando las ilusiones y limitaciones de la Inteligencia y de la mente personal, es llegar al *magisterio* en esa misma Tradición.

Los tres grados masónicos son, así pues, emblemáticos de los tres grados sucesivos de realización interior, que nos ponen en contacto con la Tradición de la Verdad, y nos hacen en seguida comulgar e identificarnos con ésta.

En el primero el despojo de los metales y parcial del traje, indican el *despojo mental y moral* de todas aquellas condiciones externas que nos impiden ser realmente *nosotros mismos*. Es el estado pre

liminar de *purificación* de todos los errores, falsas creencias y vicios morales e intelectuales, que también simbolizan las pruebas de los elementos, que se encuentran sucesivamente en los viajes, antes de poder acostumbrar nuestros labios, con una actitud muy diferente a la *copa sagrada* del conocimiento, en la cual también las amarguras de la vida han de destilar la dulzura inefable de un más profundo discernimiento de la misma Eterna Verdad.

En este estadio la Verdad, y la pura Tradición que nos la hace percibir, se reconocen especialmente como *Fuerza* o *virtus operativa*, o sea como el propio sostén y la guía que nos acompaña en las difíciles experiencias que se hallan, constantemente sobre el camino de la vida, de las que sólo podemos salir satisfactoria y victoriosamente, según reconocemos constantemente en cada una de ellas *nuestro deber* (en lugar de gastar nuestro tiempo y oportunidades en las recriminaciones inherentes al *deber ajeno*) y obramos de acuerdo con el mismo. Esta *vía purgativa* del Aprendiz, se halla en relación con el Karma Yoga de la filosofía indica de la realización espiritual.

El grado de Compañero corresponde analógicamente a la *vía iluminativa*, que representa el esfuerzo que uno necesita hacer para *establecerse* en la Verdad y en los principios que se han reconocido, por medio del uso de todas las facultades y poderes del alma, simbolizados, como lo hemos visto, por la Estrella.

Aquí la Verdad se presenta, sobre todo, como el Principio Eterno de la *Belleza* o *Armonía*, que se manifiesta evolutivamente en todas las producciones de la naturaleza, y que el hombre debe igualmente *demostrar*, según crece el poder de su Comprensión Ideal, en todas sus obras. Este Principio de la Belleza *creadora*, que representa la letra G en el medio de la Estrella, es también el Principio del Bien, de la Bondad y de la Justicia, para cuya expresión el Compañero debe igualmente *cooperar*, superando de esta manera definitivamente, el mezquino egoísmo y las propensiones utilitarias, que acompañan al hombre en su estadio inferior, cuando se halla bajo el dominio exclusivo de la *personalidad*.

Corresponden con ese estadio el Bhakti y Jñana Yoga (el Yoga de la Adoración y el del Conocimiento), el Arte Real en la forma que de ella nos presenta la India.

El grado de Maestro representa de la misma manera, la *Vía Unitiva*, en la cual se realiza y se hace efectiva la Divinidad *inherente* y latente en nuestro ser —que es el Arquitecto *verdadero* de nuestra vida— y se logra

exaltarla y hacerla resurgir, identificándose y unificándose en su aspecto más elevado con Aquélla, todas las demás facultades de nuestro ser. Por lo tanto, este grado corresponde, en la filosofía india al Raja Yoga (Yoga *regio* o Real) y sus anexos, el Mantra y Laya Yoga.

Identificándose con su ser más verdadero, el Maestro también se identifica en su corazón con la Tradición Iniciática, con la cual vibran al unísono todo su ser y todos sus pensamientos; como el *pez* en el agua, en donde encuentra el ambiente natural de su existencia, llega a ser parte integrante de esa Gran Corriente, que brota del Gran Principio inefable, y se extiende "en vida eterna".

Ingresando en la propia Corriente *interior* de la Vida Universal, de donde brotan los ideales y las aspiraciones, y en donde te encuentran las realizaciones de todas las épocas, el Maestro hállase unido internamente con todos los *juanes*: con todos los que recibieron la *gracia* de la inspiración y la *luz* de la Verdad, con los iniciados de todos los tiempos y de todos los países, en su mística *comunidad arquitectónica*. Unificándose con la *gnosis*, la Verdad se hace en él *Sabiduría*, siendo el principio que ilumina, domina y disciplina la acción, realizando en ésta el Magisterio del Arte; y esta Sabiduría, que resplandece en cada una de sus palabras y de sus pensamientos, hará de él un faro de luz, que guía y alumbra a los demás en la noche *tamásica* de la ignorancia.

Lejos de ser una abstracción o una pura hipótesis, la Tradición Iniciática es una *viviente realidad*: el principio universal de la Iluminación y de la Omnisciencia, del que adquieren consciencia, y en el que comulgan y participan los iniciados y los iluminados de todas las épocas. Aunque se trate de una Realidad ultrasensible, la similitud más apropiada para describirla, es precisamente la de una *corriente de vida y de verdad*, que fluye en el mismo Océano Eterno e Inmanente del Ser, formada por la esencia más pura y sutil del pensamiento y de la inspiración ideal, de la que toman *vida y substancia* todas las aspiraciones de los hombres, todos los esfuerzos encaminados para el progreso y la elevación individual y común, todas las religiones y todos los movimientos espirituales. La legislación y la moral de todos los pueblos se le acercan más o menos, según la intensidad de la aspiración y la profundidad de la comprensión en la medida de los hombres.

La Masonería reconoce implícitamente su existencia y se funda sobre ella, considerándola como el propio *principio* de la Sabiduría, de la Fuerza

y de la Hermosura que sostienen, en fecunda actividad, sus *talleres*, en donde ha de hacerse manifiesto ese poder operativo de la Verdad. Hiram, como *vida elevada* de la Orden y de todo ser humano, es el *Medio unitivo* por el cual se realiza la mística comunión operativa con esa Sabiduría Iniciática que representa Salomón; participando de esa Sabiduría y expresándola como *orden y armonía*) es el Arquitecto y Maestro ejemplar de aquel sublime Templo universal, que se eleva sobre la comunión de todas las aspiraciones humanas, cuyas columnas mayores son la Virtud y la Verdad.

Cuando esa Vida Elevada desaparece, por la conjuración de la Ignorancia, del Fanatismo y de la Ambición, que quieren usurpar sus prerrogativas, también se pierde ese *lazo unitivo* con la Tradición de la Verdad y su Sabiduría Creadora, y el desorden y la consternación reinan entre los obreros. ¿Puede el hombre hacer algo, verdaderamente grande y digno, que merezca el esfuerzo y lo ennoblezca, cuando desprecie el guía de su ser más elevado, de sus más nobles aspiraciones ideales, y se deje vencer por sus tendencias o *pasiones* inferiores, sepultando a ese Divino Principio Inspirador en la tierra de su materialismo agnóstico, de una concepción puramente material e ilusoria de la existencia, en la que se desprecian los *verdaderos valores* de la vida?

Cuando la desolación, el desorden y la imperfección reinen en nuestra vida exterior, cuando las piedras del edificio que habíamos querido elevar, por nuestros únicos esfuerzos y para nuestra única ventaja, desplomándose sobre nuestra cabeza nos hacen patente la propia imperfección de la obra y de su plan, nos es menester buscar nuevamente ese Principio Inspirador, desterrado o sepultado por nuestras cualidades inferiores, invocándolo por medio de nuestras aspiraciones, y dirigiéndonos a él con nuestros ideales, hasta que resurja en nosotros y sea nuevamente el Sabio Arquitecto que nos hace manifiesto el *plan divino* de nuestra existencia, y realiza en ésta el orden, la armonía, el progreso y el bienestar.

Hiram es aquel que, como Prometeo y como Hermes, en su primera concepción, lleva a la tierra y enciende en el propio corazón del hombre el *juego sagrado* del Ideal Inspirador, y del inherente *poder divino* de la Verdad, que ha de manifestar aquel en una obra correspondiente. Es el mismo principio que, obrando en nosotros, nos pone en contacto con la Tradición Iniciática, que a la vez simboliza, como Jano y San Juan, y como Rea Cibeles, la *corriente profunda* de la vida humana y cósmica.

La Tradición Iniciática, que los *maestros masones* buscan y se esfuerzan por levantar, en su *centro universal*, doquiera encuentren sus vestigios exteriores (la *tumba* aparente de su sepultura), es también la Religión Universal de la Verdad, o Religión de la Sabiduría, o sea el principio interior que *religa* en la propia Eterna Verdad todas las creencias, experiencias y aspiraciones religiosas de los hombres. La forma externa puede ser alguna vez algo semejante a un *sepulcro hermoso*, en el cual parece no haber ya huella de *vida* espiritual; sin embargo, el maestro verdadero sabe descubrir y penetrar el misterio que se encierra en esa tumba de la Divina Verdad, reconociendo y levantando la *vida, íntima*, siempre inherente en ella.

Todas las religiones, sólo son, en el fondo, el resultado del esfuerzo hecho por sus respectivos fundadores, para presentar a la comprensión del medio al que estaban destinadas la Eterna Religión (llamada por los indos Sanantana Dharma) que es la Tradición Universal de la Verdad, con la cual habían venido *internamente* en contacto. Por lo tanto, todas tienen la misma base y los mismos principios, que se hallan sólo diferentemente expresados, acentuándose algunos de preferencia a otros, y mezclándose a menudo con supersticiones, errores y falsas creencias, que estriban únicamente en la *ignorancia* del medio, del que así fomentan el ciego *fanatismo*. Ambos son aprovechados por la *ambición*, que encuentra en ellos el apoyo indispensable para satisfacer sus deseos.

Sin embargo, toda religión, aun la que puede parecernos exteriormente como más materializada y llena de supersticiones, es una expresión de esa *corriente interna* de la Tradición, un brazo o miembro de su organismo, un elemento de su vida externa, y como tal también *uno de los caminos o medios*, por el cual puede llegarse a la Vida Interna, y gozar así de la plenitud de la Gracia y de la Verdad que contiene *in recessu*. Siguiendo fielmente el camino que le indica a cada cual su propia religión, buscando y reconociendo su esencia y realidad más profunda, todo hombre tiene abierta la senda para llegar a la Religión Universal de la Verdad, en la que encuentra la interna *unidad vital* de sus diferentes y aparentemente contrarias manifestaciones externas.

El reconocimiento y *sentimiento* de esta verdad, de la *unidad interna y vital* de todas las creencias, enseñanzas y religiones externas, es la propia base firme e incontrolable en que descansa el principio masónico de la *tolerancia*. Tolerancia y respeto amplios y frater-

nales para cualquier creencia, opinión y convicción, con la condición de que sean *sinceros*, dado que todos indistintamente constituyen un camino hacia la Suprema y Única Verdad y dado también que la *verdadera luz* se encuentra al estado latente en todo ser humano y cuando se enciende es la única que puede guiarle iluminando su discernimiento y haciéndole crecer en su más plena percepción.

Esta tolerancia plena e iluminada es la característica de todo masón verdadero y, acompañándose con la fraternidad que nace del reconocimiento del común origen a la vez espiritual y material de los hombres, se hace el cemento que junta constructivamente las piedras diferentes que componen un mismo edificio. La Masonería expresa esta *tolerancia iluminada* con la prescripción del Libro de la Ley (o sea, aquella particular tradición religiosa más propia del medio en que verifica sus labores) sobre el Ara, con la *escuadra y el compás* sobrepuestos.

En toda *Escritura Sagrada*, reconoce y aprecia de esta manera la inherente *inspiración*, y ve una expresión de aquella Tradición Iniciática, sobre la cual se halla ella misma establecida desde las épocas más lejanas. La escuadra del *recto juicio* y el compás de la *más inteligente comprensión*, son los instrumentos necesarios para reconocerla y apreciarla debidamente, buscando el interno *espíritu vivificador*, que ha de llevarles a comulgar con esa Divina Sabiduría, en lugar de quedarse en la muerta letra de la definición escolástica.

Pero, la Tradición y la Inspiración que mana de aquélla, no se limitan a sus expresiones espirituales propias de las diferentes religiones: a la Biblia y a los Evangelios, al Corán, a los Vedas y Puranas, a los himnos religiosos y poemas mitológicos de la Grecia, y a los rituales de los antiguos egipcios.

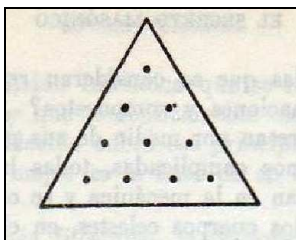
La escuadra y el compás que se sobreponen a las escrituras, representan a la vez otra fuente más directa y elevada de Inspiración Tradicional: aquella que deriva de todo *esfuerzo constructivo*, como Principio Geométrico, que preside a la Arquitectura humana y cósmica, y la misma *Geometría* en, sí, o sea el esfuerzo de la pura abstracción filosófica para llegar a discernir los Principios Eternos e Inmutables que rigen la expresión evolutiva del universo y de la vida en el Tiempo y en el Espacio.

Así, pues, Ciencia y Religión — la Verdadera Ciencia y la Religión de la Verdad— se hallan naturalmente enlazadas y conciliadas en sus aspectos más elevados, sobre el Ara que representa la propia *elevación*,

masónicas de todos los pensamientos, sentimientos y aspiraciones ideales del hombre. Muy lejos de haber un abismo irreconciliable entre el *saber* y el *creer* —en cuanto se basan el primero sobre la evidencia externa, y el segundo sobre el sentimiento interno— son los dos aspectos o *columnas* en que descansa la propia Tradición Iniciática en su expresión *humana*, y como tales han de guiar al hombre en el recto sendero que ha de conducirlo a realizar un continuó progreso, sus infinitas posibilidades sobrehumanas.

"Entonces el remo de los cielos será semejante a diez vírgenes."

(MATEO XXV-1)



CAPÍTULO X

GNOSIS NUMERAL

Los *números* no son tan sólo conceptos elementales que nos permiten numerar, medir y ordenar las cosas sensibles, sino que su dominio trasciende tanto el mundo exterior de los sentidos como el mundo interior de las ideas, y por encima de éstos nos eleva y nos guía a la intuición de la Eterna Realidad.

La esencia íntima de los números es pues, algo que se escapa de toda nuestra tentativa por retenerla exclusivamente en el campo de nuestra ordinaria experiencia de las cosas, en la que, sin embargo, se nos impone en las formas más variadas y aparentemente sin nexo alguno, de las que viene así constituyendo lógicamente el *lazo unitivo*.

Una de las características fundamentales de los números es su poder *ordenador y coordinador*, en cualquier dominio o campo de experiencia al que los apliquemos. Sabiamente puestos en acción, establecen y afirman el Orden y armonía que a su reinado pertenecen, en dondequiera que hubiere antes desarmonía y desorden. Y si observamos la naturaleza en toda sus leyes y en todas sus obras, no podemos dejar de verlos igualmente activos, en dondequiera se dirija la mirada de nuestra comprensión.

¿No obedece, en último análisis, a principios numerales, la disposición geométrica de un cristal, de las hojas del tallo, ramas y raíces de una planta, de los pétalos, estámenes y pistilos de sus flores, de las partes que componen sus frutos, de los diferentes miembros y órganos en cualquier ser viviente?

¿No se clasifican según los números de su llamado *peso atómico o molecular*, las características de las diferentes sustancias químicas, tanto

de las que se consideran *relativamente* simples, como de sus combinaciones y compuestos? ¿No son igualmente los números que expresan por medio de sus proporciones y según fórmulas más o menos complicadas, todas las formas de movimiento que se estudian en la mecánica y se observan en la gravitación terrestre, en los cuerpos celestes, en el sonido y en todos los ritmos de la música? ¿En la luz y en la gama de los colores visibles e invisibles, en la electricidad y el magnetismo, y en la rítmica actividad de la llamada *fuerza vital*?

¿No son también los números que expresan las medidas del tiempo, que, a su vez, se basan en diferentes formas de movimiento, y miden los días y los años, los períodos vitales y el ciclo de desarrollo de todo ser viviente? ¿Y no son esas mismas *entidades* universales, impersonales y trascendentes las que miden los períodos y eras de la historia, el desenvolvimiento, multiplicación y progreso de los pueblos, y su vida económica y social, presidiendo a la industria, al comercio y a todas las relaciones y transacciones humanas?

En todos los reinos y aspectos de la naturaleza, así como en todas las actividades humanas, podemos darnos cuenta de que se trata, en realidad, de "entidades" misteriosas, de las que desconocemos la esencia más verdadera, inmaculada y eterna, y por ende *virginal*. Estas entidades podemos verlas y reconocerlas constantemente a la obra para manifestar un *orden*, que siempre se renueva y evoluciona, en todo caos, y hacer patente la perfecta creación arquetípica en toda latencia cósmica, presidiendo por igual al dominio propiamente natural como al humano, y sirviéndose también del hombre y de su comprensión inteligente, como de un instrumento, para sus propias finalidades creadoras.

No hay dominio físico, intelectual y social que pueda escapar a su acción, que todo tiene que *regirlo y dirigirlo*, desde el Cielo de las posibilidades y de la creación eternamente perfecta, hasta la Tierra del dominio contingente de los efectos, asiento natural de toda relativa imperfección,

La arquitectura humana, a semejanza de la cósmica, no puede a menos de reconocer y aplicar ese dominio que rige todos los aspectos del tiempo y del espacio, del ritmo y de la armonía, así como tienen que hacerlo la agricultura y las demás artes bellas y útiles. Tampoco la poesía, o cualquier otra producción humana, pueden prescindir de esa base, sin la cual desaparecerían su belleza y utilidad. Por lo tanto, justamente la Masonería, de acuerdo con la Tradición Iniciática

que se remonta a la más remota antigüedad —y que simbólicamente expresa en su ordenamiento— se ha establecido sobre ese principio eterno, cuyo reconocimiento siempre mejor es la base de su constante progreso y regeneración.

En su aspecto mas filosófico, la Masonería es esencialmente *una progresiva iniciación* en la Ciencia de los Números, entendidos y reconocidos como Eternas Realidades Nouménicas que presiden a la construcción ordenada del universo y de la vida dirigiendo y determinando todos sus aspectos y experiencias. Y todo el Arte Real se basa en su más sabio entendimiento y aplicación.

A diferencia del profano, que sólo reconoce el dominio de los números en sus diferentes aplicaciones prácticas y matemáticas, el Iniciado pone todo su empeño en tratar de penetrar y discernir la íntima y divina *esencia propia* de esos Principios Eternos que permanecen en su inherente pureza virginal, alumbrando el cosmos y la vida, así como el entendimiento del hombre.

Muy lejos de ser una especulación puramente abstracta o fantástica, la *gnosis numeral* es el esfuerzo de la facultad más elevada de la inteligencia para llegar lo más cerca posible de esos Poderes Creadores que expresan lo Divino más allá del tiempo, del espacio y de la vida manifiesta y son los Manantiales de todas sus expresiones y posibilidades. Como aquel que busca el origen desconocido de un río, remontándolo a lo largo de su corriente en regiones inexploradas por la experiencia ordinaria, así el iniciado se esfuerza por subir esa interna Corriente de Vida que se evidencia en todas las manifestaciones externas que llevan en sí mismas el sello del Poder Numérico.

Como principio y origen, de todos los demás, en el número *uno* reconocemos la Primera Potencia y el Supremo Poder: el Padre y la Madre en su prístina Unidad inmanente e indestructible, que permanece inalterada en su propia Realidad, aunque aparezca alterada y dividida, en la *cruz* del tiempo y del espacio que mana de Ella y sobre la cual se ha extendido para expresarse en el reino contingente y transitorio de la realidad sensible u objetiva. Por lo tanto el número Uno *en sí*, representa y expresa la Totalidad Unitaria, la Plenitud Homogénea e Indiferenciada, el Gran todo en su esencia más abstracta y sublime, cuya *imagen o reflejo* aparece en «todas las infinitas *unidades individuales* a las que, de una manera *relativa* atribuimos el Nombre de Aquel —el Uno *sin segundo*—. Pues "el Hijo y el Padre son Uno", a pesar de que aquél aparezca como múltiple y éste como dividido.

El estudio del número Uno nos lleva, por lo tanto, a reconocer en el *Monismo Absoluto* (en sánscrito *Advaita* o sea "adualismo") el más elevado aspecto (o *darshana*) más bien que "sistema" de la Filosofía Una, el resultado y la meta final e inevitable de todos los esfuerzos de la humana abstracción. Esa Unidad Absoluta y Permanente en su propio dominio trascendente y sublime, no puede ser de ninguna manera alterada, diferenciada o dividida, sino *relativa y aparentemente*; así como el Sol que no cesa de ser Uno y de ser el mismo, a pesar de que envíe constantemente sus rayos de luz y de vida, reflejando su propia imagen en infinitas formas en las inmensas extensiones y desconocidas profundidades de la Esfera Cósmica.

El dominio de la Unidad, así como el de los demás números que de Ella proceden, trasciende de la manera más absoluta la duración, extensión e inherentes limitaciones del Tiempo y del Espacio. Es el Océano Absoluto y Unitario del Ser que reina por encima del de sus hijos Urano y Cronos, La Unidad expresa al *Ser en sí* que nunca puede ser de otra manera concebido, alterado y separado de sí mismo, aunque *aparezca velado* (y por ende limitado y separado) en las diferentes formas de *conciencia individual* que nos es dado entender y experimentar. Cuando pensamos en el "Ser en sí" como independiente y trascendente, todas nuestras concepciones de cualquier manera atadas a las ideas de tiempo y de espacio, entonces únicamente nos es posible entender algo de esa eterna y gloriosa Unidad Permanente de la Suprema Realidad, *en cuyo seno* están contenidos el tiempo, el espacio y todas las creaciones, cosas y seres en la mística, indiferenciada, inalterable Beatitud que se acompaña con esa invariable, constante y absoluta Plenitud. El símbolo del *Océano*, imaginado por los antiguos para indicar a ese Primero y 'Supremo Principio que es el Todo Indivisible, expresa muy bien esa Plenitud, así como la *unidad* de las infinitas gotas individuales que en el mismo están contenidas.

La filosofía de la ciencia ha tratado de reducir el problema del universo a una fórmula o combinación de los tres factores Espacio, Tiempo y Energía, que son los mismos conceptos primitivos expresados simbólicamente en la teogonía mitológica, bajo los nombres de Urano, Cronos y Zeus, cuyas esposas son simplemente sus *cualidades*. Gea, la *extensión*, de por sí *engendradora* del Espacio, en el cual todo está potencialmente contenido y tiene que manifestarse, desde la Eterna Universalidad que todo lo comprende, en actualidad contingente y

local; Rea, la *corriente del devenir* de todas las cosas, cuyas oleadas de Vida Creadora, manando de la Eternidad, tratan de conquistar las extensiones del mismo espacio, con su ritmo progresivo; y Hera, la *irradiación energética*, madre de todo dinamismo cósmico, y por lo tanto esposa legítima del Ser que se expresa como la Voluntad Dinámica del cosmos, que todo sostiene y anima en su ordenado desarrollo.

Y, sin embargo, los tres sólo son *aspectos relativos* o expresiones *hijas* de la Suprema Realidad del Ser que expresa la Absoluta Unidad: todos son hijos del Caos, llamado también el Océano, entendido como *substancia prima y unidad indiferenciada*. Como se enseñaba en la escuela pitagórica: *La Unidad es la ley de Dios*, el *Número* es la Ley del Universo y la *Evolución*, la Ley de la Naturaleza en cualquiera de sus creaciones o expresiones.

La Unidad es, pues, al mismo tiempo, *número y no número*: sólo puede considerarse como número *relativamente* a los demás, que no son otra cosa sino *reflejos multiplicados progresivamente* de aquélla, así como sucede cuando se pone un foco o imagen entre dos espejos paralelos. El foco queda *realmente* uno: y sin embargo *virtualmente* aparece como si fuera multiplicado al infinito.

Lo mismo sucede en la *aparente* (aunque *objetivamente real*, si bien virtual desde el punto de vista de la ultrínima Realidad) manifestación cósmica. La Unidad representada por el Océano del Ser, al reflejarse en sí misma origina la Dualidad Madre (o sea la Tetis mitológica, que corresponde con el término filosófico oriental *Tat* "Aquel", que denomina o acompaña a *Sat*, la Esencia o Ser) que engendra al Espacio y al Tiempo, que pueden considerarse como los *espejos* en que se refleja y virtualmente aparece la *multiplicidad* en la cual esa Unidad se nos presenta diferenciada y dividida. Así llegamos a entender la Dualidad o número *dos* como la antinomia de la Unidad y de su *reflejo*, de la Realidad absoluta y de su propia *apariencia relativa*.

El número *uno* está simbolizado masónicamente por el Delta *como unidad*, que se encuentra al Oriente u origen primero del Templo Cósmico; y el número *dos* por las Columnas, cuya pareja se levanta de la misma manera al Occidente, o sea en el dominio de la manifestación.

Esa Dualidad expresa su sello indeleble en todo lo que nos *aparece*, así como la Unidad de la misma manera caracteriza lo que *real y eternamente es*. Toda línea estriba, pues, en sus dos opuestas direcciones en las que puede ser medida y seguida: derecha e izquierda,

anterior y posterior, superior e inferior; y el tiempo igualmente consiste en la división que constantemente realiza el *presente* (que es el reflejo más directo de la Unidad o Realidad Eterna) entre Pasado y Futuro.

En virtud de esa dualidad se oponen y se alternan la luz y la oscuridad, el día y la noche, el calor y el frío, el movimiento y el reposo, la actividad y la inercia, la conciencia y la inconciencia, el sueño y la vigilia, el placer y el dolor, la pasión y la quietud, la ciencia y la ignorancia, el gusto y el disgusto, la atracción y la repulsión, la vida y la muerte, el ascenso y el descenso, la construcción y la destrucción. En la misma se apoyan el movimiento centrípeto y centrífugo, el norte y el sur, la cabeza y los pies, la atracción espiritual del cielo y la material de la tierra, los dos polos de la electricidad, del magnetismo y de la fuerza vital, el macho y la hembra, la voluntad, y la inteligencia, la razón y la sensación, el hombre y la mujer.

Toda la compleja variedad y multiplicidad de las experiencias de la vida y de los fenómenos de la naturaleza,, descansa en la constante *interacción* de estos dos aspectos o polaridades *relativas* de la Una Realidad, y es producida y reproducida *ad infinitum* por la Dualidad Madre que reina al Occidente, así como aquélla domina en el Oriente edénico y cósmico. Por consiguiente, mientras el número *uno* nos enseña que hay *un solo Dios*, un Único y Unitario Principio Supremo y Absoluta Realidad, el número *dos* de la misma manera nos enseña el mandamiento de *honrar al Padre y a la Madre* que representan a esa misma Unidad en el dominio contingente de la vida manifiesta y objetiva.

La Dualidad o *diada creadora* ha de ser *honrada*, porque de su matriz hemos salido como *existencias individuales*; pero, no debemos *adorarla*, o sea caer en la ilusión de tributarle el reconocimiento que únicamente se debe a la Suprema Realidad en que "vivimos, nos movemos y tenemos nuestro *ser*", pues el *ser* vale mucho más que la existencia en que *temporalmente* se expresa: el primero es Absoluto y Eterno, y ésta sólo relativa y transitoria, aquél permanente y siempre igual, y ésta continuamente mutable.

Si es que, además de honrarla adoramos a esa Diada Madre, olvidando la Eterna y Suprema Realidad, estaremos prendidos inextricablemente en los lazos de esa Maya o Ilusión, constante mente sujetos a la Ley de los Opuestos y a sus opuestas *pasiones*, al dominio y a la fatalidad negativa de la Rueda de la Existencia. Mientras, si el anhelo

de nuestro corazón se fija en la Realidad Una y Suprema, esos mismos lazos se irán progresivamente desenmarañando, según crece nuestro discernimiento y apoyándonos en la propia Plenitud y Perfección Inherente del ser, llegaremos a trascender sucesivamente todos esos estados opuestos, que así cesarán de dominarnos. Aquí se ve la fundamental diferencia *pragmática* entre Monismo y Dualismo, y cómo aquél únicamente pueda darnos una base firme y abrirnos el sendero y la puerta de nuestra final Liberación.

El Padre y la Madre que integran esa Dualidad son, en este caso, los dos principios que forman la base de la filosofía Sankhya: Purusha o *esencia espiritual* que expresa la Suprema Realidad *relativamente* a Prákriti o *substancia primordial* homogénea en la cual el primero se presenta como *múltiple y dividido*, originando al revestirse o reflejarse en ésta los átomos primarios (espirituales, como expresiones directas del *ser* manifiesto), y de éstos todos los principios elementales, la mente y la inteligencias y luego las substancias sutiles y las materiales y todas las cosas y los seres que en ésta aparecen.

De la Substancia Madre proceden todas las parejas de opuestos mentales, morales y físicas, que pueden reducirse a *rajas* (actividad y energía) y *tamas* (inercia y masa, que es también obscuridad e ignorancia), y el principio *rítmico* o *sátvico* de la Armonía y Sabiduría, en que se refleja la Esencia Espiritual, mudándolos y dominándolos. La levadura sátvica que manifiesta la pura inteligencia obra sobre Rajas (que corresponde a la voluntad) el cual actúa sobre la inercia o masa tamásica y ésta, vibrando, refleja a ese Satva y se convierte en aquél. De esta manera el Espíritu *individualizado* adquiere un dominio siempre más complejo sobre su manifestación en la materia y así logra redimirla de los efectos de su propia *caída* —caída que, a su vez, ha engendrado la misma materia de la pura substancia prakrítica. Siendo tales *efectos* justamente el dominio tamásico de la ignorancia y rajásico de la pasión, estímulos y puntos de partida para su propia superación *sátvica*.

De aquí se ve cómo el número *tres*, que pertenece por igual a la Materia y al Espíritu, a la Substancia y a la Esencia, y es el *lazo de unión* entre ambos —el arquitrabe que une arquitectónicamente las dos columnas— es a la vez el principio de la Involución y de la Evolución, del ascenso y del descenso, representando el *ritmo* en que se expresa el

devenir exterior de las cosas. Ese ritmo es igualmente Eros y Mercurio, Helios y Apolo, pues su más pura y armónica expresión (o sea el Satva) es el principio de la *luz* en todos sus aspectos: material, intelectual, moral y espiritual, que ilumina, domina y trasmuta la oscuridad e ignorancia de Tamas. Este representa el principio negativo de la *inconsciencia* (lo que vela, obscurece y limita la pura esencia del Ser), mientras Satva refleja la Verdad como Luz y Sabiduría y Rajas es la voluntad y la pasión que a la vez obscurece el Satva convirtiéndolo en Tamas, y obra sobre éste para transmutarlo en aquél.

Como principio de la luz, en todas sus expresiones, el número Tres, al igual que la Unidad, tiene su símbolo en el Delta triangular, que representa en la Logia la *luz verdadera* y el Gran Arquitecto que en la misma se revela. Los tres puntos o vértices, formados por los rayos que manan del centro, son las tres puras cualidades espirituales, llamadas Sat, Chit y Ananda (Esencia, Conciencia y Beatitud), que en Oriente corresponden a los atributos divinos de Omnipresencia, Omnisciencia y Omnipotencia. Y los tres lados que los unen en la manifestación *periférica* (formando la *yoní* o matriz cósmica), son las mismas cualidades o *ganás* propias de Prákriti, cuya *latencia* se despierta y se hace activa por la acción de Purusha: Tamas, Rajas y Satva.

El número *tres*, representado por el triángulo, cuya base reúne las dos líneas divergentes del ángulo superior, es además el número de la filiación y de la productividad, tanto espiritual, como intelectual y material, de la perfecta proporción y de la armonía que siempre se establece sobre el equilibrio de los opuestos y la coordinación de todos los pares de fuerzas complementarias. Simboliza la *perfección* que completa la natural imperfección diática — perfección que representaren dos aspectos distintos y casi opuestos las Gracias y las Parcas.

La unidad reflejada en el número tres, como centro del triángulo (el Ojo Divino del Delta, o letra G), constituye la *tétrada*, o sea el cuaternario fundamental, que también representa el *tetragrama* (la palabra *inefable* de cuatro letras que constituye el nombre hebreo de la Divinidad). En la Tétrada, geométricamente expresada por el mismo Delta masónico, se resumen y se combinan los primeros cuatro números: la Unidad radical del centro, la Díada de los lados y de los ángulos laterales, la Tríada del triángulo y de sus vértices, y el Cuaternario que éstos forman con él centro. La suma de los cuatro números, representada por la figura

llamada *tetráctis*, es igual a 10, que así resulta la *potencia triangular* del número 4.

Cuando esa Unidad central del Delta se exteriorice y se haga activa, la dicha Tétrada se transforma en el Cuaternario de los elementos que indica la *cruz*. Así pues, la Cruz, resultando geoméricamente del encuentro normal de dos líneas rectas, expresa la *actividad* del número Cuatro, que se halla, por así decirlo, oculto, interiorizado y latente en la tétrada triangular. Este cuaternario resulta de *dos parejas equilibradas* de fuerzas complementarias que así denotan, relativamente a cada punto o lugar, cuatro direcciones o puntos *cardinales*.

Los *cuatro elementos*, conocidos con el nombre de Fuego, Aire, Agua y Tierra, no son "substancias" que componen los cuerpos, como los elementos químicos, sino *fuerzas o modalidades vibratorias* que se hacen manifiestas también en los cuatro estados de la materia (sólido, líquido, gaseoso y radiante) y en los cuatro temperamentos del organismo (nervioso, linfático, sanguíneo y bilioso). El *fuego* es el principio de expansión, que aparece en la fuerza centrífuga; el *aire* es el principio del movimiento rectilíneo-circular que origina la locomoción y se evidencia en la forma esférica de los cuerpos celestes; el *agua* representa el principio de contracción y la fuerza centrípeta; la *tierra* el principio de cohesión que produce la cristalización y pulverización.

También pueden oponerse el Fuego y el Aire como *calar* y *frío*, oriente y occidente, ideación y concepción, voluntad e inteligencia; y el Agua y la Tierra como *humedad* y *sequedad*, norte y sur, emoción y percepción, sentimiento y acción, fecundidad y productividad. La primera pareja se considera como *masculina* y *eléctrica* en sus dos polos positivo y negativo; la segunda como *femenina* y *magnética*, igualmente en dos polos.

Los cuatro brazos de las divinidades índicas, que también aparecen en la svástica, simbolizan este cuaternario de las fuerzas elementales, cuya acción se extiende igualmente en el mundo físico y mental, gobernando tanto la materia como el pensamiento. Ahora, cada uno de estos *elementos* que integran el Cuaternario (o duplicación de la Díada), hállase sujeto a las tres *cualidades* que forman el Ternario (nacido en la Díada reflejando la Unidad); así el

ternario se combina con el cuaternario, resultando la Dodécada, que tiene en el *zodiaco* su propia expresión geométrico-musical y astronómica. La propia dodécada tiene su correspondencia mitológica en los Titanes (los hijos de Gea-Titea) que representan esta subdivisión circular del Espacio o dominio uránico; también había doce dioses mayores, que los substituyeron después, siéndoles consagrados los doce meses. En las tradiciones hebrea y cristiana tienen un significado equivalente los doce hijos de Jacob-Israel, los doce apóstoles de Jesús y los doce caballeros de la Mesa Redonda.

Pero en la Cruz o tétrada activa, hay también un quinto elemento: el *centro*, que hemos visto como cuarto (o primero) en la tétrada triangular; así, en la cruz, hállase análogamente, en una condición latente, el *quinario*.

El quinto elemento fue llamado antiguamente *quinta esencia*, considerándose como origen, principio y sostén de los demás: aquel en que se encuentran todos en un estado indiferenciado, del que todos surgen acentuando sus especiales características, y en el cual finalmente hallan su equilibrio. Es el *akasha* de la tradición oriental, que cuenta con estos cinco elementos, considerándolos como nacidos o producidos por los *tanmatras*, según lo hemos visto en las páginas anteriores.

En la naturaleza, regida por la Ley Cuaternaria de la Cruz, este quinto elemento, que es el principio de la *vida inteligente*, está oculto en el centro o corazón, que domina la acción de los cuatro brazos. Pero, en el hombre, que constituye el Quinto Reino (siendo los anteriores el elemental, mineral, vegetal y animal), este quinto elemento se evidencia también exteriormente según lo hemos mostrado hablando del *ipentagrama*, que representa la Ley Quinaria que gobierna su estructura física y mental. Por esta razón su mano tiene cinco dedos (sólo en el hombre el pulgar es realmente *activo*, oponiéndose a los demás), su cuerpo cinco sentidos y su mente cinco facultades activas. Pero, en el *pentagrama* y en el hombre, en razón del *centro* de aquel que se manifiesta como sexto sentido y facultad, está latente el Senario, como la Pentada en la cruz y la tétrada en el triángulo.

En virtud del número *seis*, el hombre tiene el libre albedrío o facultad de *elegir* entre dos caminos, y con ésta, según el desarrollo del discernimiento y de la intuición, la inherente capacidad de llegar a ser *más que hombre*. Al hacerse activa y evidente, como las anteriores,

esta sexta facultad ordinariamente *latente*, la Pentada humana se transforma en la Hexada angélica, o sea en un estado evolutivo comparable, con relación al hombre, al de la mariposa relativamente al gusano.

Al número seis corresponde geométricamente el Hexagrama, que se demuestra en la figura humana *alada*, con los pies juntos, formando el vértice del triángulo inferior (el triángulo *materno* de la gravedad terrenal), al que corresponde, como vértice del triángulo superior, el principio *paterno* de la gravedad celestial, *en perfecto equilibrio* con el anterior, y por ende capaz de dominarle y levantarlo. Aquí vemos el símbolo de la conquista del aire, que espera al hombre cuando descubra en sí mismo y sepa manifestar de una manera activa, este principio *latente* de la gravedad espiritual, que lo atrae naturalmente hacia el Cenit, contraponiéndole a la gravedad de la tierra y dominándola. En oriente se asegura que es posible lograr ese poder, sin necesidad de aparatos o medios materiales.

El signo astronómico y astrológico de Virgo, la Virgen celestial — que es justamente el *sexto* signo del zodiaco— es también emblemático de la figura humana alada que tiene su correspondencia numérica en el *seis*. Su laboriosidad y fecundidad productiva es, por otro lado, comparable con la de las abejas y de las hormigas, cuya arquitectura orgánica es una expresión geométrica del mismo número, que permite la más perfecta división del círculo.

En el mismo Hexagrama, o sello de Salomón (la figura estrellada que resulta de dos triángulos entrelazados), tenemos el emblema de la correspondencia que naturalmente se establece de "lo de arriba" con "lo de abajo", de lo celestial con lo terrenal, de lo divino con lo natural: *quod est superius est sicut quod est inferius, et quod est inferius est sicut quod est superius*. A la Trinidad Divina en que se expresa la Unidad Espiritual (Ser - Conciencia- Beatitud, que es Omnipresencia, Omnisciencia y Omnipotencia, reflejadas en el hombre como Conciencia, Inteligencia y Voluntad) corresponde, la Trinidad Natural, o sean las tres propiedades (Actividad o Energía, Inercia o Masa, Ritmo o Vibración, que aparecen en el fuego como *calor, llama y luz*) en que se manifiesta la Unidad Material o *maternal* que ha de revestir la primera. El triángulo inferior refleja el superior, así como la

Unidad de la *substancia* material refleja la Unidad de la *esencia* espiritual.

El centro del hexagrama y sus vértices nos dan el número *siete*, simbólico de la *perfección potencial* (*perfección* en la manifestación, así como el número 3 representa la perfección *en sí*), que se halla oculta en aquél, y del que progresivamente se desarrolla, según aparece en la Ley de Evolución, que gobierna toda forma, todo ser y toda creación.

Esta perfección (en su sentido originario de *cumplimiento*), se halla también simbolizada por el sábado o *día séptimo* (el cumplimiento de la obra, en que se encuentra el *descanso* de los esfuerzos) con relación a los demás días de la semana (que corresponden con los vértices del hexagrama, o sea la división del círculo o *ciclo* del tiempo en seis partes iguales al radio), es aquella en que se logra manifestar la Plenitud del Todo, que se halla *inherente y latente* en cada una de sus partes *aparentes*, o sea, en que "se realiza la Realidad".

El número Siete se nos presenta como *perfección activa* en la estrella de siete puntas o Heptagrama, que corresponde aritmosóficamente con el Maestro y el Arcángel, en el completo desarrollo de todos los poderes y facultades, añadiéndose las alas angélicas a la figura humana expresada por el pentagrama. A la pentada de los elementos, que corresponden con los cinco planetas inferiores, se unen el Sol y la Luna, emblemáticos del *potencial divino* que se añade al humano. El candelero de siete brazos simboliza igualmente esta fase evolutiva superhumana: al encenderse las siete luces se hacen activos todos los poderes, llegándose al estado llamado *Samadhi*, de "identificación" con la Suprema Realidad.

Los siete colores y las siete notas de la música muestran, por otro lado, el mismo septenario activo en todas las octavas vibratorias de la naturaleza, subdividiéndose en sus aspectos —parangonables a una escalera evolutiva— la divina Unidad de la Luz y de la Armonía. Y en el carácter del hombre este septenario o escalera indica las siete fuerzas o *virtudes* que se aparejan con los siete *vicios* o debilidades de los cuales constituyen una evolución o *superación*: la prudencia naciendo de la pereza, la justicia de la envidia, la fortaleza de la ira, la templanza de la guía, la fe del orgullo, la esperanza de la avaricia y la caridad de la lujuria.

Astrológicamente hay correspondencia entre el número siete y el signo de la Balanza, emblemático del *equilibrio* que descansa en la *perfecta justicia*, de la ecuanimidad del juicio y de la serenidad que acompaña el Magisterio,

Masónicamente el septenario indica también el estudio de las siete artes, o sea la perfección de la ciencia que se manifiesta como la Sabiduría. Esta última se hará patente de una manera *constructiva*, por medio del Arte Real, que tiene sus emblemas tanto en la arquitectura humana como en la cósmica. El número *ocho* representa igualmente las tres, o sea la *perfecta actividad* que deriva de una igualmente perfecta y armónica concepción o preparación (el número *siete* en sí, y como escalera de siete gradas).

En la Ogdoada en que se irradia la perfección septenaria vemos la expresión de la arquitectura cósmica por medio de la *potencia cúbica* de la Díada, según aparece en los cuatro elementos, subdivididos cada uno en sus dos aspectos, a sea cada uno con su propia cualidad o *shakti*. La rosa de los vientos (representada en Atenas por medio de una torre octogonal), el culto de los Cabires de Samotracia, y la Ogdoada gnóstica que corresponde a las cuatro parejas de la teogonía helénica, son otros tantos emblemas del octonario, en que se hace activo el Septenario, como la Triada en la Tétrada,

Combinándose con las tres cualidades, de una manera análoga al cuaternario, el octonario origina el número 24, por medio del cual se subdividen el día en horas y la regla en pulgadas. Esta es la *medida humana* —en correspondencia con la celestial del zodiaco— que origina los meses del año.

Ahora, también en la Ogdoada, refigurada como *doble cruz* o estrella octonaria, hay una unidad central que representa, como en la cruz de los elementos, el propio corazón vital, del que mana la actividad radiante y equilibrada de aquélla. Así en ella hállase latente el *novenario*, o sea la Corriente Eterna de la Vida Divina que se expresa en las seis direcciones perpendiculares del espacio y en las dos complementarias del tiempo, que precisamente integran el octonario astronómicamente activo (según la *ley* de los astros).

Nueve, o sea *tres veces tres*, es el número que resulta de la Divina Perfección Triádica, al evidenciarse sus tres aspectos, o sea por encima de todas las limitaciones del tiempo y del espacio. Es el número de la Tradición Iniciática y de la Inspiración Creadora que simbolizan *las Musas*,

los Nueve Cielos y los Nueve Coros angélicos, como *potencia* de la Trinidad del Delta

El novenario se .representa por medio de los *tres triángulos entrelazados*; cada uno de los cuales corresponde a una de las Gracias y a uno de los tres ternarios de las Musas, que dominan *los tres tiempos*, a su vez relacionados con cada una de las Parcas, También puede verse en el novenario la expresión, de los tres atributos espirituales en las tres cualidades materiales, o sea la *filicación* de la unión divina de Purusha y Prákriti, que representa el Hexagrama.

Gramaticalmente indica los tres tiempos en sus tres modalidades (aorista, imperfecta y perfecta), así como los tres géneros combinados con los tres números en los idiomas más antiguos.

Apolo o Dionisio *Musagetes*, corresponde con el número *diez* que resulta de los nueve vértices y del centro del triple triángulo o eneagrama. Es el *Hijo* o número *uno* (como unidad individual) "que se sienta a la derecha del Padre (el *cero* o Unidad Fundamental, como Océano del Ser)", haciendo activos y manifestando (por el hecho de *estar a la derecha*) los poderes y posibilidades omnipresentes y latentes de Aquél; y es al mismo tiempo *el reino* (o Malkut), que de esta manera tiene la capacidad y el privilegio de establecer.

Todo círculo con el punto central, conteniendo potencialmente el triple ternario, es un emblema de la Década, en que se completan los diez poderes divinos que indican las *dirás a sephirot*, "las diez vírgenes" que encienden sus luces (se hacen activas), para esperar al *esposo* (el hombre, como expresión divina) y acompañarlo en su progreso evolutivo. Pero, dado que el hombre es inicialmente un *quinario*, sólo cinco de ellas tienen sus luces encendidas en el estadio humano.

Todos los demás números son combinaciones y expresiones de estos Poderes Fundamentales, que se hallan precisamente indicados por la Década, y geoméricamente por el círculo con el punto. Esta década *aritmética* que indica también la Tetráctis, se hará activa geoméricamente en la dodécada, que, según hemos visto resulta de la actividad del Cuaternario. Así todo se reduce a la Tetrada, o sea la Unidad en su expresión Ternaria, que tiene en el Delta masónico su emblema luminoso.

La combinación, de la Tétrada con el Ternario forma, a su vez, el zodiaco, expresión de un antiguo sistema de numeración a base duodenaria, que nos ha sido transmitido a través de los tiempos, al lado del sistema decimal. Hay según en parte lo hemos visto, correspon-

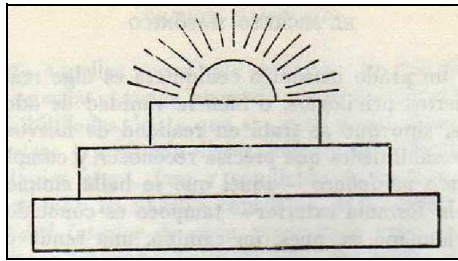
dencia entre sus diez primeras divisiones y los diez números, que muy bien pueden representarse simbólicamente en y por medio de los signos correspondientes.

En cuanto a los últimos dos (Acuario y Piséis), respectivamente representan la unidad monádica humana que procede de la década de la Perfección Divina y se le añade, para formar así el número once; y la propia *unidad decádica* que se expresa en la Dualidad de la manifestación cósmica, *u* la vez simbolizada por los dos peces coligados por un *lazo de unión*, y por el tridente neptuniano, también emblemático de esa Unidad (que es una década) sosteniendo y manifestando toda dualidad.

Volvemos, otra vez, al Océano radical del Ser, como omnipotencialidad latente de la Unidad Primordial, que todo lo contiene, sostiene y *une* en su múltiple y mudable expresión *dual*.

"El que quisiere entre vosotros ser el primero,
será vuestro siervo"

(MATEO XX - 27)



CAPÍTULO XI

GRADOS MASÓNICOS

Se diferencia la Masonería de las demás sociedades profanas por el hecho de ser una *Orden* a la vez *progresiva y gradual*: un camino ceremonial y simbólico de progreso, que se verifica por medio de etapas o grados sucesivos, cada uno de los cuales es un conjunto simbólico, y se confiere observando determinadas reglas y ceremonias alegóricas.

Las ceremonias que acompañan cada grado constituyen una parte inseparable del mismo, en cuanto definen simbólicamente, en una forma exterior, la naturaleza del progreso interior, *espiritual y moral* que ese grado indica y señala. En otras palabras, el ceremonial de cada grado es una especie de *fórmula iniciática*, cuyo significado y valor trasciende la importancia del momento, y también su colección puramente formal, presentándole al recipiendario todo el programa de una vida renovada, que será su privilegio y deber *reconocer y realizar*.

La adquisición exterior de un determinado grado tiene un valor muy relativo, cuando no se comprenda su verdadero significado *interior* y no se ponga todo esfuerzo para *vivir* a la altura del ideal y de la nueva orientación espiritual que nos indica: es una fórmula que, en ese caso, no se aplica, usándola con referencia a nuestros propios valores vitales internos, con objeto de levantarlos y ponerlos siempre más en evidencia, una oportunidad de progreso que se nos depara, sin que la aprovechemos, y también una responsabilidad que podemos tomar muy ligeramente, sin conformarse con los requisitos y cumplir con los deberes que la acompañan.

Adquirir un grado masónico cualquiera es algo más que tener derecho a ciertos privilegios, o bien la vanidad de adornarse con sus insignias, sino que se trata en realidad de nuevos deberes y nuevas responsabilidades que precisa reconocer y cumplir y sin los cuales el *grado verdadero* —aquel que se halla simplemente *simbolizado* en la fórmula exterior— tampoco es conocido.

La vida humana es, pues, un camino, una senda de progreso constante que se efectúa superando continuamente determinados estados y condiciones interiores y exteriores. El progreso es la ley a la que siempre se halla sujeta, dado que cada etapa y toda condición de nuestra existencia, son sólo la base y la oportunidad para un nuevo paso adelante, por medio de su utilización y *superación*.

Todo progreso se efectúa, en cualquier campo, por medio de *etapas o grados* sucesivos, que son como las jornadas de un viaje y los pasos de un camino que nos es menester percurrir. Y los grados masónicos indican simbólicamente estas etapas progresivas de la existencia individual, en la que se nos abren siempre nuevas y mejores posibilidades, en proporción de como sepamos utilizar de la mejor manera nuestras actuales oportunidades y capacidades.

El ceremonial de cada grado debe imponerse a nuestra más atenta consideración, por cuanto nos da, de una manera alegórica las lecciones que más necesitamos aprender en el momento actual, haciéndonos ver la naturaleza verdadera de los obstáculos y dificultades que en cada paso hemos de superar, mientras nos indica las cualidades positivas o *virtudes*, desarrollando las cuales, únicamente nos es dado superar y vencer. Aunque el significado de ese ceremonial pueda muy bien explicarse de una manera general, su significado y valor *individual y actual*, sólo pueden descubrirse por medio de su aplicación a la vida y a las experiencias que nos confrontan en cada momento, esforzándonos por hacer en ésta operativas todas las enseñanzas que podemos sacar de aquél. Así entendiéndolo se nos hará evidente su valor verdadero, siendo el conjunto simbólico de cada grado un manantial inagotable en que se nos descubren, por medio de la meditación, significados siempre nuevos y más vitales.

Cada uno de nosotros, como ya lo dejamos dicho, ha de ser en la vida primero y fundamentalmente *aprendiz*. Cuando cese de serlo, creyendo saberlo todo, esa misma creencia se hace una venda de ignorancia que le cubre los ojos, impidiéndole dar iluminadamente aquellos pasos que pu-

dieran hacerle progresar: su marcha se retarda y queda atrasado en el uso provechoso de sus mejores posibilidades, hasta que sus ojos no se abran, nuevamente en un más claro y profundo discernimiento de lo Real.

En cualquier etapa, fase y condición de la vida, el progreso estriba sobre todo en nuestra capacidad de *aprender*, reconociendo *la finalidad interior* de cada experiencia exterior, y esforzándonos en llenar las necesidades de ésta, por medio del desarrollo y empleo de nuestros propios valores, cualidades y talentos morales y materiales.

Es necesario, en cada paso, aprender y poner en práctica lo aprendido: adelantar nuestra facultad filosófica o capacidad de aprender (el *pie izquierdo* en la marcha simbólica del primer grado), para luego avanzar al mismo punto *reclámente* nuestras facultades activas y volitivas (que representan el *pie derecho*), poniendo en práctica nuestros propósitos y conformando y aparejando la acción con el pensamiento.

Sobre esta base de constante aprendizaje, firmemente establecido en nuestra actitud y en nuestro carácter, que nos enseña en cada momento a *desbastar nuestra piedra* para estar a la altura de todas las condiciones que se nos presenten externamente, podemos levantar con seguridad la superestructura de nuestro progreso ulterior; mientras sin esta fundación, perfectamente sólida e inamovible; todo esfuerzo exterior carecería de valor y estabilidad, y toda tentativa de hacer progresar la elevación del edificio de la vida individual, representaría un nuevo peligro para nuestro estable equilibrio. Por esta razón el grado de aprendiz es destinado a ser siempre *la base firme y segura* de cualquier progreso masónico, de todo adelanto constructivo: cualquier labor masónica individual y colectiva, realmente proficua estriba en su reconocimiento.

El *compañerismo* que se levante sobre la base de este aprendizaje incesante puede compararse con la parte visible de un edificio, concebida con armonía de acuerdo con un pían hermoso y realizada con genial habilidad, que se vaya elevando sobre los firmes cimientos que se pusieron y que siguen soportándola. De nada serviría la genialidad artística, para producir obras perdurables, cuando se descuidara la solidez de la base destinada a sostenerla; de la misma manera, el *progreso intelectual* que representa el grado de compañero, para ser constructivamente fecundo y productivo, tiene que levantarse sobre los firmes cimientos del carácter, por medio del *progreso moral*, que

simboliza el desbastamiento de la piedra individual en el grado de aprendiz.

Los beneficios innegables de la cultura, de la ciencia y del arte, sólo pueden fomentar el progreso humano y ser factores de real mejoramiento social como individual, cuando se apoyen sobre un grado correspondiente de firmeza, solidez y seguridad moral. Cuando no hubiera esta base, todo nuevo adelanto puramente cultural se hará un factor más bien destructivo de la solidez del edificio que se quiere levantar.

Ciencia, cultura y genialidad han de ser *compañeras* del progreso de las costumbres y de los ideales éticos de la vida; deben acompañarse con un siempre mejor desarrollo del individuo y de su sentido de *solidaridad humana* que lo hacen *socio solidal* de la propia *solidez* de la sociedad a que pertenece. El hombre ha de ser *homo humanus* en toda la nobleza de este término; o sea miembro de la *humanitas*, cuya esencia y razón de ser estriba en el esfuerzo constante, incansable de concebir un ideal siempre más elevado y trabajar sin cejar para realizarlo.

El grado de Compañero es, pues, un grado que no puede existir de por sí: sólo tiene valor en cuanto se *acompaña* con el de Aprendiz, sin embargo, elevando su mirada hacia el porvenir, hacia el *magisterio de la perfección*, por medio del dominio y de la superación de todas las debilidades y deficiencias humanas. Siendo el grado de Maestro aquel que concentra en sí y representa la realización de todos los anhelos y de todas las aspiraciones ideales del hombre.

En el edificio simbólico del progreso humano, el grado de Maestro debe parangonarse a la parte arquitectónica que *corona y cubre* la elevación de los esfuerzos y progresos intelectuales, sólidamente establecidos sobre la fundación del carácter y de las cualidades morales. Este techo, arquitrabe o coronamiento, es el *progreso espiritual*, o sea el reconocimiento y desarrollo de las *potencialidades divinas* que se hallan ocultas y latentes en el hombre y que precisamente esperan el crecimiento interior que representan los dos grados anteriores, para poderse despertar y manifestarse a la luz de la conciencia.

Hiram, símbolo del *principio espiritual y divino* de la vida individual, muerto o dormido por el dominio adquirido indebidamente por las tendencias inferiores del hombre —su Ignorancia y demás *malos compañeros* que se le unen como factores destructivos de sus mejores posibilidades— ha de ser levantado o *exaltado* en la propia

conciencia íntima, adquiriendo nuevamente el dominio que por derecho le pertenece, y orientando así nuevamente la vida del hombre en su elevación del Templo de la Sabiduría, que es el propio Magisterio.

La rama de *acacia* que abre esta nueva etapa de progreso, indica la pureza y nobleza de las aspiraciones que únicamente la hacen posible: todo aquel que haya puesto firmemente sus pies en la senda del Magisterio, se reconoce por su medio.

El magisterio simbólico de la Masonería es un emblema maravilloso de las sobrehumanas posibilidades que esperan al hombre, según camina fielmente y progresa con su mejor discernimiento en la *senda del deber* constituida por la vida ordinaria, eligiendo en todo momento lo que sea de por sí más noble, digno y elevado, en lugar de ceder a las tentaciones ilusorias de las consideraciones materiales, de lo que aparece más agradable o de mayor utilidad personal. No puede, pues, uno progresar en una etapa más elevada de la vida individual, mientras no haya desarrollado el correspondiente *discernimiento de los valores* en que se apoya y que sólo tiene el poder de conducirnos hacia la misma.

Así como la *fe en el Bien* es básica actitud o virtud que guía el progreso moral del Aprendiz y la *esperanza en lo Mejor* ilumina al Compañero en sus esfuerzos ideales e intelectuales, tan sólo el *amor* de lo que sea en sí más noble, digno y elevado puede conducir al maestro a realizar las divinas posibilidades; que representan dentro de su corazón, y en el anhelo que interiormente lo impulsa, la semilla y la promesa de su más glorioso porvenir.

En estos tres grados se encierra la substancia de toda la Doctrina Masónica, así como los medios que sirven para realizarla en la comprensión y en la vida individual, iluminando y guiando al que siga fielmente su simbólica enseñanza, aplicándola en sus propias experiencias y necesidades, en un camino de progreso constante e ininterrumpido. Esto no quiere decir que los grados sucesivos o *superiores* (que se llaman también *filosóficos*), constituyan una adjunta inútil y sin valor; sino que su valor e importancia, tanto individual como para la Orden, estriba en que realmente se levanten y se apoyen sobre los primeros, y sirvan para mejor comprender y vivir constructivamente sus enseñanzas.

Coleccionar grados puede ser una inocente manía, comparable a la pasión filatélica; pero, entender y vivir, con el esfuerzo de llegar a ser lo que significan y encierran en alegorías hermosas y no siempre muy claras, es algo muy distinto. Llevar una condecoración no es realmente

poseer determinado grado, hasta que la enseñanza de esto no se ha hecho parte integrante del carácter y fie la conciencia individual. Es un privilegio que impone un deber, sobre el que descansa y que no puede ni debe tomarse a la ligera, pues *noblesse oblige*.

Por esta razón la solidez de la construcción masónica está precisamente en razón inversa de la rapidez con que se quiere y se pretende recorrer la serie de los grados; tanto más rápido sea el progreso, menor será la comprensión y más fácil la desilusión. Los caminos demasiado fáciles pierden al mismo tiempo atractivo y valor, que estriban en el propio *esfuerzo* que nos permiten y promueven.

En el llamado *rito escocés antiguo y aceptado* ¹ en 33 grados, los 30 grados que siguen a los primeros tres son en su mayoría puramente nominales. Aunque posean cada uno de ellos su propio ritual, su emblema, sus signos y ceremonias característicos, en realidad se han reducido prácticamente a los seis que describimos a continuación, que son aquellos que ordinariamente *se trabajan*, dentro de los cuales los demás pueden también comprenderse.

El cuarto grado, que lleva el nombre de *Maestro Secreto* es muy importante por su simbología, así como por sus enseñanzas y valor educativo: es un complemento de la maestría simbólica, enlazándose especialmente con la tradición hermética egipcia.

El maestro se halla *perdido* entre los instrumentos que representan las dos facultades superiores del Juicio y de la Comprensión, y busca un guía que pueda conducirlo fuera de ese estado de oscuridad lleno de dudas y de temores. Para buscar a ese guía se le lleva a reflexionar dentro del sepulcro piramidal que guarda las cenizas del muy sabio y venerado arquitecto del Templo Salomónico. Claro está que el guía que se busca no puede ser otra cosa sino la facultad de la Intuición que se acompaña con el Discernimiento de la Verdad, y que nos hace penetrar la realidad espiritual que se esconde *en el propio corazón* de la apariencia fenoménica.

¹ El nombre escocés se deriva de la denominación de Maestros Escoceses, sinónimo de perfectos, con la que se designaron a sí mismos, en el siglo XVIII, algunos Maestros que pretendían estar en posesión del verdadero secreto masónico y de las más puras tradiciones de la Orden. En cuanto a' los atributos de "antiguo y aceptado" tienen su origen en la Gran Logia disidente de Inglaterra de los "ancients", activa especialmente en la segunda mitad de aquel mismo siglo.

Ese corazón vital es un centro indestructible y permanente que se halla en toda *cosa* y en todo ser: cuando se descubra y se reconozca por medio del estudio, de la reflexión y del discernimiento, tenemos en nuestras manos la *llave de marfil* que nos hace penetrar en el misterio de la naturaleza, abriéndonos el místico *Santuario* de la Eterna Realidad.

La propia Realidad Suprema y Divina (y por ende luminosa), está representada por un Delta o triángulo reluciente que encierra una estrella pentagonal, en cuyo centro o corazón encuéntrase la décima letra hebrea que, también representa el valor numérico 10. Esta letra es la primera del Nombre *inefable* de la Divinidad, que simboliza como "Mano" o *poder creador*. Aquí reconocemos el número *diez*, emblemático de la Perfección Divina, contenido dentro de la Unidad de la letra, de cuyo significado deben enterarse y penetrar todos los Maestros Secretos; y en el pentagrama vemos los cinco *tanmatras* en que se expresa ese Poder Creador. En cuanto al Delta indica la Divina Esencia y Substancia Primordial, de la cual todas las cosas derivan y en la cual están contenidas.

En el grado de *Gran Elegido y Perfecto Masón* (14° en la nomenclatura del Rito Escocés), la misma Divina Realidad se busca penetrando dentro de una bóveda subterránea, que representa aquella que según la tradición hizo construir el patriarca Enoch, después de otras ocho dispuestas la una sobre la otra, para preservar en aquélla el *nombre secreto* del Ser y el conocimiento de todas las ciencias y de todas las artes.

Este *nombre secreto* está grabado o formado, por medio de signos misteriosos que representan la Tétrada Sagrada de Pitágoras, en un triángulo de oro incrustado dentro de una piedra cúbica de ágata transparente y luminosa, emblemática de la propia perfección del hombre, cuya luz interna de esta manera puede revelarse, haciéndonos conocer o reconocer la Divina Realidad y su *nombre*, así como *la manera exacta en que debe pronunciarse*, o sea *expresarse* en cada uno de nosotros.

En cuanto al conocimiento de las ciencias y de las artes, encuéntrase igualmente grabado en dos columnas, una *de mármol* (reconstruida de los *pedazos* en que se había encontrado) y la otra *de bronce* (que, tiene una forma algo torcida, a raíz de las catástrofes a las que hubo de quedar expuesta desde la época de las pérdidas civilizaciones humanas hasta el día de hoy). La primera representa las ciencias y el estudio de la naturaleza, que tiene que reconstruirse continuamente de los muchos pedazos de la

observación y de la experiencia, que se basan sobre la presentación fenoménica de la realidad, cuyos resultados son constantemente parciales y analíticos; la segunda es igualmente simbólica del arte o industria del hombre, que trabaja paralelamente con sus estudios, experiencias y conocimientos, esforzándose en *imitar y perfeccionar* la obra de la naturaleza. Está *torcida a raíz* de la imperfecta visión humana, hasta que no aprenda a ver y considerar las cosas en su luz más verdadera.

El grado de *Caballero del Águila y del Pelicano*, más conocido con el nombre de *Rosacruz* o 18º, es una exaltación de la doctrina mística e iniciática del cristianismo, considerado desde su punto de vista más universal, por encima de toda limitación y estrechez dogmática. Su símbolo fundamental, *la rosa en la cruz* es maravillosamente fecundo por la variedad de interpretaciones y significados que puedan atribuírsele, por medio de la intuición y del discernimiento individual.

Representa a la vez el *Anima Mundi* extendida sobre la cruz del espacio y del tiempo o de los cuatro elementos, según la expresión platónica; el principio de la Vida que anima universalmente la materia, sólo en apariencia inerte y sin inteligencia; la propia Inteligencia Universal que se expresa en los *tanmatras* (los cinco pétalos de la rosa eglantina) o *Mens* que *agitat molem*; el Árbol de la Vida y de la Ciencia, en el medio de los cuatro ríos edénicos (los brazos de la cruz, que son *corrientes* de esa vida) ; la división zodiacal, por medio de la cruz de los solsticios y de los equinoccios, del *círculo* tiempo y de espacio, en cuyo centro hállase el Manantial Eterno de la Vida y de la Realidad; el Cristo o *principio redentor* que se manifiesta o brota en el corazón del hombre o *cristóforo* que representa la cruz; el propio camino o sendero de la existencia y del progreso (el brazo vertical de la cruz), en cada etapa del cual el hombre debe enfrentarse con la pasividad de las condiciones negativas que derivan de su pasado (el brazo horizontal), esforzándose para manifestar y expresar la *perfección divina* (la rosa) que se halla latente en su corazón; la *armonía y progreso espiritual* que han de buscarse y hacerse efectivos en el medio de las contrariedades y adversidades externas; la unión filosófica y mística de la Religión y de la Ciencia, del Arte y de la Vida, de las experiencias del pasado y de las esperanzas e ideales para el porvenir.

En cuanto al Águila y al Pelicano son emblemáticos, respectivamente, de la *elevación intelectual* y de las aspiraciones ideales del hombre, que le dan las alas para subir filosóficamente a las regiones más exaltadas de la Verdad; y la *elevación moral* que se manifiesta como benevolencia y altruismo. Pues, el pelicano está representado abriéndose el pecho, para alimentar con su propia sangre a sus siete hijuelos. Son los símbolos de la Sabiduría y del Amor, de la luz de la Verdad y del perfume de la Virtud, que solos pueden conducir al hombre a reconocer y expresar *lo mejor de sí mismo*.

Las tres virtudes teologales —la Fe, la Esperanza y el Amor— que también caracterizan los tres primeros grados masónicos, iluminan el Capítulo Rosacruz, por medio de las tres columnas *transparentes* que se refieren a cada una de ellas. Y la espada que llevan los Hermanos y Caballeros, es el arma de la pureza y el poder de la Verdad, con las cuales únicamente se preparan a combatir y vencer.

La *cena mística* o ágape fraternal en que se reúnen ritualmente al terminarse cada tenida, es una expresión filosófica del mismo Misterio celebrado por Jesús con sus apóstoles en la tradicional *última cena*: la comunión que íntimamente se realiza, por medio del místico entendimiento, con la *substancia universal* que simboliza el *pan de la Verdad*, y con la *conciencia, universal* que representa el *vino de la Vida*. En el pan se halla, pues, presente el esfuerzo evolutivo de la materia o Madre Universal, que sube de la obscuridad del seno de la tierra para germinar y madurar en la luz del día; y en el vino o *jugo de los frutos*, la propia linfa de la tierra, animada por la vida vegetal, que la convierte en sangre.

En el grado de *Caballero Kadosh* (esta palabra quiere decir en el idioma hebreo *santo* o *perfecto*), relacionado con la leyenda histórica de la supresión de la Orden de los Templarios, y que los enemigos de la Masonería consideran como un grado exclusivamente consagrado a la venganza y a todo género de conspiraciones y maquinaciones secretas, hay en realidad la *exaltación del discernimiento* (cuya penetración victoriosa simboliza el puñal) y el esfuerzo hacia la perfección individual {que indican, a la vez, el nombre del grado y la doble escalera de la *perfección moral y filosófica*}, por medio de los cuales el hombre se supera a sí mismo, vence sus propias pasiones —sobre todo la Ignorancia, el Fanatismo y la Ambición—, y de esta manera, se hace superior a cualquier tentación exterior. Con su aparato sombrío, en fuerte

contraste con el grado de rosacruz, y con su negro color sobre el cual se destaca el argénteo de la luz, su simbolismo trágico es, sin embargo, muy apropiado para significar el *vencimiento de la ilusión* y el triunfo sobre la muerte, el temor y cualquier condición negativa de la existencia.

El *Príncipe del Real Secreto* (grado penúltimo de la serie) se halla relacionado con el místico secreto de los alquimistas medievales, así como con las tradiciones relativas a la Mesa Redonda y el Santo Grial. Estudia las tradiciones religiosas de la antigüedad *aria* y moralmente se empeña en ser un *fiel y leal caballero*, paladín de los principios ideales de la Orden; también estudia la organización del Rito Escocés, representada por un *campamento filosófico*, en el que se trata de coordinar y unificar —según su comprensión relativa lo permita— el significado y la enseñanza de todos los grados anteriores.

Soberano Gran Inspector es el título del 33º y último grado, cuyo objeto es especialmente el gobierno y la inspección de la Orden y del Rito en su conjunto. Representa simbólicamente la *soberanía individual* que el hombre adquiere como resultado de todos sus esfuerzos para progresar en el sendero de la Verdad y de la Virtud, realizando de esta manera la finalidad de *regirse a sí mismo*: pues, únicamente entonces puede estar el hombre capacitado para *sabiamente* regir y dirigir a los demás.

El *poder* se adquiere pues, leal y dignamente, sólo como resultado del esfuerzo hecho individualmente, para elevarse y ennoblecerse intelectual y moralmente, llegando a la *altura interior* necesaria, para merecerlo y ejercerlo como es debido, o sea con objeto de *servir y ayudar* a nuestros semejantes. El cumplimiento de este deber es el único camino para llegar a tener ese *divino derecho* de la Soberanía, que nos da el *uso* del poder y la capacidad de merecerlo, lograrlo y conservarlo.

La calificación de *ilustres y poderosos*, que se le da a los HH.: a los que se haya conferido este grado, es, pues, como toda la Masonería, *simbólica*: representa el primer atributo, la Verdad, a la que se supone hayan llegado, por medio de sus esfuerzos y del discernimiento adquirido; y el segundo la Virtud de *obrar rectamente* en la que estriba y se ejerce todo poder *real*.

"Este es el que ha de venir tras mí, el cual es
antes de mí."

(JUAN I - 27)



CAPÍTULO XII

PASADO Y PORVENIR

Como toda sociedad e institución humana, la Masonería puede compararse a una planta, cuyas raíces se encuentran en un pasado oscuro y casi olvidado, y cuyas ramas se levantan hacia un porvenir aún más enigmático, que se revela según se hace progresivamente *actual*,

Su pasado puede, sin embargo, cuando menos en parte, deducirse de un atento análisis de la naturaleza y cualidad de las linfas vitales que suben en su tronco, no menos que de sus características fundamentales, generalmente reconocidas con el nombre de *landmarks* o "linderos", y su organización general, que son el resultado concreto de sus pasados ideales y experiencias. En cuanto a su futuro, también lo demuestran de antemano, ante nuestra facultad deductiva, las aspiraciones progresistas que se agitan justamente en aquellas de sus ramas y partes vitales que determinan (o están capacitadas para determinar) su desarrollo y crecimiento.

Se acostumbra considerar el 24 de junio (día de San Juan) de 1717, como fecha inicial de la Masonería actual, acordando en ese día¹ reunirse la *Gran Logia*, cuatro Logias que existían entonces en Londres, con obje-

¹ Esta fecha simbólica debe entenderse según el Calendario Juliano, entonces todavía vigente en Inglaterra, de manera que, en realidad, corresponde al 5 de Julio *gregoriano*, aun cuando se siga festejando convencionalmente la fecha juliana en el calendario gregoriano. La instalación efectiva del Gran Maestro se verificó, sin embargo, en el mes de Febrero, según nos dicen las Constituciones.

to de remediar el estado de decadencia que las amenazaba. Indudablemente aquella decisión fue el principio de un nuevo florecimiento, una verdadera revivificación, constituyendo el punto de partida de la organización masónica contemporánea. Poco después se lograron atraer hombres de valor y de posición conspicua y se consolidó el movimiento por medio de su Constitución, obra especialmente de Anderson y Desaguilers.

Sin embargo, las Logias masónicas existían con toda seguridad en los siglos anteriores a esa fecha, trabajándose en ellas por medio de ceremonias no muy diferentes de las que en seguida se han usado y adoptado; también la denominación de *Gran Logia* parece haber sido usada anteriormente, tanto en Inglaterra como en el continente, aunque no precisamente en el sentido de agrupación orgánica y gobierno colectivo de las Logias que pertenecen a su jurisdicción; igualmente anterior, según lo prueban varios documentos, fue la costumbre de reunirse en Asambleas Generales todos los años, en el día de San Juan. Precisamente en la ocasión de una de estas reuniones familiares muy bien pudo surgir la idea de constituir, en una forma primitivamente ocasional, la que después se autodenominó "Gran Logia de Londres".

Tampoco tuvo lugar con esa fecha el principio de la transformación de la *Masonería operativa* (o manual) en *especulativa* (con finalidades espirituales o ideales). Esta transición se remonta, cuando menos, al siglo anterior, cuando en muchas logias con carácter originariamente operativo, los *accepted freemasons* (o masones *aceptados*, como miembros de honor en esos gremios de obreros constructores), sobre todo intelectuales, idealistas y miembros de las academias culturales *humanistas* de la época. Llegaron a tener cierto dominio, orientando así gradualmente el carácter primitivamente diferente de las reuniones.

Así es, como al principio del siglo XVIII vemos en realidad la *maduración concreta* de los esfuerzos y aspiraciones que se habían ido acumulando y formando en el siglo precedente, y también anteriormente. Por lo tanto, es cierto que, el origen de la Masonería actual se debe sobre todo al hecho de que, de una manera general, los gremios obreros decadentes en la época de la reforma, cobraron nueva vida admitiendo en su seno cierto número de intelectuales e idealistas que las hicieron cauces de la corriente espiritual que se conoce con el nombre genérico de *humanismo*, palabra y corriente que encierran en sus profundidades mucho más de lo que puede pensar el lector ordinario.

En los mismos gremios obreros, especialmente los que tuvieron casi la exclusividad de determinados estilos arquitectónicos (como el estilo romano de los *magistri comacini*, el gótico de los guildas de *compañeros* transalpinos, y el nuevo estilo clásico del renacimiento) , cuyos *maestros* eran también arquitectos, no debieron tampoco ser extraños elementos de valor intelectual, y por lo tanto, igualmente el estudio sobre temas y argumentos que no se refería únicamente al trabajo rutinario.

Sabemos con seguridad que esos gremios de construcción (formados por canteros, albañiles, arquitectos y otros obreros y artistas), conservaban con fidelidad usos, costumbres, símbolos, términos y palabras características, ceremonias y tradiciones, que se trasmitían *secretamente* (así como los demás "secretos" del "arte" en que se iniciaban y de la que se hacían depositarios y custodios) de maestro a aprendiz y de uno a otro gremio, desde una época cuya antigüedad sería muy difícil poder fijar. Así, las mismas corporaciones medioevales se enlazaban con las anteriores de la época grecorromana, particularmente con las que habían seguido el paso de las legiones para levantar en donde quiera fortificaciones y otras construcciones civiles, y con los *constructores de templos* del período pagano. Estos se llamaban en Grecia *obreros dionisiacos*, estando al amparo de esa divinidad de origen oriental, viajando continuamente de un lugar a otro, según se necesitaba su obra, lo mismo que los obreros siriofenicios, con los que indudablemente tuvieron alguna relación.

De estos constructores fenicios se sirvió Salomón, mil años antes de la era vulgar, para levantar el primer templo de Jerusalén y sus propios palacios, como lo testimonian el relato de las crónicas y del Libro de los Reyes. Más tarde, corporaciones de la misma naturaleza levantaron el celeberrimo templo de Diana en Efeso, una de las siete "maravillas" de esa época.

Todas las grandes construcciones de la antigüedad, especialmente los templos, palacios y monumentos entendidos para una finalidad permanente, son aún hoy, por lo que nos queda de ellas, otros tantos testigos de la actividad de las antiguas corporaciones de obreros, generalmente nómadas y a menudo internacionales (como las fenicias), demostrando en sus particularidades, además que la posesión de una *técnica* perfecta (que difícilmente puede igualarse con los medios actuales), asombrosos conocimientos matemáticos y astronómicos, no

menos que simbólicos. Todas obedecían a reglas fijas, constituyendo especiales cánones estéticos, con los que acostumbraban conformarse para obtener la construcción más sólida, armónica y hermosa; entre estas reglas de estética y de matemática juega un papel central la famosa *sección áurea*, que se esconde en el símbolo masónico de la Estrella, con el cual se transmitió desde la época pagana al renacimiento.

Particular atención merece, como verdadero *monumento masónico* la Gran Pirámide, sobre la cual se han escrito recientemente obras muy interesantes, que demuestran la magnitud de su concepción no menos que de la obra material. Esta construcción no deja de ser muy notable tanto por su posición geográfica (se halla sobre el meridiano y el paralelo que atraviesan la mayor longitud de tierras), como por todas sus medidas y proporciones realmente *geométricas* (por ejemplo, la relación entre su altura y el perímetro de la base nos da exactamente el valor de *pi griego*) y astronómicas. En su altura se ha visto una proporción exacta de la distancia de la tierra del sol, mientras la base de cada una de sus caras (perfectamente orientadas) medida con el *codo sagrado* (que es la regla masónica) indica el número de días y fracción del año solar. También esta última medida (el "codo" piramidal) parece más ajustada que nuestro *metro*, por ser exactamente la diezmillonésima parte del rayo polar de la tierra.

En todas sus formas, morales como simbólicas, la masonería supone pues, un conocimiento no solamente práctico de la *geometría* y demás artes, cuyo estudio y reflexión lleva naturalmente a la especulación sobre las leyes y principios matemáticos que gobiernan la construcción del universo, no menos que de toda obra arquitectónica, e igualmente la vida y la conducta del hombre. De aquí que la práctica del arte, mientras induce las mentes más elevadas a las abstracciones filosóficas, formula al mismo tiempo una especie de religión, moral y *constructiva* en la cual la Divinidad es considerada como el Gran Arquitecto de toda la inmensa obra de la naturaleza, y una *ética profesional y social* que la acompaña,

Sobre este punto se hace hincapié, de una manera muy especial, en todas las noticias que tenemos de las corporaciones y gremios de construcciones: ninguno podía ser aceptado por un maestro en calidad de aprendiz, si no había *nacido libre*, perteneciendo a familia honrada y de buenas costumbres. Y el mismo gremio castigaba severamente, con la expulsión y otras penalidades, cualquier falta o

transgresión de sus miembros, dado que quería conservar intacta a toda costa su reputación de honorabilidad. Por esta razón, teniendo sus propias *reglas* y observándolas escrupulosamente, gozaron a menudo el privilegio de ser *afrancados* de las leyes particulares de los países en que se encontraban; de aquí el apelativo de *freemasons* o *francmasones*.

La ética de la vida y el estudio de la *geometría* fueron igualmente objeto de la enseñanza y de la práctica en las escuelas filosóficas pitagóricas y platónicas, de las cuales derivó el *humanismo* primitivo del Círculo de los Escipiones en la Roma republicana, el gnosticismo neoplatónico de Alejandría, y más tarde el humanismo del renacimiento: o sea, primero un verdadero *cristianismo del paganismo*, y luego un paganismo estético en el seno del propio cristianismo. De aquí una íntima y profunda afinidad entre los gremios obreros de los masones operativos y el pensamiento humanista, basado sobre estas mismas *columnas*, e igualmente factor de los ideales de *libertad* en el pensamiento, de *igualdad* ante la ley ética y de *fraternidad* en acción en las relaciones humanas.

Considerando la afinidad de principios entre estas dos corrientes complementarias, eminentemente tradicionalista, práctica y conservadora la primera, especulativa y progresista la segunda (aunque siempre sin renegar, ni desperdiciar los beneficios de la tradición) se explicará fácilmente la fusión de ambas, encarnándose ésta, por así decirlo, en aquélla, después del impulso del renacimiento de los siglos XV y XVI, originándose de este connubio la Masonería de hoy, *especulativa* intelectualmente y *operativa* ideal y moralmente.

Ambas corrientes llevaban consigo —aunque de una manera no siempre igualmente clara y patente, pero que nunca deja de revelarse progresivamente, haciéndose más clara con el tiempo— *lo mejor* del pensamiento místico y filosófico y de la experiencia práctica de los tiempos más antiguos. Pues la filosofía pitagórico-platónica y humanista, se enlaza, a su vez, con los misterios órficos, egipcios y orientales, cuyos templos habían construido las propias corporaciones obreras de aquellas épocas, de acuerdo con la misma *geometría sagrada* que los primeros estudiaban y meditaban.

Además llevaban en sí la una el anhelo profundo hacia una vida en armonía con los más elevados ideales éticos y estéticos; la otra en su *practicidad constructiva*, los medios más claros y sencillos para realizarlos de la manera más firme y permanente, reconociendo a un Gran

Arquitecto como principio ordenador de todo lo que existe, a cuyos *planes perfectos* ha de conformarse constantemente la vida individual, para lograr en cualquier circunstancia el resultado más *armónico* y deseable.

Los ideales éticos y estéticos —que representan respectivamente la columna de la Fuerza y de la Belleza— deben, pues, trabajar juntamente el uno con el otro, de acuerdo con el principio filosófico de la Sabiduría, que tiene el poder de coordinarlos y expresarlos de la manera más armónica, para que el edificio de la vida tanto individual como social logre el más alto grado de estabilidad y perfección. Cuando en la ilusión e ignorancia humana, haya divorcio entre estas dos tendencias, de manera que lo Bello y lo Bueno se conciban como distintos y en conflicto el uno con el otro, quiere decir que nos falta el discernimiento de lo Verdadero, sin lo cual el edificio está condenado a desplomarse.

Como Doctrina de la Vida, la Masonería sólo puede derivarse de un tal íntimo acuerdo profundo entre lo *ideal* y lo *práctico*: la disciplina *constructora* del pensamiento, de la palabra y de la acción, que permite una actividad inspirada en los motivos, principios e ideales más puros y elevados, en armonía con el Plan Cósmico del que somos *factores* necesarios y del que es nuestro privilegio y deber ser *cooperadores inteligentes y voluntarios*; más bien que elementos destructores que, por su ignorancia, trabajan en contra de ese Plan, y por lo tanto, también en contra de sus propios intereses más vitales y verdaderos. El *libre albedrío* no es, pues, otra cosa sino la facultad y la capacidad que se adquiere con el discernimiento y se desarrolla con la sabiduría, de *elegir iluminadamente* entre el vicio y la virtud, entre la esclavitud del Error que nos impulsa a buscar ciegamente el Placer y la libertad de la Verdad, que únicamente se encuentra en la senda del Deber.

En la actual condición eminentemente *caótica* de la sociedad, que es preludio de un cambio profundo y completo del ordenamiento social internacional y de los valores que dominan en el mundo; en el estado de fermento regenerador que se presenta muchas veces bajo la apariencia de una verdadera y propia *putrefacción*, en el cual, muchas construcciones ideales que hasta hoy habían resistido amenazar con desplomarse y muchos esfuerzos ser engullidos en la corriente de "lo nuevo" que empuja todas las cosas, se siente universalmente la necesidad de esa función *ordenadora y coordinadora*, cuya base sólo puede ser una justa y perfecta orientación de la vida y de las actividades en aquel rumbo

en que se perfilan, a la agudez del discernimiento, las mejores esperanzas y promesas del porvenir.

Todos indistintamente los grandes problemas sociales que actualmente ocupan y preocupan a los que se esfuerzan por buscar remedios más o menos paliativos y provisionales, no son otra cosa sino la suma de los correspondientes problemas individuales; y la única solución más verdadera y definitiva de éstos, aunque en la apariencia material y exterior, es en realidad *moral o interior*, dado que estriba precisamente en una nueva y distinta actitud del individuo —una actitud constructiva y sólida de *cooperación* voluntaria, más bien que de hostilidad y latente oposición— que se hará de por sí *causativa* de una actuación más armónica en todas sus relaciones con los demás.

Para resolver cualquier problema precisa aprender a pensar y obrar de una manera distinta de la viciosa rutina de pensamiento y de acción, en la que el mismo problema tiene su causa y el poder de permanecer como tal. Y para esto precisa una nueva orientación interior y una distinta apreciación de los *valores reales* de la existencia, dado que toda construcción que se apoye sobre valores puramente ficticios y por ende ilusorios, es una casa que se levanta sobre la arena, cuyo derrumbe no es difícil de profetizar. En la educación moral de la Orden, así como en su simbólica enseñanza, como base en un nuevo punto de partida en el pensamiento y en la actividad individual, se encuentra la guía que puede darnos esa clara y firme orientación *constructiva*, así como el discernimiento que puede hacer operativos aquellos valores.

De aquí que la actitud y capacidad para ser masón empiecen con el *reconocimiento individual de los deberes* que cada cual contrae, al ingresar en la vida: *primero* con su Principio y Manantial; *segundo* consigo mismo, en lo que se refiere al rumbo en que se dirigen sus dos pies del pensamiento y de la acción; y *tercero* con sus semejantes en general, y más particularmente con todos aquellos con los que necesita tener una más inmediata directa relación.

El progreso de la Orden hacia la realización del destino *implícito* (como la planta en la semilla) en su más profunda esencia espiritual, en las aspiraciones e ideales que la han moldeado, y en el latente potencial de las tradiciones que de ella han hecho su cauce, estriba en el reconocimiento individual de su verdadera naturaleza *iniciática*, así como en la fidelidad de cada masón al ideal que le lleva a ingresar en ella y a la nueva orientación ideal que en ésta es dable encontrar.

Todas las posibilidades latentes en el Mundo del Espíritu se expresan evolutivamente de una manera visible y tangible al exterior en la exacta medida de su reconocimiento y afirmación interior en el propio corazón de todos los que así se hacen *factores*, medios y vehículos para la manifestación y actuación de esas potencialidades. Esta ley gobierna todo crecimiento y todo *devenir* individual como social.

Fijando la mirada en el *Oriente* simbólico, del que constantemente viene la Luz y que representa a la vez el *origen* y el *principio originario* que desarrolla en actualidad progresiva el porvenir latente de la Orden —expresión de esa *Luz constructora* y ordenadora— todo masón puede orientarse en la justa dirección, y de esta manera cooperar de una manera activa y eficaz al crecimiento de ese poderoso organismo social, cuya función es *construir el progreso más armónico, coordinado y perfecto del individuo y de la sociedad*. Dado que un órgano cualquiera crece y se desarrolla ejerciendo y cumpliendo *constructivamente* la función a la que se halla destinado, así igualmente la Masonería sólo puede progresar en activa eficiencia y poder, según encuentra en sí mismo la capacidad de cumplir satisfactoriamente con su función *educadora y orientadora*.

Cuando un individuo adquiera el hábito moral y mental de una actitud constantemente *constructora* en toda y cualquier circunstancia de la vida, (permaneciendo firme y fiel en la misma, sean cuales fueran las condiciones externas y el medio en que por algún tiempo puede encontrarse, su propia *función* en la sociedad y su actuación en el medio serán necesariamente muy distintos de como serían al ser esa actitud incierta, vacilante y variable, y a menudo destructiva. E igualmente diferentes han de ser en definitiva los efectos y resultados de esas dos actitudes, tanto bajo el punto de vista de la *obra* o productividad del individuo, como por el *salario*, o beneficio que directa o indirectamente tiene que recibir, en razón o por medio de lo que hace.

Hijo del pasado, el presente es, al mismo tiempo que éste, *padre* del porvenir. Por lo tanto, lo que puede y debe lógicamente esperarse para el futuro de la Institución Masónica, tiene que ser la natural resultante de los impulsos que nos trasmite, en su tradición, desde las épocas más remotas, y de las aspiraciones, esfuerzos y deseos que actualmente suscita y cobija en su seno.

De su pasado, *constructor* en el plano material e *iniciático* en lo espiritual, y de su presente, en el cual, si bien la construcción se ha elevado en un plano moral e intelectual, la iniciación ha descendido al pían de un puro y simple formulismo material (pues, esto también quiere decir la leyenda de la muerte de Hiram, con relación a la finalidad espiritualmente iniciática de la Orden), no puede ser difícil ni dudoso deducir y prever para el futuro de la Masonería, como característica principal y fundamental, el nuevo desarrollo palingenésico de la iniciación *espiritual*, dentro y por medio de su simbolismo material, que de esta manera ha de hacerse efectivo y realmente *vivido* al ser interpretado individualmente.

Entonces la leyenda de Hiram —como antiguamente la de Osiris— se hará nuevamente completa, por medio de la *resurrección* de este principio de la Vida Elevada en el corazón de cada uno de los hijos o *compañeros masones*, que llegan por medio del Magisterio a la verdadera *exaltación* de este principio espiritual, y serán así realmente análogas a las llamadas "osirificación, dionisificación y cristificación" de los tiempos y tradiciones que nos han precedido, Y en la misma proporción de como Hiram llegará a resurgir y ser exaltado individualmente en el corazón de sus discípulos (que cesarán entonces de ser tan sólo *hijos de la viuda*), así igualmente ha de serlo colectivamente en la Orden, que resultará de esta manera elevada desde el plano del *juicio*, que se ha traducido en su formulismo legislativo y en las ilusorias definiciones de *regularidad* (que, en gran parte, sirven para dividirla), al plano de la *comprensión* que dará como resultado natural e *inevitable* aquella *unificación* que lógicamente deriva de su *unidad indestructible*, por definición y por tradición.

Además de conducir a la unificación que forma actualmente el anhelo de todos los verdaderos masones, este renacimiento iniciático del Espíritu Hirámico y la nueva comprensión que procede de él, no podrán a menos de elevar el concepto que de la Orden y de sus diferentes grados tienen tanto los masones como el Mundo llamado *profano* en el que debe esparcirse su luz. La comprensión del significado y del valor didáctico, iniciático y constructivo de cada grado, dará como primer resultado inmediato una notable extensión del período mínimo de permanencia en el mismo (que lógicamente no debería ser inferior a tres años), con el objeto de poder desarrollar, aprovechar y asimilar toda la enseñanza y la *vida* que encierra su simbolismo.

Otro resultado notable, e igualmente inevitable, será una *simplificación* en lo que se refiere a los grados superiores y a los ritos que actualmente los suministran, de una manera independiente de los llamados simbólicos. La Masonería simbólica y la *filosófica* cesarán de ser dos cosas distintas, mientras los grados superiores serán aprovechados —en armonía con el espíritu que los anima— como grados *realmente más altos* de comprensión y de experiencia masónica, formando el Gobierno jurisdiccional, internacional y universal de la Masonería, *unificada* por medio del renacimiento y exaltación da su propio *espíritu*, *vital*, muerto y latente al estado de *secreto desconocido*, en los símbolos y ceremonias que se comprenden y se aplican.

No podrá haber entonces más que un solo y único Supremo Consejo universal, integrado por los miembros delegados de los Consistorios *soberanos* de cada país, de los que dependerán los Consejos, Capítulos y Grandes Logias regionales. La *unidad absoluta*, es pues condición necesaria indispensable para que el Supremo Consejo sea digno de ese nombre: el hecho de haber más que uno hace puramente ilusoria esa calificación. Por la misma razón el último grado masónico sólo puede pertenecer dignamente a los miembros efectivos del único Supremo Consejo, después de haber sido elegidos para presidir cada Consistorio nacional. Lo mismo debería ser con los grados que inmediatamente le anteceden (Príncipe del Real Secreto y Kadosh) que únicamente competen a los Past Gran Masters y Grandes Maestros, mientras el de Rosacruz sólo debería darse a los que hicieron un año de Veneratura en una Logia simbólica.

Dado el carácter de esta obra, que no irá sólo a manos de masones, no podemos extendernos más sobre este sintético bosquejo de organización ideal de la Masonería renovada sobre la base de una mejor *comprensión unificadora* de su naturaleza, al que deben referirse —con relación a la masonería actualmente dividida por el *juicio* que domina en su organización simbólica y la *imaginación* que reina soberana en el llamado "filosofismo"— las palabras evangélicas que encabezan este capítulo. El *compás*, es pues el único instrumento que puede Geométricamente juntarse y complementarse al mismo tiempo con esas dos facultades que como lo hemos visto, respectivamente simbolizan la *escuadra* y la *regla*,

Terminaremos nuestro trabajo haciendo una vez más hincapié en la *reconstrucción social*, que es competencia de la Orden y su función natural en el ambiente Humano en que ha nacido y al que pertenece. En la

tan apasionadamente debatida controversia de si la Masonería *debe o no debe* ocuparse de política y de religión, el masón inteligente que se esfuerce por estar en íntima armonía con el Espíritu y la Vida Interior de la Orden, debe, según los casos, contestar *a la vez* sí y no.

Esto no quiere decir que deba haber en él la menor inestabilidad, inconsistencia e incertidumbre, sino que en ningún caso debe alejarse de sus principios ideales de *fraternidad y tolerancia*, ni de su deber y cualidad característica de *constructor*. Sólo puede ocuparse de política y de religión, cuando lo haga desde el punto de vista más elevado de su *comprensión*., de una manera enteramente desapasionada y serena, sin *fanatismo partidario* y sin *ambiciones* personales, sino buscando constantemente *lo mejor* en sí mismo y por sí mismo, con su mejor discernimiento, en su cualidad de *constructor*.

En lugar de discutir sobre uno u otro aspecto sectario de un problema de esta naturaleza, se trata de comprender y poner a luz *lo bueno* en cada una de las partes que nos aparecen en conflicto y sin favorecer exclusivamente a ninguna, buscar la solución armoniosa y constructiva más apropiada para el mejor equilibrio y progreso social. Por lo tanto, tales discusiones deben en todo caso ser excluidas de las primeras dos cámaras, sólo dedicadas al estudio y a la disciplina constructiva, con el objeto, precisamente, de llegar a un grado más alto de *comprensión*. Sólo en la tercera cámara se estudiarán de una manera general esos problemas, cuya solución y actividad es competencia exclusiva de aquellas cámaras que cimentan en su espíritu más verdadero el gobierno de la Institución.

Un masón realmente digno de este nombre no puede ser nunca "un ateo materialista e irreverente" ni un fanático ignorante cuya principal profesión sea la de "comerse a los curas", sino un hombre cultivado intelectualmente y disciplinado moralmente un verdadero y genuino amante de la Verdad y de la Virtud, que se esfuerza por comprenderlas, y se halla por lo mismo solidario, con todas y cada una de sus manifestaciones, un sincero y fraternal amigo de todos sus semejantes, que en lugar de levantar se esfuerza constantemente en abatir las barreras de la incomprensión, que son las únicas que realmente dividen a los hombres, pues en todo ser humano se halla el deseo y la aspiración hacia el Bien, aunque a menudo se equivoque, por falta de discernimiento, sobre el camino y los medios para satisfacerla.

Así, pues, por lo que se refiere a la política, se equivocan todos aquellos masones que creen deber hacer de las logias y cámaras superiores campos de propaganda y facciones de determinados *ideales profanos*. La Logia masónica sólo puede recibir su luz *de adentro*, y por lo tanto aquí, en una más justa y disciplinada *orientación* de las facultades individuales es donde ha de buscarse *la verdadera luz* que dimana del Principio Geométrico y Divino de la Construcción, que debe presidir, iluminándola, a la actuación siempre *constructiva* del masón en todas sus diferentes tareas y responsabilidades profanas. En otras palabras, en la Logia debe únicamente buscarse *el punto unitivo* y central de la Armonía, tanto en la vida individual como social.

Igualmente por lo que se refiere a la religión, es indudable que una actitud de comprensivo respeto de todas las creencias, por encima de la estrechura propia de cualquier forma de fanatismo, es la que favorece al mismo tiempo *la armonía y la cohesión* del organismo social, así como la elevación y evolución de aquellas mismas creencias y formas religiosas, en las que de esta manera se fomenta el íntimo *fermento espiritual*, afirmándose y prevaleciendo gradualmente sobre sus aspectos inferiores y materiales, en los que dominan el fanatismo dogmático y la ignorancia, enemiga natural de la Luz.

La Luz que se hace efectiva por *comprensión*, es, pues, la única arma que el masón esgrime en *su* mano derecha, con la que obra y se apresta a vencer, mientras lleva constantemente en la izquierda la *llana* o cuchara, con la que esparce el cemento de la unión fraternal y de su solidaridad con el Bien en cualquiera de sus manifestaciones. Así, y no de otra manera pueden resolverse los diferentes problemas sociales, cesando de existir como problemas y haciéndose las etapas y escalones, por medio de los cuales se levanta incesantemente el edificio de la humana evolución, y se hace progresar hacia la consecución de sus *inherentes* y más elevadas finalidades ideales.

En el esfuerzo de esa *comprensión iniciática* que constantemente manifiesta su carácter en formas *constructivas* que se renuevan en la aspiración que las enaltece (de acuerdo con el símbolo a que hemos aludido), esos dos movimientos opuestos que hoy se combaten y disputan el uno al otro el campo de su dominio y expansión —el *imperialismo económico*, que enarbola en su propia jurisdicción y defensa, la bandera de la Libertad, y aquel que se apoya en el ideal *comunista* y levanta en oposición el estandarte de la Igualdad— pueden y deben conciliarse encontrando su equilibrio en la armonía progresista que

ha de ser el resultado y la finalidad de toda lucha, cuando se reconozca y se ponga en evidencia en cada uno *el principio ideal y masónico* que le sirve respectivamente de base: el *individualismo* y el *humanismo*.

E igualmente, la Libertad que el uno reclama y la Igualdad proclamada por el otro, necesitan ambas apoyarse y sostenerse por medio de la *Fraternidad* que las completa y las hace efectivas.

Cualquiera que sea su actitud específica hacia nuestra Orden, de simpatía, tolerancia o falta de ambas, ningún movimiento político, social y religioso, ninguna corriente mental e ideal, estarían capacitados para Arraigarse y afirmarse en su propio dominio y campo de acción, sino en cuanto se haga *fuerza y elemento constructor* en la sociedad y en la humanidad. Por más que rechace exteriormente la Masonería en su organización establecida, tiene forzosamente que ajustarse a su finalidad *constructiva* y aprender y practicar los Principios del Arte que esa Institución afirma y enseña en su simbología.

Y el Masón, que estudia y observa serenamente sin ninguna pasión los fenómenos y movimientos sociales que se desarrollan en su derredor ve en esos dos movimientos, como en todas las demás corrientes político-sociales, con la penetración del discernimiento que reconoce su *principio vital*, las dos fuerzas Ideales a que hemos aludido — Universalismo y Humanismo— que cada uno encierra y ¡propaga en sí, así como el fruto de una planta encierra y propaga su semilla. Esos dos Ideales, igualmente necesarios y complementarios, son las dos piernas del compás que debe trazar los planes de la Nueva Era Humana, y las *columnas* sobre las que debe ser establecida en Perfecta Armonía y levantarse en constante progreso la Civilización del Porvenir.

CONCLUSIÓN

Quien nos ha seguido hasta el término de este sintético bosquejo y se ha adueñado de las ideas fundamentales que hemos querido llevarle —ya sea o no Masón por su filiación externa— es habrá percatado que la Masonería no se reduce simplemente a una sociedad más o menos *misteriosa y secreta* por las obligaciones, el comportamiento y la disciplina de sus miembros, sino que *es*, en su esencia más verdadera y perdurable a través de los tiempos, la *fraternidad* que naturalmente se establece sobre la base de la *comprensión y comunión Ideal*, enlazando de esta manera sus vínculos de *solidaridad* o mutuo sostén, en la afirmación y defensa constructiva de esos *principios*, por cuyo medio se asegura su progresivo reconocimiento y dominio universal.

Por lo tanto, la Masonería puede simplemente definirse como *Fuerza, Voluntad y Capacidad Constructora de todo Progreso Ideal* en la sociedad y en la humanidad. Esta *trinidad operativa* naturalmente corresponde con los tres grados en los que tradicionalmente divide y reparte el cumplimiento de la Obra: la *Fuerza* es, pues, el Aprendiz, que necesita el concurso de su Compañero, *la voluntad*, y los dos el guía del Maestro que es tal en virtud de su *capacidad*. Esta y no otra es la Masonería Universal.

Como tal es una Idea Divina que nunca puede ser destruida y desaparecer, aunque algunas veces se haya creído poder extirpar en su organización exterior la Asociación que en un determinado país lleva ese nombre. Pues nunca puede ser destruido y desarraigado *el impulso ideal y progresista* que se halla en el corazón de todo ser humano, y que siempre acabará por levantarse nuevamente, primero como *Fuerza* o *posibilidad* y luego como *Voluntad* (o sea, *Fuerza* dirigida hacia un objeto o finalidad determinada) y finalmente como *Capacidad* actual de lograr y realizar el objeto de sus esfuerzos. La natural *solidaridad* en que se expresa la comunión íntima y secreta de todo Ideal, será suficiente para reproducirla hasta de sus cenizas, según lo indica en una de sus muchas acepciones el simbolismo del Ave Fénix.

Así pues, la misma destrucción exterior no pudiendo afectar en su *esencia eterna* el espíritu masónico —a la vez *iniciático* y constructor— se hará simplemente la oportunidad y el estímulo para su renovación y renacimiento. Justamente como sucede con la *vida* y la *conciencia* que animan las formas infinitas de la naturaleza, que pasan a animar nuevas formas más apropiadas, toda vez que las anteriores sean de cualquier manera destruidas. Su Vida *Elevada* o *hirámica*, siendo inmortal e indestructible, la Masonería —tanto como Arte que como Institución— tiene que renacer constantemente de su propia tumba, o sea de la condición de *latencia externa* que fomenta la *concentración hacia adentro* (como sucede materialmente con la semilla), y por ende su renovación y regeneración. En cada renacimiento se presentará en una forma siempre más perfecta, de acuerdo con el *espíritu* de la Eterna Verdad que la anima y con la *fuerza* de la Virtud Reconstructora que hace manifiesta.

En cuanto al *secreto masónico*, es simplemente otro nombre de la *esencia vital* o del Espíritu y Vida Inmortal de la Institución, de la *semilla ideal* en la que tiene su principio y su germen renovador. Toda vez que haya *comprensión* de ese secreto, hay también la luz que se necesita para hacer nuevamente brotar, arraigar y crecer la planta de la semilla. Por medio de esa Luz crece y se hace tal el Masón, hasta la plenitud de su desarrollo o capacidad *constructora* (el Magisterio del Arte), e igualmente. en la misma medida, crece y se desarrolla la Sociedad, por la misma virtud de su capacidad constructora, en su esfuerzo de trabajar en la Gran Obra del Progreso en el Mundo.

Masón y Masonería existen, pues, en virtud de un mismo objeto y de una misma finalidad: el *progreso* individual del hombre y universal de la humanidad, que están íntimamente enlazados y son inseparables uno de otro, así como el progreso de un edificio estriba en el corte perfectamente ajustado y en la igualmente ¡perfecta disposición de cada uno de los elementos materiales que, oportunamente cementados en su armónico conjunto, contribuyen a levantarlo. Y aquí se enlazan esos dos Ideales del *humanismo* y del *universalismo*, o sea, de la Libertad y de la Igualdad, que son respectivamente la Plomada y el Nivel por medio de cuya cooperación se hace posible la elevación de la Obra.

Ninguno de los dos sería, sin embargo, *perfecto*, sin el tercer término del trinomio masónico o sea la Fraternidad, que sólo puede cementar sólidamente, con la *justicia* inseparable del *amor* el edificio social ideal

que la Masonería se propone levantar en el mundo, y para cuyo objeto especialmente existe. La Fraternidad —entre los hombres y los pueblos las clames y las naciones— ha de ser, pues, la característica más esencial de la Civilización venidera, y la única esperanza que aun le queda a la humanidad para poder sobrevivir. Y si la Masonería tan sólo existiera para afirmarla, proclamarla y hacerla efectiva, con ésta únicamente llenaría su *función* humana y justificaría plenamente su utilidad y su necesidad.

ÍNDICE

Prólogo	5
Prefacio a la Cuarta Edición	11
I —El "Logos"	17
II — La Logia	31
III—La Luz	45
IV—La Obra	59
V — La Estrella	71
VI —La Letra "G"	87
VII — Las Siete Artes	101
VIII — Constructivismo	115
IX — La Tradición Iniciática	129
X — Gnosis Numeral	143
XI — Grados Masónicos	161
XII — Pasado y Porvenir	173
Conclusión	187